

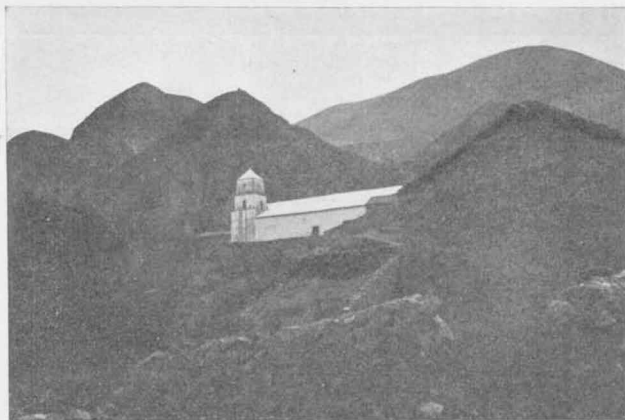
## CUATRO VIAJES DE ESTUDIO AL MAS REMOTO NOROESTE ARGENTINO

POR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

## INTRODUCCION

Quedan, todavía, enormes extensiones del noroeste que no han llegado al dominio de la curiosidad pública, más aun, que no han sido penetradas ni siquiera por los técnicos especialistas, acuciados por la sed del estudio. Son ya muy conocidos los valles calchaquíes — el de Santa María, el de Quimivil — pero los calcinados arenales riojanos, con sus trágicas extensiones desérticas, cortadas por oasis de una belleza un poco agobiante, como el bochorno de su sol estival, pertenecen a muy pocos. Son frecuentadas algunas poblaciones catamarqueñas, como Andalgalá o Tinogasta, a las que el acceso directo en ferrocarril permite un relativamente fácil arribo; pero son menos frecuentes los que han visitado esa isla de verdor maravilloso que es Belén, los que han pernoctado en el Londres catamarqueño, los que han gozado del espectáculo dantesco de la selva petrificada que es La Ciénaga, o que han ambulado por La Toma o La Puerta. Otro tanto ocurre, por idéntica razón, con las zonas más remotas, adyacentes a la Quebrada de Humahuaca. Miles de turistas han escalado, con ayuda de la emocionante cremallera, las poblaciones que, al norte de Jujuy, se van escalando por aquel soberbio corredor montañoso que comunica a la Argentina con el altiplano boliviano. Han ido viendo cómo el aumento de la altura raleaba la vegetación, aun abundante al comienzo de la etapa. Cómo el cardón, las cactáceas, iban apareciendo como la planta típica casi única, que ponía su magra nota verde en la algarabía tonal, en el abigarramiento cromático de la Quebrada. Han admirado este sabio y deleitoso desborde de colores, tan estupendo que sobrepasa las posibilidades técnicas del pintor, y se han jurado — con razón — que este panorama de grandiosidad un poco deprimente, de dramatismo verdadero y patético, era lo más hermoso que sus ojos habían jamás contemplado como paisaje de montaña.

Lo que ellos ignoran, sin duda, es que la Quebrada de Humahuaca, con todo su renombre tan legítimamente ganado, es sólo el umbral de una región en la que estas bellezas se repiten y se acrecientan a medida que el



*a*



*b*

Fig. 1. — *a*, La capillita de Iruya, vista desde la quebrada del mismo nombre;  
*b*, La misma capillita, desde una de las calles del pueblo

viajero se aleja de aquella transitada zona para internarse en lugares a los que el turismo no ha alcanzado.

Hay que transponerla para penetrar a esa región de ensueño a la que nadie llega. Hay que atreverse a abandonar el ferrocarril — vale decir, la civilización —, hay que comprometerse a entregarse al destino de un viaje incierto, por veces peligroso, por caminos que no tienen de ello más que el nombre. Hay que olvidarse del mundo, incomunicarse totalmente, prescindir del envío o la recepción de cartas, frecuentar seres mudos, de caras herméticas y gestos tardos. Hay que transportar consigo todo lo indispen-



Fig. 2. — Calle de Iruya que muestra su típica edificación de adobe

sable — desde la casa (transformada por vía de eliminación en la somera tienda de campaña) a la comida — y olvidarse de comodidades tan asentadas en nuestras costumbres diarias como el baño...

A cambio de todo ello, se recibe la impresión de uno de esos viajes imborrables. De esos viajes que establecen un jalón en nuestra vida espiritual; que nos sacuden y nos renuevan; que nos lavan de tanta belleza almibarada y subalterna que, en otras regiones, nos sofoca y perturba.

Quien no conozca a Iruya, el pequeño pueblito salteño colgado de una de las laderas de su quebrada (fig. 1), con su diminuta capillita blanca — tan desmantelada y tan llena de unción — sus calles en pendiente, su reducido núcleo de viejas casas de adobe casi centenarias, no ha llegado a iniciarse en los primeros ritos de este proceso de encantamiento (fig. 2). Desde su reducidísima plazuela, embaldosada por grandes lajas de piedra,

rodeada en parte por un somero y bajo barandal, se divisa uno de los panoramas más hermosos. Es todo un extenso trozo de la Quebrada de Iruya el que se avizora desde este balcón propicio al oteo (lám. II a). Por lo bajo, corre en meandros, que forman pequeñas islitas parduscas, el río serpenteante, en tanto que enfrente, con sus plantíos escalonados hasta la cima, aparece el enorme bloque montañoso que forma la otra pared de la Quebrada. Por el oeste, el pueblcillo asciende algo en altura hacia el cementerio. Desde allí hay una visión llena de frescor perfumado y vegetal (fig. 3). Conocer a Iruya significa haber hecho casi 10 leguas a lomo de



Fig. 3. — Vegetación de Iruya (parte alta del pueblo, hacia el cementerio)

mula, desde la estación ferroviaria más próxima, trasponer cimas como la de la gran cornisa del Abra del Cóndor, a más de 4000 metros de altura; subir y bajar, por dos veces al menos, pendientes escabrosas; exponerse a los ataques de la « puna ». Y conocer a Iruya es sólo recibir el primer grado en la iniciación de estos misterios...

Siguiendo por esta quebrada, río arriba, se va camino a otras (lám. III). Las quebradas se van sucediendo casi insensiblemente, cambian de nombre en el recodo de un río, en una vuelta de este ondulante camino. Sus nombres se recogen de la hagiografía, de la botánica, de la poesía. Se llaman San Pedro, Nazareno, Higueras, Zapallar, Cuesta Azul...

Adentro, cada vez más adentro de esta zona inexplorada, los caminos son apenas senderos de cabras, que van reptando en su afán de escalar las serranías. Sólo muy de tarde en tarde aparecen las miserables poblaciones. Ran-

chitos de paredes de adobe y de techo de paja asentado sobre armazón de ramas y recubierto de barro. Prendidos a la ladera, tienen apenas, en un envión optimista de dominación de la naturaleza, un patiecillo exiguo, no siempre muy bien nivelado, y una breve quintita de verduras, trabajosamente logradas. Allí se esconde la vida humana, abrumada por el poder excesivo de lo terreno. El hombre es ahí una brizna imperceptible, un átomo más junto a miríadas de átomos. Un pequeño accidente, un resbalón de la mula en el franquear frecuente de precipicios de centenares de metros de profundidad, que a veces se prolongan más de lo que la prudencia conceptuara razonable, un mareo provocado por el enrarecimiento del aire o por la pujante reverberación solar, son más que suficientes. El hombre y la tierra volverían a formar una unidad indiferenciada. Esta probabilidad, siempre permanente, comunica a este viaje emocional cierta discreta vibración patética. El hombre, dominando el sentimiento, se siente más hombre todavía, porque sabe que sólo de sí mismo puede sacar ayuda. Y esta plena satisfacción de sentirse vivir plenamente no es uno de los menores placeres de este viaje inolvidable.

Allí, en esas rocas casi desnudas de vegetación, en esas alturas desoladas en las que a veces la niebla invasora finge ropajes algodonosos, vivieron en épocas pretéritas poblaciones indígenas influenciadas por culturas septentrionales. Aun hoy quedan huellas de su paso. Por kilómetros se extienden los paredones de *pircas* de sus «suces» o andenes de cultivo, que escalonan las magras tierras cultivables en terraza. De tanto en tanto afloran los cimientos de su redondas casas líticas. Estos vestigios de los tiempos idos, que aun es posible columbrar entre el entreveramiento de las piedras dispersas, ponen una nueva nota de melancolía en este paisaje remoto. Aquellas poblaciones fueron no solamente más numerosas, sino también más cultas que los actuales meztizos, de los que posiblemente no son siquiera ascendientes directos. Con respecto a los primitivos pobladores, los actuales son pueblos involucionados, en estado cultural regresivo. Harto habría que hacer por el mejoramiento de las condiciones de existencia de estos puñados de argentinos nativos, desperdigados en este inmenso y lejano páramo solitario batido por los vientos. Enquistados en las serranías, adheridos a la tierra, modelados por las fuerzas naturales que se ciernen sobre ellos, las noticias del mundo se deforman y se pierden antes de llegarles. Quizás nuevas corrientes de intercambio humano, que en adelante se establezcan, puedan contribuir a devolver a la comunidad de los hombres a estos seres a quienes sofoca la montaña.

El absoluto desconocimiento en que se ha tenido — no sólo desde el punto de vista arqueológico, sino aun desde el puramente geográfico — a esta amplia zona, lo encontramos en una brevísima y periférica referencia de Boman, en su obra capital sobre la arqueología del noroeste argentino. Allí, puede leerse lo que sigue: « Al este de la quebrada de Humahuaca, encontramos una región montañosa: entrecruzamiento de montañas, de quebradas y de cuellos casi aislada del resto del mundo, a causa de la dificultad

de comunicación. Las diferentes partes de estas montañas reciben nombres diferentes; las principales cadenas, si en un laberinto semejante se puede distinguir una cadena de otra, son las Sierras del Porongal, de Zenta y de Calilegua. El pico más alto parece ser el de Calilegua cuya altura, sin embargo, es desconocida... En lo que concierne a la arqueología, esta región es absolutamente *terra incognita*. A juzgar por algunos objetos, principalmente piezas en piedra esculpida que he visto en Jujuy, estoy seguro de que una expedición arqueológica en estas montañas daría resultados inesperados»<sup>1</sup>.

Estas palabras, publicadas en 1908, han sido el reflejo de la situación hasta los últimos días de 1929, año en cuya postrera quincena de diciembre Salvador Debenedetti, asistido por su discípulo Eduardo Casanova, se asomó a esta zona, visitando durante varias semanas el yacimiento de Titi-conte, al que — por su prematura muerte — no debía de volver a ver. Luego se producen mis viajes de 1933, 1934, 1937 y 1938. Gracias a ellos, a los centenares de piezas acumuladas y a los prolijos estudios del terreno que comportan, este relato puede mostrar — a los treinta años de la publicación de la obra de Boman, — hasta qué punto son de justificadas estas palabras, contenidas en la página única en que se refiere a la región.

Estos cuatro viajes representan un esfuerzo científico, mantenido durante varios años, para desentrañar un tema arqueológico fundamental: el de las relaciones de las culturas primitivas del noroeste argentino con las de los pueblos autóctonos del Chaco, así como con esa región tan ignorada arqueológicamente que es el sur de Bolivia. Voluntariamente — respondiendo a la índole de esta publicación, en que debe destacarse la nota geográfica y de ambiente — doy aquí sólo referencias fragmentarias sobre el particular, reservando el detalle de estas investigaciones para la ulterior monografía, escrita en otro tono y dirigida a un público más restringido<sup>2</sup>. Aunque agrupados por su nexa temático, estos relatos de viaje fueron primitivamente redactados para publicarles separadamente. El lector gentil sabrá disculpar cualquier repetición que su edición conjunta haga inevitable.

No quiero terminar estas líneas liminares sin reiterar mi agradecimiento a todos los que, nombrados en el texto, han colaborado, en la medida de sus fuerzas, para lograr los vastos resultados obtenidos. Y, especialmente, al doctor Robustiano Patrón Costas, senador nacional por la provincia de Salta, cuya autorización para trabajar, en fincas de su pertenencia o bajo su control directo, se ha doblado de una cooperación amplia y activa.

Museo de La Plata, 1938.

<sup>1</sup> ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, II, 791-792, París, 1908.

<sup>2</sup> Un comienzo de las conclusiones del estudio más técnicamente arqueológico — en lo que respecta, esta vez, a las construcciones en piedra — ha visto ya la luz pública recientemente: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborígen en la provincia de Salta, Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, I, 141-166, Buenos Aires, 1937.

## CAPÍTULO I

### Primer viaje de exploración arqueológica al Departamento de Iruya (provincia de Salta)

Las primeras investigaciones arqueológicas realizadas por mí en el territorio del noroeste argentino, tuvieron por escenario los pucarás de Humahuaca y Calete, en la zona media de la quebrada de aquel nombre. A mediados de enero de 1933 me trasladé a esta región, en compañía del escultor don Ernesto Soto Avendaño — quien había ganado por concurso la realización en aquel minúsculo pueblo de Humahuaca, del monumento a los ejércitos de la independencia — y del pintor Francisco Ramoneda. El único de los tres que conocía algo de la naturaleza grandiosa y torturada de este paisaje de rocas desnudas, dotadas de vivos colores, era el escultor mencionado, pues para Ramoneda y para mí la montaña era aún un elemento natural inédito. Las búsquedas arqueológicas a que me libré, en tanto que mis compañeros practicaban sus tareas artísticas en las aulas convertidos en talleres improvisados donde posaban los modelos, no han sido publicadas todavía, pese a que — dada la extraordinaria riqueza de instrumental aborígen acumulado en su subsuelo — los hallazgos fueron cuantiosos e interesantes. Trabajé intensamente en el pucará situado en « la otra banda » del río Grande de Jujuy y hasta realicé una rápida incursión arqueológica en Calete. Obtuve ricos elementos. De ellos sólo he dado una parcial y totalmente fragmentaria información en unas breves páginas aparecidas en el segundo tomo de las *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, acerca del área donde es dable hallar cerámica con decoración en la que se representan bacracios en el noroeste argentino<sup>1</sup>. Allí he publicado, simplemente, una sola de las piezas halladas, dejando las restantes para una mejor oportunidad en que pudiera ampliar su número, cosa que trabajos realizados posteriormente en otras regiones ha impedido hasta la fecha.

En aquella oportunidad, alguno de los habitantes de Humahuaca me habló de una región — según él totalmente desconocida por los arqueólogos que habían investigado en el noroeste — que presentaba características de suma riqueza e importancia para esta clase de estudios. Tratábase del Departamento de Iruya, en la vecina provincia de Salta, al cual, se me dijo entonces, era relativamente fácil alcanzar a caballo. Interesado por estas nuevas resolví trasladarme a aquellos lugares. Entre los chiquillos que aparecían alguna vez por el « pucará » — y a quienes utilizaba en juntar

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el noroeste argentino*, *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 281-285, Buenos Aires, 1934.

puntas de flecha — había encontrado en Humahuaca un *chango* de unos 15 años, hijo de una maestra del lugar, quien afirmaba conocer el camino que va de Iturbe, estación ferroviaria del Central Norte Argentino, al pueblecillo de Iruya. A última hora, un joven corredor de comercio, Pedro Adolfo Berro, a quien conocí en el hotel, y que había manifestado simpatía por mi persona y curiosidad por los estudios a que me dedicaba, me pidió le permitiese acompañarme, cosa a la que accedí. En la madrugada del 17 de febrero partimos en tren para Iturbe, con un frío extremado y algo de lluvia, llegando a las 5.10, vale decir, antes de aclarar.

Iturbe es un pueblecito ínfimo, con una sola calle — o, por mejor decir, con una única fila de unas dos docenas de casas — que orilla las vías del ferrocarril en una extensión de unas tres cuadras. La lluvia y la neblina cercan a la estación, la cual queda — como el pueblo todo — en tinieblas apenas desaparece el tren que ha parado allí un minuto. Penosamente, buscamos la morada de Desiderio Chauqui, que, según se me ha informado en Humahuaca, recibe huéspedes en su casa y para el cual llevo una carta de presentación para que me facilite el fugaz hospedaje que pretendo y me consiga los animales necesarios, en arrendamiento. Pero, desdichadamente, don Desiderio no está en Iturbe y sus familiares, mujeres solas, desconfían de estos intrusos cuya presentación inusitada a horas tales no es excesivamente tranquilizadora. Nuestras barbas crecidas, el desaliño campero de nuestras ropas, la hora de llegada sin aviso previo, no son elementos que ayuden a su tranquilidad. Debemos resignarnos a parlamentar por la rendija de una puerta, mientras nos llueve encima y, lo que es peor, con resultado negativo. Nos es preciso, pues, regresar a la estación, y previo igual resultado en otra gestión análoga ante el Jefe — que se excusa, con muy buenas razones, a dejar su oficina, en la que guarda valores, en mano de desconocidos — debemos permanecer sentados, a la espera de la llegada del día, con nuestros bártulos en semicírculo, en el único banco de madera del andén, cuyo erecto respaldo impedía, en verdad, todo reposo. De la conversación con el Jefe sólo habíamos obtenido dos informes concretos: que él nos conseguiría desayuno cuando se levantara y que un tren de carga pasaba para Humahuaca a eso de las diez de la mañana. Pero debo manifestar, en honor a la verdad y en homenaje a mi vocación arqueológica, cuyo entusiasmo había logrado comunicar a mis acompañantes pese a tan graves inconvenientes, que en momento alguno, ninguno de nosotros quebró su decisión de seguir a Iruya.

A eso de las 7 de la mañana, el pueblecillo comenzó a dar señales de vida. Fueron abriéndose, poco a poco, las puertas de las principales casas de adobe — material que constituye, con el zinc y la madera, los únicos utilizados allí — y los vecinos de Iturbe, a respetuosa distancia, miraron y admiraron nuestras desventuradas siluetas. Recién a eso de las 9 conseguimos, en una de aquellas moradas, el desayuno ofrecido, consistente en sendos tazones de café negro, servidos en un comedor aromado con un



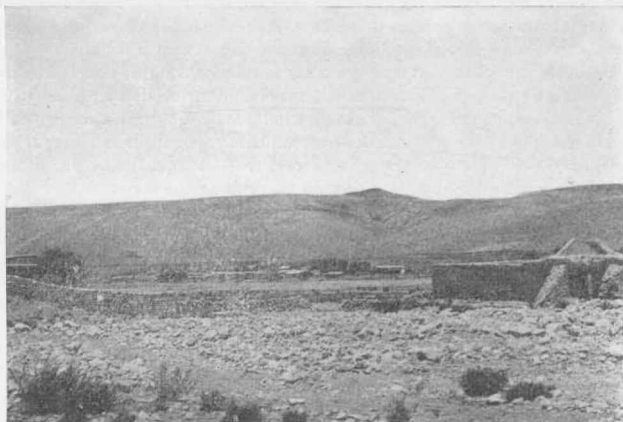
penetrante olor a oveja. Éste comunicaba con la cocina por una ventanita cuadrada, con sucio postigo de madera, que sólo dejaba ver una mano, indudablemente femenina, que pasaba la cafetera o recogía las tazas.

Desconfianza y hostilidad parecían ser los signos con que comenzaba mi viaje. Al salir de aquella casa hablé con el comisario, don E. V., nativo de bigote ralo, poncho a rayas azules y moradas y ojotas. Le mostré una carta del Gobernador, que descifró penosamente y, por último, conseguí me facilitara en arriendo — a precios de forastero — dos caballos y una mula, con sus arreos correspondientes. Recién así pude seguir viaje.

Al comienzo, todo fué bien. El camino resultaba ancho, fácil, agradable (fig. 4 a). Salir de la estación era, naturalmente, dada la configuración del villorio ya descrito, salir del pueblo mismo y, desde este momento, comenzaban enormes espacios de terreno sin más rastro de paso del hombre que el camino mismo o alguna pequeña sementera situada a sus lados. Así se seguía hasta el lugar llamado Chaupi Rodeo (fig. 4 b), en donde la madre de mi pequeño acompañante había sido titular de una diminuta escuela rural. Y allí también, como es natural, se terminaban sus nociones geográficas. El que debía de conducirme en forma segura hasta Iruya — según alardeaba en Humahuaca irguiendo, en lo posible, su figura — resultaba notoriamente perdido inmediatamente después de haber franqueado Chaupi Rodeo, que no era, sin embargo, más que el comienzo del viaje (fig. 5).

Avanzando poco menos que a la ventura, por la misma quebrada, llegamos hasta la del Cóndor por la que se asciende, hasta transponer su gran Abra. Esta Abra del Cóndor — en la que los cóndores no son una vana metáfora — se encuentra a más de 4000 metros de altura, inmediatamente después de transponer el límite de Salta con Jujuy, marcado por una clásica «apacheta», es decir, por un amontonamiento de piedras, de diverso tamaño y volumen, reunidas allí, como ofrenda lítica, por los transitadores del camino. En esta pequeña meseta desolada soplan huracanados vientos y se dan cita los fuertes pájaros de presa que revolotean en el espacio. El Abra se continúa luego por un camino a gran altura, de unos dos metros de ancho, cortado a pico, formando una especie de enorme cornisa y desde el cual se ven, en lo bajo, los campos muy parcelados y sembrados de Colanzuri.

El espectáculo es interesante, no sólo desde el punto de vista de la estética, sino también desde el mucho más concreto de la geografía humana: los cultivos, vistos a vuelo de pájaro, se muestran escalonados en las laderas, subiéndolo, a veces, hasta cerca de las cimas de los cerros y, desde luego, aprovechando las mesadas o pequeños campos horizontales. Su aspecto, denotador de la actividad de los escasos pobladores actuales del territorio, contrasta vivamente con la desnuda superficie pedregosa de la inmensa mayoría de este suelo, en el cual nada crece como no sea alguna aislada mata espinosa o algún erizado cardón.



*a*



*b*

Fig. 4. — *a*, Primeras construcciones rurales modernas en el camino de Iturbe a Iruya;  
*b*, Edificaciones modernas en Chaupi Rodeo, en el camino de Iturbe a Iruya

Al final de este camino hay una bajada en zig-zag, que lleva desde aquella altura hasta el nivel de la quebrada de Iruya, en la cual desemboca en el lugar denominado Pie de la Cuesta. Hay allí, para franquear este desnivel, dos caminos que corren a corta distancia, entrecruzándose frecuentemente en sus múltiples serpenteos. El más antiguo es de un desnivel mucho más



Fig. 5. — Forma típica de agrupamiento de las habitaciones rurales en Chaupi Rodeo

pronunciado, razón por la cual — para evitar despeñamientos muy fáciles de producirse, máxime en esta época del verano, que es la de las lluvias — se ha realizado el nuevo.

Al llegar al Pie de la Cuesta, ignorábamos totalmente hacia dónde debíamos dirigirnos. El lecho casi enjuto del río Iruya, que serpea en el fondo de la quebrada del mismo nombre, no presentaba huellas suficientemente claras como para poder precisar nuestra ruta y el silencio absoluto de este paraje montañoso, tan alejado de toda fácil comunicación, impediame pensar en

solicitar informes de alguien próximo. Las largas horas de a caballo, en terreno desigual y en un animal que no conocía, el hambre que empezaba a hacer de las suyas — pues desde nuestro congruo desayuno sólo habíamos comido unos trozos de quesillo de cabra, chocolate en barra y pan hogareño, que misericordiosamente nos habían vendido ya en Iturbe o ya en el camino — habían contribuido a acentuar la fatiga física hasta llevarla a un grado casi intolerable.

Felizmente, mientras dábamos un resuello a las bestias, apareció por el camino constituido por la quebrada misma, don Abraham Mansur, turco acriollado por 30 años de residencia en Iruya, casado allí y propietario de una casa de comercio en aquel pueblecillo. Le acompaña su hijo mayor, un jovenzuelo de unos 12 años que — pese a la exiguidad de su talla y a su poca edad — se mantenía briosamente montado en un caballo vivo y oficiaba, con notorio despejo, de « mozo de mano » de su padre. Habían partido esa madrugada de Humahuaca, y llevaban ya recorridas más de 10 leguas. Empero, padre e hijo, mostraban en la desenvoltura de su ademán y en la actividad con que manejaban sus animales y las mulas cargueras de su séquito, el hábito de estos largos viajes y la frecuentación habitual de la montaña.

Esta fortuita circunstancia retempló nuestros ánimos, un tanto decaídos, al darnos los elementos indispensables para el conocimiento de la ruta a seguir. Mansur llevó aún más lejos su generosa intervención, ofreciéndome su compañía hasta Iruya e instándome, una vez que supo el objeto de nuestro viaje, a que nos alojáramos en su casa. Demás está decir que acepté de inmediato la oportunidad que tan providencialmente se me ofrecía, máxime cuanto que nuestra triste experiencia de Iturbe me hacía pensar con justificada desconfianza en lo que podía esperarme en tan remoto lugar del territorio argentino. Tomamos, pues, todos juntos, por la Quebrada de Iruya, transponiendo de tanto en tanto el río respectivo, felizmente de muy poco cauce en esos momentos, pasando así por el lugar llamado la Puerta de Toroyo.

Entonces aparecieron en lontananza, a cierta altura sobre el nivel de la quebrada, en la ladera izquierda de nuestro camino, la punta del campanario, ingenuamente blanco, de la capilla de Iruya y, poco después, los primeros techos, de tejas parduscas o marrones, de sus casas. Y fué de esta suerte cómo, después de más de 8 horas de cabalgar ininterrumpido, con los solos descansos para apretar las cinchas que los continuos desniveles corrían o alojaban, que llegamos a aquel simpático pueblecillo edificado en pendiente, casi escondido en la montaña y situado a 2.600 metros sobre el nivel del mar.

La casa de don Abraham, en la que paramos gracias a su gentileza, era una de las más espaciosas y bien provistas del pueblo. Su esposa y sus hijos menores se esforzaron por que nos encontráramos cómodos, y a fe que lo consiguieron. Siempre recordaré las amabilidades que nos dispensaron durante nuestra estada.

Al día siguiente, organizada mediante la cooperación del señor Mansur, nuestra marcha, partimos hacia Titiconte (fig. 6), lugar que, según las referencias de mi hospedador, era sumamente interesante para mí. En verdad, no se equivocaba. De esa visita han salido todos estos viajes. Este yacimiento se encuentra ubicado algo más al norte, en la propia quebrada de Iruya, siendo su vía natural de acceso, el camino por el lecho del río del mismo nombre, que serpea por el bajo de la quebrada. A uno y otro lado, se yerguen las laderas de la montaña, con su escasa vegetación típica de churquis, cardones y otros vegetales espinosos. El pico de Titiconte puede ser advertido desde



Fig. 6. — El camino a Titiconte por el bajo de la quebrada y lecho del Río Iruya

lejos, dominando el contorno (fig. 7). Vadeamos el río innumerables veces — para franquear la distancia de alrededor de doce kilómetros que nos separan — hasta llegar al pie de la abrupta cuesta que conduce por escarpado camino hasta Titiconte (lám. IV a). Se trata de una subida de unos 600 metros, de camino tan fragoso y difícil, que es menester dar, a cada corta distancia, un breve descanso a las bestias. Aquella subida empinada ha comenzado a corta distancia del lugar de la Quebrada denominado el Angosto de Agua Caliente, de Iruya (al cual no debe confundirse con otro lugar igualmente llamado, que dista día y medio de marcha aguas abajo).

El camino es áspero, difícil. De trecho en trecho está bordeado de precipicios de más de 100 metros de altura, que es necesario transponer por senderos que apenas permiten el paso de la mula. A veces es menester componer esta reducida senda, en la que se advierten soluciones de continuidad

harto peligrosas. Poco a poco se logra ir ascendiendo, advirtiéndose, entonces, quebrada por medio, el llamado Campo Largo que, como su nombre lo indica, es una vasta mesada que se extiende horizontalmente (lám. IV b). Al fondo, en primer plano, se ven las serranías de Chiyayoc y, más atrás aun, los picos de Valle Delgado.

Una vez terminada esta difícil ascensión se llega a la meseta de Titiconte, cuyo filo ha podido notarse en el fondo del paisaje (fig. 8 a) al practicarse, la ascensión, avistándose a unos 600 ó 700 metros el conjunto de las ruinas a las que se entra por un portillo abierto en las mismas *pircas* primitivas

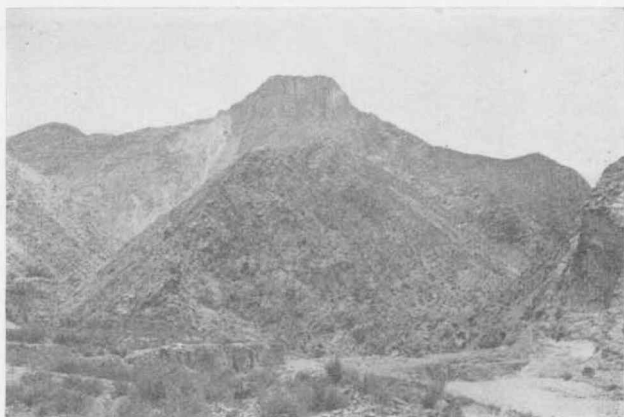


Fig. 7. En último plano la «mesada» en donde se asienta, en lo alto, el yacimiento de Titiconte vista desde la quebrada de Iruya

(fig. 8 b). Desde el punto de vista geográfico, esta meseta forma un vasto anfiteatro, cuyas laderas van degradando, poco a poco, en forma de peldaños o escalones, constituidos por una gran serie de andenes de cultivo elevados por sus primitivos habitantes. Hacia uno de los lados se levanta, todavía más alto, una abrupta cumbre, parte de la cual se ha rodado, en varias oportunidades — la última, según informes de los vecinos del lugar, hace relativamente pocos años — y cuyos materiales líticos han recubierto buena parte de las viviendas levantadas allí por el hombre primitivo.

Esta circunstancia desdichada crea una serie de molestias, algunas de las cuales insalvables, para el trabajo en el lugar. No sólo impide, totalmente, llegar a conocer la disposición y — desde luego — a investigar el subsuelo de muchas de aquellas viviendas, que hoy yacen bajo espesa capa rocosa,



*a*



*b*

Fig. 8. — *a*, Al terminar la ascensión pueden divisarse, al fondo, las construcciones y «andenes» de Titiconte; *b*, Se penetra en este recinto por medio de una brecha practicada en la *pirca* del muro externo del artigal.

sino que, en muchos otros casos, en que el aluvión ha sido menos copioso, es necesaria una larga y penosa tarea de limpieza del terreno previa a toda búsqueda de materiales, lo que hace sumamente lenta la recolección. Esto se complica aún más, si cabe, por la circunstancia de que dicho yacimiento es, de suyo, pobre en ajuar funerario o doméstico y porque existen en él numerosos silos o graneros redondos que, después de haber insumido horas en ser limpiados de las piedras superficiales que les llenan en parte, no permiten hallar en su subsuelo instrumental alguno.

Debenedetti ha podido establecer la existencia de « una serie de cinco cadenas escalonadas », formadas con piedras del lugar y que han permitido, no sólo limpiar el terreno y hacerlo apto para las tareas agrícolas, sino también preparar seis grandes « andenes », de una superficie de unas 11 hectáreas, aproximadamente. Sobre ellas se sembraba « a temporal » y — dedicadas exclusivamente a la agricultura — no presentan señales de viviendas ni de sepulturas.

Los contados materiales arqueológicos, que sobre esta amplia extensión fueron hallados, revelan tratarse de terrenos puramente agrícolas, ya que se trata de palas planas, de piedra, fragmentadas, vale decir, de elementos del instrumental directamente vinculados con las faenas agrícolas. A continuación, y sobre la parte superior de los faldeos, corre una nueva serie de murallas de contensión, escalonadas, que suman hasta 28, sobre una superficie de oblicuidad variable — modificada levemente por estas construcciones — y que mide algo más de 300 metros. Al pie de estos muros comienzan los curiosos recintos, techados en falsa bóveda, contruidos mediante la técnica de hiladas de lajas superpuestas (fig. 9a y b). Otra diferencia esencial con respecto a los grandes « andenes », consiste en que, mientras los anteriores estaban destinados a la siembra « a temporal », estos otros 28, reciben el aporte de un pequeño ojo de agua, que nace en una vertiente próxima. Es posible que en épocas anteriores esta vertiente fuera más copiosa y permitiera obtener el caudal necesario como para regar las 7 hectáreas que, aproximadamente, representan el espacio abarcado por los 28 « andenes ». Las otras superficies recubiertas de *sucre*s suman, según se dijo, 11 hectáreas, lo que da — de acuerdo al cálculo del propio Debenedetti — un total de 18 hectáreas laborables, a este pueblo aborigen<sup>1</sup>, cantidad posiblemente cabal como para lograr el sustento de los habitantes con el resultado de sus cosechas. El desecamiento progresivo del suelo — común a todo el noroeste argentino, según lo tengo dicho en otra parte<sup>2</sup> — o alguna seca inusual, excesivamente prolongada, han debido de influir en su abandono ulterior, por parte de sus primitivos constructores.

<sup>1</sup> SALVADOR DEBENETTI † y EDUARDO CASANOVA, *Titiconta, Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 17-18, Buenos Aires, 1933-1935.

<sup>2</sup> FERNANDO MÉRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas, Historia de la Nación Argentina*, I, 279, Buenos Aires, 1936.





*a*



*b*

Fig. 9. — *a* y *b*, Construcciones en Titiconte, que presentan falsa bóveda, formada por hiladas superpuestas y techumbe de grandes lajas recubiertas de barro amasado con pequeños guijarros

Las manifestaciones arquitectónicas son, sin ninguna duda, lo más valioso e interesante de este yacimiento. Aparte del aspecto agrícola, a que acabo de referirme, las casas de habitación, que constituyen un verdadero pueblo, presentan características propias, que las apartan de lo que es la vivienda típica del noroeste argentino, confiriéndoles una personalidad y una importancia singulares (fig. 10). Su ubicación se encuentra estratégicamente situada en una especie de plataforma sobre una elevación que se yergue en dirección a la meseta. A su alrededor se escalonan las terrazas de cultivo. Como ya queda insinuado en lo antes dicho, las construcciones son de dos clases: ya viviendas, ya silos o graneros, para la conservación de los productos agrícolas recogidos o cosechados.

Los silos son similares a los que he encontrado en Humahuaca, Caleta y otros sitios: redondos o elípticos, de altura no superior a 1 metro y 50 centímetros y de un diámetro que en ningún caso excede de los 2 metros.

Debe advertirse que en este yacimiento los silos se encuentran no sólo acompañando al grupo de viviendas sino también han sido practicados en los mismos muros de algunos de los « andenes », ya que deben interpretarse como tales a las construcciones que Casanova y yo hemos encontrado en aquéllos y que estaban completamente revestidas de piedras lajas.

Así como los graneros afectan una forma redondeada, las casas son con alguna frecuencia cuadradas, como corresponde a elementos influenciados por la cultura andina, si bien hay numerosas redondas o redondeadas, según queda dicho. Sus paredes se levantan aún hasta buena altura, sus puertas están perfectamente trazadas, presentando unas vanos trapezoidales (fig. 11 a) en tanto que en otras son precisamente rectangulares (fig. 11 b) y como característica curiosa, que evidencia su magnífico estado de conservación, cabe señalar que muchas de ellas conservan no sólo sus muros sino aun su techumbre intacta, lo que viene a aclarar esta cuestión, debatida por los arqueólogos clásicos de nuestro país, respecto de cómo se techaban las viviendas primitivas—al menos en esta parte del noroeste argentino. En este caso, los techos han sido realizados mediante el empleo de grandes lajas, que tienen la función de cumbrera, constituyendo una especie de armazón lítico sobre el que se apoyan, a veces, otras más pequeñas, cubriéndoseles con una capa, en ocasiones bastante gruesa, de una suerte de « torta », constituida por barro mezclado con pequeños guijarros.

Pero, lo más saliente de estas viviendas, es su dispositivo de comunicación, pues lo han hecho ya por medio de corredores subterráneos — que en algunos casos han llegado a medir 12 metros de extensión, como lo expresa Debenedetti en el trabajo antes recordado <sup>1</sup> — ya directamente mediante puertas interiores, que establecían conexiones entre 2 o más habitaciones. Este último sistema parece haber sido el de mayor vigencia (fig. 12).

Es bien sabido, por todos los que han visitado yacimientos en esta gran

<sup>1</sup> DEBENEDETTI †-CASANOVA, *Titiconta*, cit., 18.



a



b

Fig. 10. — a, Habitación elíptica, en Titliconte, con muro en el que se combinan piedras canteadas y lajas;  
b, La misma habitación vista desde otro ángulo



a



b

Fig. 11. — a, Detalles de muros y puerta rectangular en Titiconte, con vanos y dinteles formados por grandes lajas de piedra; b, Otro detalle de muros y puerta trapezoidal que muestran el riguroso ensamblamiento de las piedras en la *pirca* autóctona.

zona del noroeste de la Argentina, que las casas se edifican habitualmente absolutamente separadas unas de otras, a tal punto que aun cuando se levanten sin solución de continuidad, cada una de ellas es una entidad netamente autónoma de sus vecinas, sin puertas de comunicación y sin más posibilidad de acceso que la única puerta de entrada o salida.

En este caso, por el contrario, el yacimiento de Titiconte, presenta la curiosa característica de que sus casas de habitación se comunican entre sí, en algunos casos, en grupos de 2 ó 3, por medio de pequeñas puertas, generalmente algo más bajas y cuadradas que las que sirven para el acceso



Fig. 12. — Vivienda elíptica, en Titiconte, presentando una puerta de comunicación interna y nichos en el muro

desde el exterior. Como las habitaciones corridas están edificadas a veces sobre un terreno bastante desnivelado, las aberturas de comunicación de las viviendas, en casos tales, aparecen en una de las casas — la que se encuentra a mayor altura — en su sitio normal, es decir, abriéndose en la parte inferior del muro, en tanto que, en la siguiente, se muestra en la parte superior, muy cerca del techo. Nótese, por último, que en una de las *pircas* externas de este conjunto de recintos, ya dando vista a la meseta, aparecen, sobre el piso mismo, una especie de raros ventanales cuadrados, acaso vestigio último de un conjunto de silos pequeños (fig. 13)<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Una descripción mucho más minuciosa de las diferentes características de construcción lítica de las viviendas de este importante yacimiento pueden verse en : MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborigen en la provincia de Salta*, cit., 146-154.

Un elemento sumamente curioso de decoración — que es raro haya resbalado, con una fugaz mención, en el recuerdo del doctor Casanova, primer investigador, con su maestro el doctor Debenedetti, del lugar — son las llamitas realizadas con singular verismo, por los habitantes primitivos, en algunos de los muros de contención de los « andenes ». El procedimiento empleado ha consistido en la intercalación en el aparejo de la *pirca* de elementos líticos de otro color que permiten delinear, con su fuerte contraste cromático, la silueta de la *auchenia*. Esto se ha logrado por medio de pie-



Fig. 13. — Aberturas practicadas en un muro de acceso, en Titiconta, restos de las antiguas edificaciones

drecillas blancas o blancas veteadas de marrón, sobre el fondo pardusco-azulado de las demás rocas.

Aquellas piedras blancas, veteadas de marrón, pertenecen a un filón de cuarzo lechoso, con algunas facies de cuarzo cristalino. He entregado una muestra al doctor Walther Schiller, jefe de los departamentos de mineralogía y petrografía y de geología y geografía física del Museo de La Plata, quien ha tenido la amabilidad de examinarla, encontrando en ella cubos visibles de pirita de hierro, descompuestos en limonita. Esta, que es producto de la transformación de la pirita o sulfuro de hierro, por oxidación, forma las manchas marrones y amarillentas que el indígena primitivo ha utilizado tan acertadamente. Además, aquellas piedras presentan, en algunos puntos, algo de calcopirita, en parte descompuesta en malaquita — cuyos reflejos verdes son a veces acusables a simple vista, — y limonita. Los

fragmentos de la «caja», según me informa el doctor Schiller, presentan filita sericitica incluida en el cuarzo. Aquella unión de la masa principal de cuarzo lechoso, en combinación con las manchas ferruginosas de la limonita, han dado motivo al ingenioso artista para efectuar una reproducción estilizada del animal más importante de la fauna local.

Llamo muy especialmente la atención sobre este procedimiento decorativo, que no es sólito entre nuestros indígenas. En efecto, no se trata, según se ve, de una pictografía, ni de un petroglifo, propiamente dichos, pues no es ni pintura ni grabado sobre roca. Por el contrario, es una especie de «mosaico», en el cual el artista, por medio de piedrecillas de colores adecuados para evocar el pelaje del camélido que deseaba reproducir, y mediante el empleo de piedras de tamaño variable, rigurosamente seleccionadas y artísticamente insertadas en el muro al tiempo de su construcción, ha sabido realizar una obra artística perdurable. Las *auchenias* así representadas son varias y su ubicación queda, en algunos casos, bastante distante entre sí, aunque siempre en muros visibles desde cierta distancia (fig. 14a).

Entre ellas se destaca una, de tamaño bastante más considerable que el común — y de un estado de conservación mucho más perfecto, pues los muros en que aparecen las otras amenazan ruina — por ser la única que resta completa, en tanto que las otras han perdido trozos importantes de su cuerpo, al derribarse el aparejo de los muros de que formaban parte.

El animalito aparece como marchando hacia el N. O. — vale decir, como si mirase hacia Valle Delgado — y su flanco visible da al N. E.

La cabeza, hecha con una sola piedra, es una muestra acabada del ingenio, del poder de observación y de la rigurosa selección del material lítico empleado. En efecto, ésta tiene una depresión y un relieve, que parece una oreja, y se estrecha luego en forma de ocico (fig. 14b). La piedra en cuestión mide 41 centímetros de largo máximo, por 20, de alto. El cuello, formado por una piedra chica y dos grandes, tiene 30 centímetros de largo. El cuerpo, 83 de largo por 19 de ancho, y está constituido por cuatro piedras. De las patas, por una estilización usual entre los primitivos, sólo se ve una delantera y otra trasera. La primera — desde la inserción en el cuerpo hasta el casco — mide 46 centímetros y está hecha con cuatro piedras. La segunda, lograda con seis, mide 52. Ambas tienen un ancho de 10 centímetros. Por último, una postrera piedra, algo separada del cuerpo, como para sugerir un rabo, mide 20 centímetros de largo por 7 de alto.

Son, pues, en total, veinte piedras. Con tan pocos elementos, sabiamente escogidos, se ha realizado esta figura, cuyas dimensiones totales en ancho son 1,03 centímetros, de la parte más saliente del pecho al extremo del rabo. Es curioso que su altura total, desde el extremo superior de la cabeza al final de la pata delantera, sea exactamente la misma. Parece difícil creer que se trate de una mera coincidencia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborígen en la provincia de Salta*, cit., 163-164.



a



b

Fig. 14. — a, Uno de los muros en cuyo aparejo, formado con piedras blancas veteadas de marrón, aparece la figura de una *auchenia*; b, La misma llamita vista en detalle. Este tipo de decoración ha sido únicamente empleado en Titiconte.



Ya Debenedetti y Casanova han podido establecer que la cantidad de materiales arqueológicos correspondientes a instrumental, ajuar doméstico o funerario, no está en relación con la riqueza que afecta su arquitectura. Por el contrario, estos elementos son sumamente pobres, al menos en cantidad, aunque algunos de ellos presenten una delicadeza de factura realmente notable.

Las investigaciones llevadas a cabo por la expedición de Debenedetti — que era la XXVª que realizaba el Museo Etnográfico de Buenos Aires — han dejado amplia huella en el lugar. Su apartamiento de la región habitada de la Quebrada de Iruya, en razón sobre todo de la dificultosa subida hasta el lugar de ubicación del yacimiento, y el respetuoso temor de la población indígena actual para tocar aquellos vestigios dejados por los primitivos pobladores, explica que las cosas hayan quedado en la misma forma en que aquellos investigadores las dejaran. Tan poco hollado ha sido el sitio, después de su permanencia allí, que quedaban aún perfectamente visibles los lugares de emplazamiento de las carpas de su campamento. Así mismo, permanecían en el terreno — y quedaron en él a mi regreso — algunas piezas de instrumental lítico pesado, tal cual el magnífico molino plano, a que hice referencia en mi nota preliminar acerca de *El « pucará » del pie de la cuesta de Colanzuli*<sup>1</sup> y del cual hace también mención el doctor Casanova en su trabajo sobre *Titiconte*<sup>2</sup>. Sus medidas exactas, que me fué muy grato tomar en aquella oportunidad, son las siguientes: 0,95 centímetros de largo por 0,58 de ancho y 0,06 de espesor — medidas que difieren ligeramente de las que, con carácter dubitativo, señala Casanova en su monografía. No sólo estas excepcionales dimensiones daban a aquél ejemplar categoría especial, sino que ésta era ratificada por presentar perfectamente pulida una de sus caras y suficientemente alisada la otra.

Los materiales obtenidos en mi visita, se encontraban depositados a muy poca distancia de la superficie del suelo: sólo por excepción se llegó a cavar hasta 1,25 metros de profundidad, habiendo comenzado los hallazgos con dos pequeñas palas planas, que fueron encontradas sólo a 0,05 centímetros. El conjunto de los materiales líticos obtenidos comprende varias palas planas, de diverso tamaño, algunas fragmentadas; manos de mortero, piedras de moler, ya « conanas », ya « pecanas »; morteros grandes y toscos, de forma cuadrada o redondeada. Un solo objeto de hueso — un « topo » en forma de cuchara — fué encontrado.

En cuanto a la cerámica, los dos ejemplares de cántaro, de forma globular, sin decoración, con asas horizontales simples, situadas en la parte superior de la zona ventral, cerca del muy reducido gollete o cuello, no difieren, esencialmente, de los ejemplares publicados por Casanova<sup>3</sup>. En

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El « pucará » del pie de la cuesta de Colanzuli, Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 264, Buenos Aires, 1934.

<sup>2</sup> DEBENEDETTI y CASANOVA, *Titiconte*, cit., 27.

<sup>3</sup> DEBENEDETTI y CASANOVA, *Titiconte*, cit., lámina XVII.

este sentido — y hallazgos posteriores realizados en mis viajes subsiguientes ratifican este aserto — suscribo ampliamente las manifestaciones que, acerca del poco desarrollo de la cerámica regional (sobre todo si se la compara con el instrumental lítico), ha hecho presente el arqueólogo mencionado, apoyándose, asimismo, en mis hallazgos de Colanzuli <sup>1</sup>.

En una de las casas que hice excavar, encontré, a 0,66 centímetros de profundidad, una gran laja que medía 0,89 centímetros de largo por 0,61 de ancho y 0,05 de espesor. Como todo lo hacía prever, resultó ser la tapa de un recinto sepulcral. Este ofrecía una boca superior de entrada de 0,60 por 0,50, con una profundidad de 0,70 centímetros y un diámetro máximo, en su interior, de 0,72 por 0,70 centímetros.

Presentaba una forma cuadrada, estando sus cuatro paredes formadas por cuatro lajas grandes. En el fondo de este recinto fueron hallados dos esqueletos en estado muy avanzado de descomposición, tan pulverulentos que fué imposible su remoción. Como ajuar funerario, existía una pequeña cestita de mimbre tejido, de forma ovalada, que medía 0,14 por 0,07 y 1/2 centímetros de extensión máxima. Su fondo no pasaba de 0,05 y 1/2 centímetros. Además encontré un pequeño trocito de tejido — de 0,025  $\times$  0,010 milímetros — al parecer del reborde de una prenda, de una coloración verde subida, producida, en parte al menos, por la descomposición química de los elementos usados en el tinte (cardenillo).

Naturalmente, este hallazgo — y el cúmulo de otros análogos obtenidos en los demás yacimientos de la región — prueban que la afirmación de Casanova, de no existir en Titiconte, sino entierros en tierra, directamente, para los adultos, o en urnas, para los párvulos <sup>2</sup>, es incompleta, ya que yo he tenido la buena fortuna de hallar, allí, cámaras sepulcrales <sup>3</sup>, lo que demuestra que, en esta zona, coexisten los tres tipos de entierro.

En resumen, con las observaciones personales — que importan, en algunos casos, rectificaciones o aditamentos — que he podido agregar a lo ya expresado por los arqueólogos que me precedieron en el estudio del terreno, me es grato suscribir las conclusiones a que ellos llegaron en su trabajo. Aunque sólo varios años después de visitado el yacimiento — por las postergaciones producidas a raíz de la muerte, tan lamentada, del doctor Debenedetti — me ha sido posible conocer la importancia que ellos asignaban a este lugar, como jalón iniciador de estudios en aquella apartada región del territorio argentino, me resultó muy claro desde el momento de mi primera visita, a comienzos de 1933, que la explotación e investigación de esa vasta zona del país sería, como expresara después Casanova en su trabajo, « de importancia capital para el conocimiento de la arqueología del norte

<sup>1</sup> DEBENEDETTI  $\frac{1}{2}$ -CASANOVA, *Titiconte*, cit., 33-34.

<sup>2</sup> DEBENEDETTI  $\frac{1}{2}$ -CASANOVA, *Titiconte*, cit., 35.

<sup>3</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborigen en la provincia de Salta*, cit., 157-162.

argentino »<sup>1</sup>. En consecuencia, me hice de inmediato el firme propósito de continuar estos estudios, cuya dirección dejaba libre la muerte prematura de su iniciador.

A mi regreso a Iruya, tuve el gusto de conocer allí a don Milano Medenica, vecino antiguo del lugar, a quien — con justicia — el doctor Debenedetti había dispensado toda su confianza. El señor Medenica, sabedor de los motivos de mi viaje y de mis propósitos de estudio, se ofreció gentilmente a secundarlos, poniendo a mis órdenes su vasta experiencia en el conocimiento del terreno, que era, justamente, lo que a mí me faltaba. Con tal excelente guía, abandoné Iruya, para realizar investigaciones en yacimientos correspondientes a la provincia de Jujuy y que, por ello, escapan de la actual relación. Quede simplemente señalado que mis ulteriores viajes a las regiones de Iruya y Santa Victoria obedecen a la clara visión de su importancia arqueológica, mucho antes de que ella fuera señalada por investigador alguno nacional o extranjero.

Por respeto a la memoria del arqueólogo y maestro desaparecido, no quise publicar de inmediato los resultados de este mi primer viaje a Iruya, esperando a que se hiciera lo propio con la comunicación que el doctor Debenedetti había presentado al Congreso de Hamburgo. Aquella fué reemplazada, bastante más tarde, por una pequeña monografía en la que el doctor Casanova completa los apuntes que el doctor Debenedetti dejara, como único resultado escrito, de este trabajo. Gracias a ello, y relevado del silencio que voluntariamente me había impuesto, he podido decir, y he dicho, en el curso de este relato de mi primer viaje y en mi anterior trabajo<sup>2</sup>, lo esencial de mi pensamiento sobre ese «antigal» y su importancia.

## CAPÍTULO II

### Segundo viaje de exploración arqueológica a los departamentos de Iruya y Santa Victoria (provincia de Salta)

En los primeros días del año 1934, resolví emprender un nuevo viaje a la región de Iruya, cuyas posibilidades arqueológicas — como territorio casi absolutamente virgen, en esta clase de estudios — me habían llamado poderosamente la atención. El yacimiento de Titiconte, con sus construcciones de un tipo tan diferente, en forma y disposición, a las corrientes en la Quebrada de Humahuaca y, aun, en el resto del noroeste argentino, se anunciaba — pese a la pobreza del instrumental encerrado en su subsuelo — como una avanzada de una serie de vestigios de la industria primitiva

<sup>1</sup> DEBENEDETTI †-CASANOVA, *Titiconte*, cit., 35.

<sup>2</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Arqueología aborígen en la provincia de Salta*, cit., 148-160 y 163-164.

de sus primeros pobladores, de sumo interés para esta clase de estudios.

Así, pues, me puse en comunicación con el doctor Robustiano Patrón Costas, cuyo ingenio « San Martín » posee, en el departamento de Iruya, extensas propiedades. El doctor Patrón Costas acogió con suma gentileza mis propósitos de trabajo, autorizándome a actuar en las propiedades de pertenencia o de arriendo del Ingenio, en la forma que mejor lo creyera para el logro del mayor éxito de mis tareas. De inmediato, dispuso telefóricamente lo necesario para que yo pudiese disponer de los elementos de movilidad indispensables. Asimismo, me autorizó para contar con la compañía de don Milano Medenica, experto conocedor del terreno, y cuya simpatía por estos estudios me constaba desde mi viaje anterior.

Puesto ya en comunicación epistolar con el señor Medenica, le comuniqué la fecha de mi traslado, realizando sin novedad el viaje hasta estación Iturbe, en los ferrocarriles Central Argentino y del Estado. A mi llegada, en la madrugada del 26 de enero, rememoré las dificultades y molestias de mi viaje anterior. Pero, esta vez, el cuadro había variado totalmente. Contaba allí con amigos, que me habían sido presentados por don Milano al terminar mis investigaciones jujeñas y embarcarme de regreso para Buenos Aires y, lo que es más, me esperaba el propio Medenica, con los animales necesarios para el traslado de mi persona y de los instrumentos de trabajo. El « mozo de mano » y algún otro peón, se encargaron de reunir los elementos de la carga, retirándolos de la estación de ferrocarril y, a las 11 de la mañana, después de haber almorzado y de los saludos y agasajos de los amigos que poco a poco habían ido teniendo noticias de mi presencia, partimos para Iruya.

Dejaré de lado el relato de las incidencias de esta breve jornada inicial, que no difieren, esencialmente, de las contadas en la relación del primer viaje. La única diferencia era, esta vez, de orden psicológico. Sabía hacia adónde me dirigía y cuál era mi camino; iba en compañía de un hombre experimentado y de toda mi confianza, y estaba bien montado. En cambio, en el viaje anterior había marchado solo, sin noticias precisas respecto a distancia, a condiciones del camino, a dificultades de acceso, prácticamente al azar en la mayor parte del viaje y cabalgando un caballo que no me satisfacía, en vez de la tranquilizadora mula de ahora. Es increíble cómo este conjunto de circunstancias modificó esencialmente al viaje mismo. Es verdad que tal excursión no aparecía ya, como la anterior, con los contornos de una verdadera aventura. Su realización perdía un poco del prestigio romántico que había rodeado a la primera entrada en el territorio, para aparecer sólidamente encuadrada en la realidad. Además, el hecho de conocer el camino y sus exigencias, me privaba del placer de la novedad. Pero, con todo, no lograba disminuir en nada mi satisfacción y mi contento. Sabía, de antemano, que había de poder realizar en este viaje parte de lo que me había prometido al advertir las posibilidades arqueológicas de la zona y los grandes problemas científicos que allí esperaban dilucidación.

De ahí que marchara pleno de entusiasmo por esos lugares que el año anterior me vieran pasar desfalleciente.

En aquel estado de espíritu permanecí casi dos días, alojado en la casa de Medenica, en Iruya, pues este cordialísimo amigo no quiso ceder a nadie la hospedación de mi persona que él consideró como un cordial privilegio suyo.

El 28 de enero — realizadas ya todas las tareas previas de contratación de peones, arriendo de animales, compra de provisiones, etc. — partí de Iruya, a las 10 de la mañana, rumbo a Valle Delgado, región en la que se me decía existían grandes « antigales » intocados. Comenzamos el camino por la Quebrada de Iruya, atravesando, a veces, sus aguas. Si hubiéramos podido marchar con la cuarta parte de su velocidad hubiéramos llegado rápidamente al fin de la Quebrada. Ellas se deslizaban sutilmente como una fugaz cinta de plata, en tanto que nosotros marchábamos al paso lento y seguro de las mulas. A poco andar llegamos a la Palquita, perteneciente a la misma comuna. Dentro de la topografía regional, llámase Palca, o Palquita, según sus dimensiones, al ensanchamiento del ámbito de la Quebrada, por obra de una desviación hacia afuera de las paredes rocosas que la forman. Allí crecen algunos malos y duros pastos y los vecinos de Iruya aprovechan del lugar para echar en él a sus contados animales. Con todo, forma un pequeño oasis de verdura en este terreno grisáceo y pedregoso, animado, tan sólo, por los cambiantes colores con que la piedra se decora, particularmente en las alturas.

Luego pasamos por el Angosto de Agua Caliente, lugar del río en que la Quebrada se cierra mucho y que — en época de lluvias, como la presente — puede llegar a constituir un grave peligro para el tránsito. El viaje es continuado, una vez transpuesto este mal paso, por la misma quebrada hasta llegar al lugar llamado Agua Caliente, que debe su nombre a una surgente u ojo de agua termal. Este es el lugar en donde, a 2400 metros de altura, comienza el pie de la Cuesta de Titiconta, cuya abrupta subida ha sido descrita en el viaje anterior, pero a la que no ascendimos en esta oportuna prefiriendo seguir camino en busca de nuevos yacimientos.

Continuando por la Quebrada de Iruya se llega, algo más tarde, al lugar llamado Agua Blanca y que debe su nombre a una vertiente, cristalina en los tiempos normales, pero que, cuando llueve, forma un barro verdoso que importa sumo riesgo para el viajero pues el fuerte sol de esas alturas, pronto seca la parte superficial de la tierra, formando una débil cáscara que puede engañar a hombres o animales. Algunas anécdotas, contadas por Medenica o por los peones, en ese estilo sentencioso y breve que es propio del laconismo peculiar del hombre de estas regiones, no parecen conferir a estas tierras, tornasoladas de verde, fama de excesivamente tranquilizadoras; sólo para el fatalista impenitente, que llevo adentro, pueden ser un motivo de deportístico interés.

Más adelante se llega a la Quebrada de San Juan, que desemboca en la de

Iruya. La dejamos, sin embargo, de lado, continuando por la misma en que veníamos. Toda esta región por la que vamos pasando y que se llama de Titiconte, suele presentar altos picos enhiestos, que se perfilan netamente en las alturas (fig. 15). Aun traspuesto el lugar, puede verse a nuestra espalda, desde buena distancia, aquella empinada elevación, que se perfila en la lejanía y a lo alto como un cono truncado que domina el horizonte. Siguiendo por la quebrada vamos a parar al sitio denominado pie de la Cuesta de Taco Pampa, a 2160 metros de altura.

En este lugar la abandonamos, no sin antes efectuar una rápida inspec-



Fig. 15. — La región de Titiconte, al fondo. En primer término la quebrada de Iruya

ción de un « antigal » que se encuentra en la banda derecha. No ofrece mayor interés. Es pequeño y se hallan muy destruidas las pocas paredes que es dable observar. Está por caer la tarde y es menester apresurarse, pues el sitio en que pensamos levantar nuestro campamento queda aún muy distante. Calculo que la remoción del subsuelo de esas pocas viviendas comprometería nuestra llegada y que, en el mejor de los casos, dada la exigüidad del lugar, el botín no podría ser compensatorio, en vista de lo cual resuelvo no detener la expedición allí y continuar a Taco Pampa. Para hacerlo, es preciso realizar una subida, bastante abrupta, por la banda izquierda de la Quebrada, es decir, es menester trepar la Cuesta, precedentemente citada. El camino es excesivamente estrecho y en sus primeros tramos tiene un par de pasos particularmente difíciles. Las mulas de carga, incomedadas quizás por el tamaño de los bultos que la constituye, se obstinan

en no subir con ese su proverbial empecinamiento, y hay que descargarlas, en el fondo de la Quebrada, junto al río y subir las cargas por medio de los peones. Se trata de una operación bastante pesada y hasta peligrosa por la estrechez, ya mencionada, del camino, y las desagradables consecuencias, siempre posibles, de un mal paso. La altura, donde termina la senda, es de 2400 metros, es decir, que esta subida abrupta tiene una diferencia de nivel de 240, con relación al del río.

Desde la parte superior puede observarse un buen trecho del recorrido del río de Iruya. Desde allí, como asimismo durante el trayecto realizado por el fondo de la Quebrada y, en parte, por el río mismo, he podido notar el fenómeno de arrastre de material lítico en grandes cantidades. El río « viene sonando », como dicen los paisanos de la región. Mala señal, inconfundible, que ellos saben interpretar adecuadamente. Este bronco sonar resulta, verdaderamente, un natural altavoz anunciador del peligro, pues es debido al transporte de rocas, a veces bastante gruesas, que arrastra su impetuosa corriente y que pueden constituir un grave inconveniente para hombres y animales, al pretender vadearlo. Estas condiciones de peligrosidad, debidas a dicha causa, se acentúan a medida que el volumen de las aguas crece con las precipitaciones atmosféricas y es común a todos los ríos de la zona.

De igual manera, pueden estudiarse en él las consecuencias de los fenómenos de erosión de las aguas en las superficies aluvionales de la Quebrada (fig. 16 a y b). Aun en circunstancias en que el volumen de las aguas decrece, puede observarse que allí por donde el río pasa va arrebatando de los costados de su lecho pequeñas piedras y tierra, en una labor de erosión constante. El mismo fenómeno se hace, naturalmente, más notable en las vueltas innumerables de su cauce, lugares en los que aquella labor puede observarse con toda nitidez. En algunas partes las laderas de la Quebrada parecen como cortadas con un gigantesco cuchillo, tan pareja y perfecta es la línea vertical resultante de aquella labor erosiva, que llega hasta el límite máximo mismo del nivel que, en épocas de fuerte creciente, alcanzan las aguas y que se prolonga hacia arriba por un proceso erosivo que tiene su origen en los vientos. Estos desgastes fluviales y eólicos alcanzan, en toda la zona, relieves a veces sumamente importantes.

Desde la parte superior de la Cuesta de Taco Pampa comienza una pendiente mucho más dulce hacia arriba, y así se llega, después de un rato de marcha, al Alto del mismo nombre, que queda a 2480 metros sobre el nivel del mar (lám. V b). Allí hay terrenos de cultivo de los antiguos moradores, fácilmente observables por la existencia, en regular cantidad y en buen estado de conservación, de primitivas *pircas*, constitutivas de antiguos « sueres » o « andenes ». Estas terrazas de cultivo revelan que estos lugares han estado habitados desde muy antiguo. En efecto, en un sitio próximo, a una altura un poco mayor, llamado el Alto de Chañar, se encuentran ruinas de poca importancia. Algunas excavaciones preliminares, han per-



*a*



*b*

Fig. 16. — *a* y *b*, Dos porciones del río Iruya, vistas desde lo alto de la quebrada del mismo nombre, en donde puede observarse el fuerte trabajo de erosión de las aguas del río, durante las crecientes, en la parte inferior de las laderas, así como el desgaste eólico en la superior.



mitido encontrar allí siete esqueletos, sin ajuar ni sepultura, sin orientación precisa y en distintas posiciones, siendo necesario que nuevos estudios ratifiquen o rectifiquen estas indagaciones previas. Cerca de las ruinas hay una pequeña casita de Gregorio Ramos, yerno de Antonio Flores, dueño de la finca situada en Valle Delgado, a la que nos dirigimos.

Continuando el camino encontramos la Abrita de Taco Pampa, desde la cual se divisa un magnífico cuadro. En el fondo, la Quebrada de San Juan y enfrente los cerros multicolores — desde el ocre al azul cobalto — de Pantí Pampa. Estas coloraciones abigarradas y de casi imposible reproducción pictórica, constituyen uno de los espectáculos estéticos más imponentes y extraordinarios.

Una vez pasada la Abrita, el camino se hace más difícil. Se sigue ascendiendo a medida que el sendero se va estrechando, hasta que una vez « trastornada » una de sus curvas se halla un paso muy feo, sumamente reducido de anchura, de tierra gredosa y roja — a la cual una incipiente lluvia hace excesivamente resbaladizo — y que está terminado, por una parte por el paredón de la montaña y por otra por un precipicio bastante crecido. Las mulas cargueras se niegan a pasar, pues su seguro instinto les advierte que los bultos que transportan no tienen espacio suficiente. Es necesario dividir la expedición, marchando los jinetes a afrontar este mal paso, en tanto que algunos peones llevan del ronزال a las cargueras por un rodeo que conduce a un camino todavía más alto. Durante unos momentos, detenidos en este trepador y estrecho camino, doy las órdenes pertinentes. Luego, sigo ansiosamente con los ojos a los animales que, hábilmente conducidos por los peones, trepan con agilidad de cabras. En verdad unos y otros rivalizan en destreza. Tranquilizado, continúo con los hombres disponibles por el fragoso sendero con la seguridad de que, algo más adelante, volveremos a encontrarnos, como así ocurre.

Pasado este difícil trayecto, se llega a Tojra-Abra, luego a la Quebrada de Chiyayoc, en donde corre una vertiente cristalina, cuyas nacientes están en el Abra de Chiyayoc y en el imponente Cerro Negro, que recorta majestuosamente su tétrica silueta en un horizonte coronado de nubes. Un poco después el sendero se bifurca, a los 2920 metros de altura. Resuelvo tomar el de la izquierda, que, según los informes de unos arrieros que encontramos en el camino, es el mejor. Por él continúa nuestra caravana subiendo hasta el Abra de Chiyayoc, que presenta en su banda izquierda una « apacheta », situada a 3240 metros. Desde nuestra entrada en esta bifurcación del camino nos ha comenzado a llover, lo que no sólo me impide fotografiar los detalles de esta topografía de montaña, sino que constituye un motivo de intranquilidad para nosotros, pues el terreno se torna sumamente resbaladizo. Las dificultades de la marcha son muy grandes y las diferencias del nivel, los gruesos pedrones que interceptan el camino y el silencio un poco deprimente del lugar — sólo interrumpido por los cascos de nuestra mulas — se aúnan para magnificarlas. No puedo dejar de pensar en que si éste es el



Fig. 17. — a, El santigal de Mesa Colorado visto desde cierta distancia, en el momento de comenzar las excavaciones  
b, Detalle de los trabajos en la primera de las seis casas allí estudiadas en el segundo viaje

mejor sendero, cómo será el otro. Por causa de estas dificultades una de las mulas cargueras — a las que habíamos vuelto a encontrar en Tojra-Abra — equivocó la senda y, al intentar subir un repecho, quedó con una pata en un agujero, en una pendiente muy inclinada, con peligro de caer a una vertiente situada a cosa de unos ocho metros más abajo. Dos de los peones se deslizaron hasta el lugar donde ella estaba, quitándole — en medio de las dificultades del caso — la carga, e intentando hacerla subir hasta el camino. No pudieron lograrlo, desbarrancándose el animal, rodando y cayendo sobre el cogote. Quedó estirada y la creíamos ya perdida, cuando



Fig. 18. — Las urnas funerarias se encuentran en el subsuelo de las habitaciones, recubiertas por lajas de piedra que les sirven de tapa

pocos minutos después se levantó y tras temblar durante un largo rato, reaccionó y pudo seguir, aunque sin carga. El lugar en que esto ocurrió es una quebrada del Rodeo de Viscachane, en donde es muy frecuente, durante el verano, la producción de lluvias. Innecesario es agregar que durante los contados momentos que duró este peligroso episodio, bastante inquietantes pensamientos me preocuparon: de ellos no fueron extraños, desde luego, el emergente de mi responsabilidad por hombres y animales, como jefe de la expedición.

Una vez reorganizada la caravana y repartidos los bultos entre las demás mulas cargueras y algunos jinetes, trepamos una cuestita próxima y bajamos, luego, por el Abra de Nari, donde hay un portillo de piedra pircada. Cruzamos, asimismo, una vertiente llamada de Chaupihuasi. Allí hay un

picacho enhiesto, a los 2770 metros de altura. Su aspecto es sumamente curioso, pues — después de este morro que señalamos — se continúa, tras una depresión, con una especie de colosal lienzo de piedra. Se le llama Amancay.

Mientras que tales aventuras me ocurrían, en medio de aquellas lejanas y



Fig. 19. — Dichas urnas, que no presentan, habitualmente, decorado alguno se encuentran depositadas a escasa distancia de la superficie

maravillosamente coloreadas montañas, creía que ésta habría de ser, acaso, la primera y última vez que me fuera dado penetrar en tan distante región. Ha querido mi suerte permitirme volver, más tarde, a ella, como se enterará quien lea, más adelante, el relato de mi cuarto viaje, llevado a cabo en 1938, y que espero no sea el último que hasta allí pueda realizar.

De ahí seguimos para las posesiones de don A. F. Es un personaje curioso, dentro de sus modalidades de señor del lugar. Tiene una interesante cabeza de estudio, con una luenga barba blanca. Su casa es amplia y

está situada a 2740 metros de altura. Su huerta es abundante y bien cuidada. Es el propietario de todas las tierras, desde el Abra de Chiyayoc hasta la Quebrada de Rodeo Colorado. En ellas tiene algunos centenares de cabezas de ganado, lo que le permite ser uno de los terratenientes y hacendados mayores de la región.

A pesar de su avanzada edad, y las heridas de arma blanca que le produjera, en pelea, uno de sus hijos — y que fueron curadas, sin intervención de médico, con emplastos caseros — monta aún a caballo y transpone con inaudita rapidez las leguas que le separan de Iruya, cada vez que las circunstancias lo exigen. Vive rodeado por varias mujeres jóvenes, de diversa edad y prestancia, que tienen a su cargo todas las tareas de la casa — y a quienes, con la habitual deformación fonética sólita en el septentrion argentino, denomina mis «púpias» — en tanto que su esposa legal habita, sola, otra casa de su propiedad sita quebrada por medio, adonde él nunca llega. Su florida vejez es una demostración elocuente de las excelencias sanitarias de estos aires puros, en tanto que aquellas modalidades moriscas de su vida privada constituyen un tema de conversación nunca agotado en treinta leguas a la redonda...

Hemos llegado a su casa a las veinte horas. Es decir, que hemos empleado diez horas de marcha, casi continua, a ratos bajo espesa lluvia, para hacer de 20 a 25 kilómetros de pésimo camino. A mayor abundamiento — y como breve noticia sin comentarios, acerca de lo que es dable soportar en trances análogos — permitaseme transcribir mi régimen alimenticio de ese día: 10 1/2 horas: dos tazas de té solo — inútil tratar de conseguir por ahí leche — y dos bizcochos; 13 horas: cuatro duraznos; 20 horas y media: una taza de café negro y un trozo de pan casero; 22 horas y media — ¡al fin! — asado.

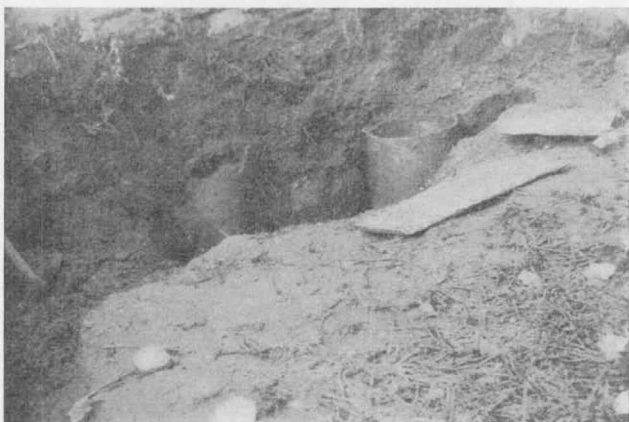
Los rumbos generales de la marcha, desde Iruya, hasta este lugar, han sido los siguientes: de Iruya por la Quebrada del mismo nombre, 80 grados al este, hasta el pie de la Cuesta de Taco Pampa. Después seguimos a 50 grados, de nordeste a oeste, realizando la subida de la cuesta y la marcha general. Por último, al llegar a Valle Delgado, 20 grados de norte a nordeste.

A unos cuatro kilómetros de la casa de Flores, hacia al noroeste, se halla un lugar denominado Matancillas y otro, próximo, Campo de la Cruz, donde residen los arrenderos de Flores, llamados Bernardino Sánchez y los dos Chorolqui, padre e hijo. Allí hay sembrados de maíz, en la parte llamada de la Quebrada del Potrero, donde están las vertientes de los dos ríos que bañan esa zona: el Minero y el Opiara. Estos sembrados están llenos de trocitos de alfarería de diverso tipo y de grano fino y grueso.

He efectuado una visita a dicho lugar, que — por la gran cantidad de «tiestos» de cerámica que se hallan en la superficie del terreno — ha correspondido, en épocas primitivas, a unos de los tantos lugares de habitación de los autóctonos pobladores. Continuando la inspección, me fué dable



a



b

Fig. 20. — a, Detalle de la terminación de la tarea de extraer uno de los grandes « vasos tubulares » hallados en esta región; b, Estos vasos son típicos de esta parte del país y su frecuencia es grande, según puede observarse, en el subsuelo de las habitaciones.

encontrar numerosos trozos de asa y fondos o asientos de vasos. La mayor parte de estas asas eran toscas, sin decoración alguna, verticales u horizontales. En esta breve visita hice acopio de una serie de dichos fragmentos o « tiestos » como allí se les llaman, pero no pude disponer de la realización de excavaciones, por estar sembrados estos campos en oportunidad de mi visita



Fig. 21. — Detalle en el cual puede advertirse un « vaso tubular » depositado bajo el cimacio de uno de los muros de una vivienda, en Rodeo Colorado.

y porque, de haberlo intentado, hubiese sido necesario indemnizar a los arrenderos de los perjuicios que se les ocasionaran. Mi bolsa no estaba suficientemente provista como para ello. Más aun, no creo que lo hubiesen consentido por una suma razonable. Sin embargo, no dudo, por los motivos expuestos, que trabajos de excavación en este lugar darían proficuos resultados.

No se conservan huellas de habitaciones primitivas. Es posible que moradores más recientes hayan limpiado estos campos de piedras, vestigios de

las antiguas viviendas, ya que los actuales habitantes de la región recuerdan que se han encontrado vasijas — que sin duda estaban *in situ* en el subsuelo de estas antiguas habitaciones — al llevar a cabo el arado de los campos u otras faenas agrícolas. En cambio, pude advertir, también, señales de la existencia de viejos muros de contención, destinados a impedir el deslizamiento de tierras de los andenes de cultivo.

El 30 de enero seguimos para Rodeo Colorado. En un lugar intermedio, llamado Ronque, que se halla a 2700 metros de altura, encontré las huellas de una vieja habitación, redonda, de 3,45 metros de diámetro, con puerta



Fig. 22. — Las dificultades de extracción de estas grandes vasijas son enormes, en razón principalmente, de su gran tamaño y de la delgadez de sus paredes

orientada hacia el oeste-noroeste. La pared tenía hasta dos metros de altura, sobre el nivel del suelo, y el espesor de sus muros era de 0,80 metros. La única puerta de acceso a esta vivienda primitiva estaba formada por dos piedras de 0,45 y 0,55 metros y tenía 0,40 metros de ancho por 0,30 de espesor. Hice excavar interiormente, removiendo toda la tierra suelta acumulada, sin lograr hallar más que un fragmento de pala plana, correspondiente al extremo inferior de la misma.

Luego de cruzar la Quebrada de Puto, se llega a la Escuela Nacional número 123, en Abra Colorada. Allí, en su patio de tierra, descansamos unos momentos, para continuar luego viaje hacia Uñachana. Entre este lugar y la Abrita Colorada, existe una vasta región denominada Rodeo Colorado, en donde hay varias agrupaciones de vestigios de arquitectura aborigen. De ellos exploré las ruinas de un « Pueblo Viejo », situado a 3200



metros de altura, frente al Abra de las Sepulturas. Hay allí un amplio « antigal », en parte destruido por los actuales habitantes, que han levantado varios vastos corrales con parte de las piedras obtenidas de las antiguas habitaciones (fig. 17 a). A pesar de esta destrucción voluntaria, quedan, sin embargo, muchos restos de casas redondas.

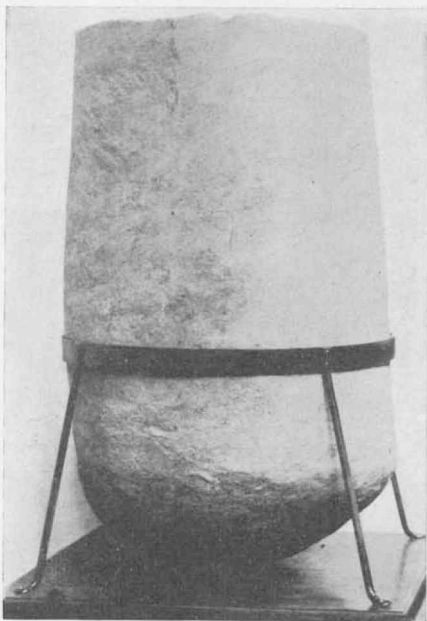


Fig. 23. — Pese a las dificultades anotadas, el Museo de La Plata posee, en exhibición, uno de estos ejemplares, transportado desde Rodeo Colorado.

En este lugar trabajé desde el 28 de enero hasta el 6 de febrero, realizando una tarea de extracción de materiales muy proficua, que alcanza a un centenar de piezas, a pesar de que sólo excavé sistemáticamente seis casas (fig. 17 b). El diámetro de las mismas era mucho más grande que el de la anteriormente señalada en Ronque. Variaba entre algo más de cinco metros hasta un poco más de seis y medio. Los materiales arqueológicos *in situ* se disponían casi siempre en forma de estar adosados o a poca distancia de la

pared interna de cada una de las habitaciones. En un sólo caso, se encontraron también objetos arqueológicos en la parte central de la vivienda. No debe extrañar esta disposición de los elementos del ajuar doméstico o funerario, pues es la que habitualmente se observa en otros yacimientos del noroeste argentino.



Fig. 24. — Otra de las formas habituales de su cerámica, son grandes vasos ápodos igualmente sin decoración

La cerámica encontrada en éste está generalmente formada por vasos de tamaño grande. Numéricamente hablando, el predominio de la alfarería mayor sobre la pequeña es notable. Sin embargo, tratándose, en realidad, de una cantidad relativamente escasa de piezas en comparación con las que normalmente debe suponerse contiene el subsuelo — en razón de no haberse excavado, según queda dicho, nada más que seis casas de las muchísimas que allí se encuentran — tal concepto del predominio de la cerámica de mayor tamaño debe ser considerado como una información de tipo me-

ramente provisional, susceptible de ser desvirtuada en ulteriores investigaciones más completas.

La alfarería es generalmente de formas muy simples, aunque notablemente armoniosas. Hay una pureza de línea perfecta, que contrasta con la ausencia, muy frecuente, de toda ornamentación. Las urnas funerarias, que en su mayoría, no presentan ningún decorado — y que cuando lo ostentan es de trazo muy simple — aparecen recubiertas de lajas que les sirven de tapa (figs. 18 y 19). Es de observar que he hallado, a partir de este yacimiento, en la región, un nuevo tipo de grandes vasos, que denomino «tubu-



Fig. 25. — La posición de las puertas, en las viviendas elípticas, es fácilmente reconocible habitualmente por hallarse formadas por piedras mayores fuertemente plantadas en el suelo

lar ». Consisten en vasijas de alrededor de un metro de alto, de forma casi totalmente redondeada, hasta su extremo final, en el que se encorvan para cerrarse. Su diámetro oscila alrededor de los 0,50 metros. Están hechas de una arcilla marrón, de grano grueso, de paredes medianas y a veces, desproporcionadamente finas para su tamaño. No presentan decoración alguna, ni gollete o cuello, terminándose el vaso en una boca del mismo tamaño que la zona ventral (fig. 20 a). Esto da al recipiente una forma tubular muy acentuada, al extremo de que, al aparecer en las excavaciones, se recuerda, por asociación de ideas — por su forma y hasta por su color — los gruesos caños de desagüe empleados modernamente en obras de salubridad (fig. 20 b).

Estos grandes vasos son bastante frecuentes, apareciendo a corta distan-

cia de la superficie del terreno, a veces en grupos de dos o tres en el subsuelo de una misma habitación y, en alguna ocasión, bajo los cimientos de la pared misma de la casa (fig. 21). He podido hacer llegar, indemne, hasta el Museo de La Plata, uno sólo de ellos. Su tamaño, la debilidad frecuente de sus paredes — derivada ya de la delgadez de las mismas, ya de su res-



Fig. 26. — Al destaparse una cámara funeraria, en el subsuelo de una habitación, y una vez retiradas las grandes lajas que le sirven de tapa, queda una abertura rectangular o poligonal que permite su exploración.

quebrajamiento por la propia presión de la tierra o por las raíces de las plantas espinosas de la región — han impedido que la cosecha arqueológica de este nuevo tipo de cerámica sea, hasta el presente, más abundante (fig. 22). Por otra parte, su gran tamaño constituye un serio obstáculo para el traslado, que debe realizarse con infinitas precauciones, que quizás no sean apreciadas, de primera intención, por quienes vean aquella enorme vasija exhibida en nuestro Instituto del Museo (fig. 23).

Asimismo, corresponde señalar la presencia de algunos vasos ápodos, de grandes dimensiones, también sin decoración (fig. 24).

Igualmente, hay un predominio numérico, en el centenar de piezas recogidas, del material lítico sobre la alfarería. Este está representado, sobre todo, por una innumerable cantidad de hachas y palas planas, de los tipos señalados por Eric Boman en las *Antiquités*<sup>1</sup>, por Eduardo Casanova en sus *Tres ruínas*<sup>2</sup> y *Titiconte*<sup>3</sup>, y por mí en *El « pucará » del pie de la cuesta de Colanzuli*<sup>4</sup>. Se encuentran, además, buen número de rompecabezas redondos o redondeados, y objetos agrícolas con agujero central para su enman-



Fig. 27. — Una vez retiradas completamente las lajas que forman la falsa bóveda, la cámara sepulcral muestra su *pico*, prolijamente trabajada, en parte deshecha para facilitar el retiro del ajuar funerario

gamiento, morteros y manos de mortero, *conanas* y otros elementos del ajuar doméstico, cual collares de *guaycas*, grandes y pequeñas.

El instrumental metálico está constituido por pequeñas placas pectorales o de adorno, de oro y de plata, lisas, con agujeros de suspensión, tal como algunos elementos de cobre y otros que podrían hacer presuponer un contacto o influencia hispánica, así mismo algún ejemplar de las conocidas « manoplas » descritas por Ambrosetti y otros autores.

<sup>1</sup> BOMAN, *Antiquités de la région andine*, etc. cit., II, 645-648.

<sup>2</sup> EDUARDO CASANOVA, *Tres ruínas indígenas en la quebrada de la Cueva*, *Anales del Museo Nacional de Historia Natural « Bernardino Rivadavia »*, XXXVII, 272-276, Buenos Aires, 1933.

<sup>3</sup> DEBENEDETTI †-CASANOVA, *Titiconte*, cit., 24-27.

<sup>4</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *El « pucará » del pie de la cuesta de Colanzuli*, cit., 264 y 267.

La arquitectura revela una utilización intensiva del barro amasado, ya para asegurar la parte superior o inferior de las *pircas* existentes en el subsuelo de las habitaciones y constitutivas de los recintos sepulcrales, ya para formar capas aisladoras sobre determinados objetos. En las habitaciones las puertas construidas con piedras generalmente más grandes que las em-

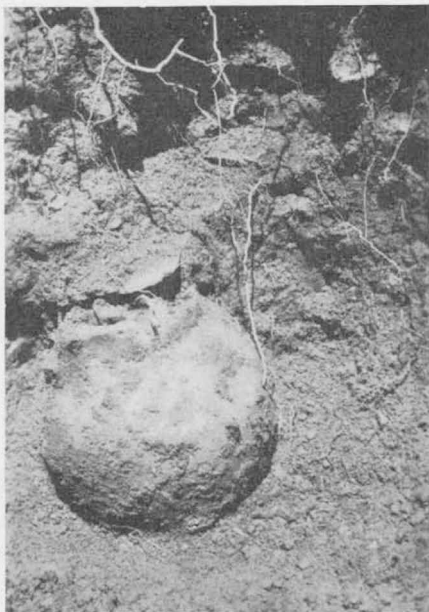


Fig. 28. — En Rodeo Colorado los entierros de párvulos se realizan en urnas que compensan la ausencia de decoración con la gracia impecable de su línea

pleadas en los muros (fig. 25), miran, con preferencia hacia el este, circunstancia que no es, sin embargo, habitual en otros yacimientos de la región. En cuanto al culto de los muertos, tal como se exterioriza desde el punto de vista arquitectónico, puede advertirse la existencia de dos tipos, netamente diferenciados, de sepulturas, empleados simultáneamente en el mismo yacimiento y, aun, en el subsuelo de una misma habitación: en recintos *pircados* (con las características antes mencionadas) (figs. 26 y 27), y en urnas u ollas colocadas en agujeros directamente hechos en la tierra (fig. 28). En

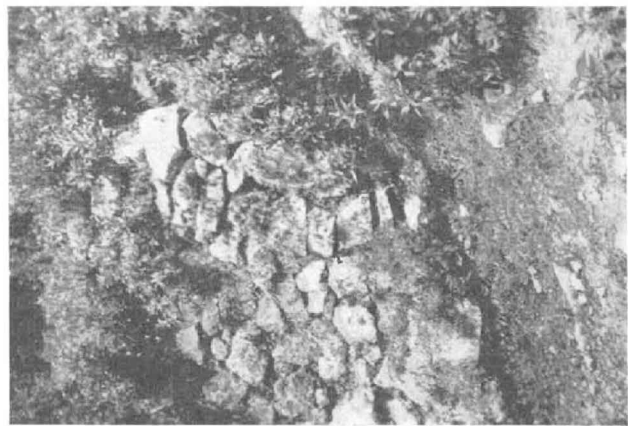
uno y otro caso, la humedad del subsuelo ha sido suficientemente fuerte como para provocar la destrucción, casi absoluta, del material antropológico. Sin embargo, puede afirmarse, por algunos vestigios hallados, la existencia de deformación craneana, de tipo erecto, por algún resto de cráneo en mejor estado que los otros. Con todo, se trata de restos en excepcionales condiciones de conservación pues, por lo común, se les halla en estado pulverulento, ya deshechos o deshaciéndose al menor contacto. Tales son las desdichadas consecuencias de la calidad de los terrenos del subsuelo, que, por porosidad, permiten una fuerte infiltración acuosa y la retienen, lo que provoca aquella destrucción de elementos antropológicos.

En el bajo de la misma ladera, es decir, a unos ocho metros de diferencia entre el nivel de las casas revisadas y el sitio en cuestión, se halla un ojo de agua cristalina. La importancia del agua próxima, en un medio carente habitualmente de ella, como motivo de elección de los puntos de habitación primitiva, queda patentizado en este caso por el hecho de que aquellos autóctonos pobladores levantaron una pared pircada en el sitio de la salida del ojo de agua, como muro de contención de la tierra de la ladera, para evitar que un deslizamiento de la misma pudiera cegar la surgente. Dicha pared todavía existe, en perfecto estado de conservación (fig. 29 a). Los pobladores actuales utilizan el ojo de agua para las mismas necesidades — bebida y riego — que los antiguos, y además han levantado un pequeño estanque de piedra, para abrevadero de sus ovejas (fig. 29 b).

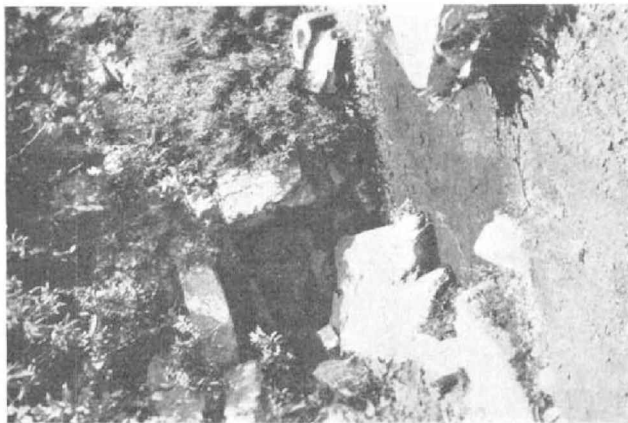
El 6 de febrero, a las 14,30 horas, salimos de Rodeo Colorado, trepando por la serranía hasta un portillo montañoso que recibe el nombre de Abrita Colorado, situado a 3200 metros. Desde allí se divisa uno de los más estupendos panoramas de esta región, en la que son habituales los paisajes magníficos. Está formado por el río Nazareno, que corre de norte a sur por la Quebrada del mismo nombre. A media distancia se yerguen los majestuosos cerros Campanario y Negro, divisándose, a lo lejos, como una cinta blanca, el camino a Santa Victoria. Es realmente un paisaje imponente, coronado por grandes nubes, a las que un viento huracanado transporta con rapidez.

Continuamos el camino en estas alturas, por senderos que se hallan a 3360 metros sobre el nivel del mar, hasta que se pronuncia en descenso, que se hace, casi de inmediato, estrecho y empinado, con algunos pasos realmente difíciles y llegamos así hasta el pie del río Tuztuca, que baja del lado de Vizcarra y cuyo lecho se encuentra a 2500 metros de altura. Es necesario atravesarle y ascender por la otra banda de la Quebrada una cuestita de unos 80 metros, que lleva al camino que trepa hasta Molino Viejo.

Allí existen unas ruinas bastante grandes, con la ventaja de que no están cubiertas de vegetación como las de Rodeo Colorado, por lo cual las excavaciones pueden realizarse directamente, sin necesidad del trabajo previo de limpieza del terreno que siempre dilata sensiblemente la faena propiamente



a



b

Fig. 29. — a. Píccu indígena de un muro de construcción de tierra, que evita que ésta caiga y virque un « ojo de agua » de que se servía el hombre primitivo y que aun utiliza el moderno; b. detalle del aparejo lítico que permite y asegura la salida del agua



arqueológica. Es una reunión de casas elípticas, en algunos casos bien conservadas, con muros hasta de 1,20 metros de altura. Grandes bloques de piedra sirven, a veces, para establecer el lugar de las puertas o las bases de las *pircas*.

A unos cien metros de este « antiguo » se halla la casa de don Abertano Gutiérrez, en cuyo patio paramos, levantando allí nuestras carpas (fig. 30).



Fig. 30. — La carpa de la expedición, en el patio de la casa de Abertano Gutiérrez en el lugar denominado Molino Viejo

Es el paraíso de las pulgas y de las vinchucas, que se observan en una profusión que desafía los más escrupulosos cuidados. A estas últimas se les halla no sólo en las cercanías de las casas, como es sólito, sino en pleno campo. Alguna vez los peones las encuentran bajo las piedras del yacimiento arqueológico, en oportunidad de nuestros trabajos. Inútil es insistir sobre las molestias que su repugnante contacto provoca.

La casa de Gutiérrez es, por otra parte, tan pobre y desvalida como casi toda la vivienda rural de la región. Está compuesta de unas pocas habita-

ciones de adobes, con puertas de madera de pino o de cardón, según el caso, y con un techo de « torta » de paja amasada con barro, que se asienta sobre un armazón de ramas que se afirma sobre un mojinete central, en un extremo, y sobre la ringlera superior de adobes murales, por la otra.



Fig. 31. — La cocina de la casa de Gutiérrez, lugar de reunión de la familia, constituida por una construcción asaz completa, de adobe, con muros laterales más altos y cerrados, y techo de paja recubierta de barro.

La construcción característica, en esta propiedad, es la cocina, que allí oficia de « living-room », dada la frecuencia con que los habitantes de la casa se reúnen en ella <sup>1</sup>. Esto no tiene nada de extraño, si se considera la

<sup>1</sup> Al tiempo de corregir las pruebas de este relato, leo en el trabajo similar de un distinguido colega, que otro tanto ocurre, por parecidas razones de medio ambiente, casi en el otro extremo del territorio argentino: FRANCISCO DE APARICIO, *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*, *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 92, Buenos Aires, 1933-1935.

enconada hostilidad de las vinchucas, dentro de las habitaciones, y el suave y acogedor calorillo del hogar, que compensa la frigidéz del exterior, en días lluviosos y a esa altura sobre el nivel del mar. El hecho es que la familia — como se acostumbra en la región — se reúne en esta cocinita y pasa en ella buena parte del día, ya sentada directamente en el suelo, ya en algún tronco de árbol recubierto por un sucio pellón de oveja o un raído poncho.

Como puede observarse en la fotografía correspondiente (fig. 31), la cocina no está constituida, como es frecuente aún en casas menos modestas, por una simple ramada, sino que es toda una construcción de adobe, con sus muros laterales bien cerrados, que sólo dejan el espacio para la abertura de la puerta, y sobre los cuales se levanta la superestructura del pilar frontero — pues en la parte trasera el muro de barro cierra totalmente — sobre el que va a descansar el mojinete, permitiendo entonces una amplia ventilación del recinto, sin fuertes corrientes de aire. Nótese la vestimenta, europeizada en algunos detalles, de los moradores.

Por último, acaso el lector de buena vista pueda observar, adosada a la pared frontera de la cocina, entre otros dos instrumentos de labor agrícola, una pala de puntear la tierra. Este útil es sumamente interesante, por estar construido de madera y ser de forma exactamente igual a las palas planas de piedra que tan amplia difusión tienen en esta zona, y que han sido elaboradas por los primitivos en numerosísimos yacimientos, pese a la opinión adversa — y nada demostrable — de Eric Boman <sup>1</sup>. Aparte de su similitud de forma y de su superposición territorial, este instrumento nos ilustra acerca de la posible técnica con que se enmangaba a sus indirectos antecesores líticos.

Este « antigal » presenta algunas diferencias con el de Rodeo Colorado. Aquí no se encuentra el uso habitual del barro amasado, para asegurar las tapas de lajas de piedra de las sepulturas y dar mayor vigor a las *pircas*. En este lugar de Molino Viejo éstas se levantan sin cemento, ni unión alguna, como es costumbre en el noroeste argentino. Otro rasgo diferencial está constituido por lo referente a la orientación de las puertas de las viviendas. En tanto que en Rodeo Colorado hay algún predominio en la orientación de las puertas hacia el este, en nuestro nuevo yacimiento las aberturas se abren en todas las direcciones, sin que sea posible precisar una tendencia determinada hacia uno de los puntos cardinales.

Otra disparidad puede establecerse con respecto a los restos antropológicos. En Rodeo Colorado, a pesar de la mayor humedad del subsuelo, todavía se encuentran restos humanos, aunque sea deficientemente conservados, en tanto que aquí, en Molino Viejo, aun cuando existe una mayor sequedad del suelo, los vestigios antropológicos y aun arqueológicos se presentan en estado pulverulento o tan destruido por la acción del tiempo que, aunque

<sup>1</sup> BOMAN, *Antiquités*, etc., cit., II, 646.

aparezcan aparentemente enteros, no resisten a la menor presión y se deshacen al intentar extraerlos (fig. 32).

Es también sumamente interesante en Molino Viejo la existencia de una enorme piedra que, desde lejanos tiempos, debe haber servido para faenas de la vida doméstica. Por sus dimensiones excepcionales, no sería imposible



Fig. 33. — Los restos arqueológicos — constituidos principalmente, en punto a cerámica, por urnas de diversas formas, sin decorar — no se presentan, en Molino Viejo, en buen estado de conservación por las condiciones del subsuelo.

suponer que se la haya empleado a la manera de los « marays », de las zonas omaguaca y diaguita, para moler los metales que debían ser fundidos en las « huayras » u hornillos, por la acción combinada del viento y del fuego <sup>1</sup>, aun cuando también puede suponerse que su utilización no ha variado en

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas*, cit., 329 y 335.

el correr del tiempo y que, entonces como ahora, se le empleaba, más modestamente, en triturar granos para fabricación de una harina casera. Las dos fotografías que publico (fig. 33 *a* y *b*), permiten observar la piedra en cuestión y su modo actual de empleo, mediante un triturador constituido por una pesada piedra, de pulidas caras, que se ata a un largo mango.

La altura a que este yacimiento se halla, es de 2760 metros. Como en el río Tuztuca el nivel es de 2500, resulta que esta población primitiva se hallaba sobre una eminencia de 260 metros, con respecto al fondo de aquella quebrada. La posición topográfica del lugar es sumamente ventajosa para atalayar, desde él, el cauce del río y, por lo tanto, los caminos de acceso, hasta puntos muy lejanos del sitio de oteo. Es una especie de espolón montañoso que avanza sobre la Quebrada, por la que pasa el río, y sirve para vigilar este camino natural de acceso. Los habitantes de este « pucará » no pudieron, en momento alguno, ser sorprendidos por la llegada de grupos extraños, que arribasen por la Quebrada, por mínima que fuese su vigilancia. Es una nueva demostración, rigurosamente probatoria, de la prolija elección a que los primitivos habitantes se dedicaban, para establecer estratégicamente los puntos de dominación de las cabeceras de las quebradas y de los caminos naturales de tránsito.

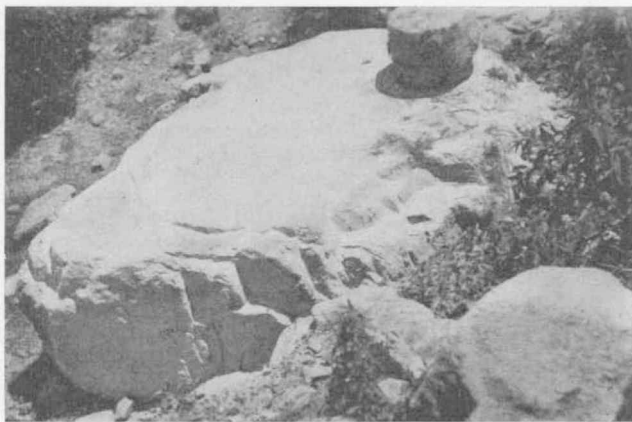
Hacia el lado de Vizcarra, hay también unas ruinas a las que llaman Pueblo Viejo de Vizcarra. Son de regular tamaño y están constituidas por vestigios superficiales de antiguas casas de habitación y de andenes de cultivo. Están situadas sobre la otra banda del río Tuztuca, unos ocho kilómetros al oeste de Molino Viejo. Existe otro « antigal », algo más al sur, en la misma dirección y distancia.

Sobre esta misma margen, en el departamento de Iruya, y traspuestos unos 15 kilómetros de Molino Viejo, hay otras ruinas pequeñas, que en su tiempo debieron ser de una población mucho mayor, pero cuyos vestigios actuales están muy reducidos por los cultivos que los habitantes de hoy allí realizan. Para colmo, han levantado sobre una parte del viejo recinto el « panteón », o cementerio actual, de suerte que lo han convertido en *tabú*, en esta parte. Aun así, y a pesar de los inconvenientes que anotamos aquí, quedan interesantes restos que reclaman ser estudiados. Antes de las reducciones a que, como dejamos dicho, se le ha sometido por los actuales ocupantes, este yacimiento debió de ser mayor aun en extensión que el de Molino Viejo.

El 10 de febrero dejamos el « antigal » antes mencionado, saliendo de él a mediodía. Se sube una pendiente muy empinada, llamada La Cuesta, hasta llegar a una altura de 2880 metros. Luego se sigue por el alto en dirección al nordeste. En la otra banda de la Quebrada aparecen vestigios de la mano del hombre, sumamente extensos. Abarcan espacios tan amplios que la primera idea de que puedan ser lugares de habitación, tiende a dejar paso a la sospecha de que sólo se trate de andenes o terrazas de cultivo. Espero visitarles en un viaje próximo, pues la distancia me impide estable-



a



b

Fig. 33. — a, El primitivo *maray* en circunstancias de ser modernamente utilizado en la tritución de maíz, para hacer harina; b, Detalle de la gran piedra y de la más pequeña, que sirve de triturador de granos una vez enmangada.

cer, de manera precisa, si estas *pircas* que veo levantarse en aquella banda corresponden o no a viviendas primitivas, aunque sólo sea en parte.

Casi en seguida encontramos en la misma ladera por la que vamos marchando otras ruinas, también de proporciones, en el lugar llamado Campo Grande, a 2850 metros de altura. Esto me hace pensar en que los restos de la otra banda puedan corresponder, simplemente, a viejos «sucres», recordando el ejemplo de lo acontecido en el «pucará» del sitio llamado Pie de la Cuesta de Colanzuli. En aquel lugar, la fortaleza y habitaciones estaban en un picacho de uno de los lados de la Quebrada de Iruya, en tanto que los campos de cultivo estaban en la otra <sup>1</sup>. Como quiera que sea, me propongo que estas dudas queden aclaradas en mi próximo viaje a esta región.

Pasado Campo Grande, aparecen los descensos para llegar a Cuesta Azul, hasta salir a Tres Cruces, donde hay una quebrada y un río sin nombre. Este punto se encuentra a 2760 metros de altura. Para llegar a él hemos bajado un inmenso paredón rojo. El río es de aguas cristalinas, que vienen del Cerro Negro. Lo atravesamos e iniciamos la subida. En el alto se encuentra un pequeño «antigal». Luego, se vuelve a descender hasta el fondo de una nueva quebrada, trepando por su otra banda hasta los 3100 metros. Se marcha un regular trecho y se torna a buscar el fin de una ladera, hasta el lugar por el que corre el río Morichió, cuyo lecho se encuentra a los 2840 metros. Por el fondo de esta quebrada se continúa la marcha, siguiendo el curso irregular que va trazando el río, hasta encontrar la confluencia del mismo con el Cuesta Azul, que baja del Cerro Fundición y corre a convertirse en afluente del río Blanco.

El Cuesta Azul es un río hermoso, cristalino, de aguas extremadamente frías — como que son el resultado del deshielo — que desciende de la serranía formando pequeñas cascadas. Como es de costumbre en toda esta zona, las quebradas por cuya sima corren éstos, llevan el mismo nombre de Morichió y Cuesta Azul, respectivamente. El terreno gredoso, de color rojo, se ha tornado desagradable para transitar, por haberse puesto sumamente resbaladizo, como consecuencia de la humedad que una lluvia reciente — que hemos soportado en el transcurso de la marcha — ha producido. Por esta razón, la bajada de la ladera de Morichió ha sido penosa y hemos tenido en ella un paso particularmente malo. Toda esta parte de nuestro trayecto está erizada por esta suerte de dificultades. Empero, al llegar al río Cuesta Azul, el tiempo se ha despejado. Aparece un sol espléndido, que subraya con su luminosidad la belleza del paisaje. Ante este despliegue de luz que casi irisa las piedras y que les concede un cromatismo extraordinario, olvidamos todas las molestias de hace un instante. No puedo menos de recordar, en cambio, a aquel metódico «inglés de los güesos», a aquel James Gray, cuya silueta perdurable ha trazado Benito

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *El «pucará» del pie de la Cuesta de Colanzuli*, cit., 264-265.

Lynch, el gran cuentista argentino, y quien realizaba sus tenaces esfuerzos investigativos sumergiéndose « en el gris elefante de la montaña ». Esta reminiscencia literaria me permite sentir redoblarse en mi espíritu mi vieja y afectuosa lástima por aquel impenetrable y reflexivo ente quien, entre otras sacudidas emocionales que su demiurgo creador le había negado, no conocía, ni podría gustar nunca, de estos diáfanos y policromos paisajes, tan alejados del neutro color elefantino donde Lynch le obligara a desempeñar sus concienzudas actividades...

Por último, subimos la Cuesta Azul. Allí aparece un camino ancho



Fig. 34. — Visión de conjunto del actual camposanto de Cuesta Azul, vecino del « antigal » del mismo nombre

— como de tres metros — que es el que, de construcción nacional, va de Orán hacia la frontera con Bolivia. Después de las anfractuosidades del terreno, que hemos recorrido penosamente, esta vía cómoda, de curvas firmes y bien equilibradas, nos resulta un gran descanso. Continuando por ella, pasamos al lado del yacimiento de Cuesta Azul, a cuya exploración e investigación arqueológica me dedicaré desde el día siguiente. Pero ahora seguimos subiendo y llegamos a la casa de Pastor Lamas, al lado de la cual nos alojamos en nuestra carpa, a 3160 metros de altura.

De esta suerte el yacimiento queda bajo nuestros ojos. Se trata de un « antigal » bastante extenso, que actualmente se halla perdido, en pequeña parte, para la ciencia, por haberse ocupado una porción de él — como en el caso precedentemente citado de las ruinas cercanas a Molino Viejo — por el camposanto (fig. 34).





Fig. 35. — a, b y c: Algunas de las piadosas construcciones líticas, que señalan el lugar de las principales tumbas, en el cementerio actual de Cuesta Anul

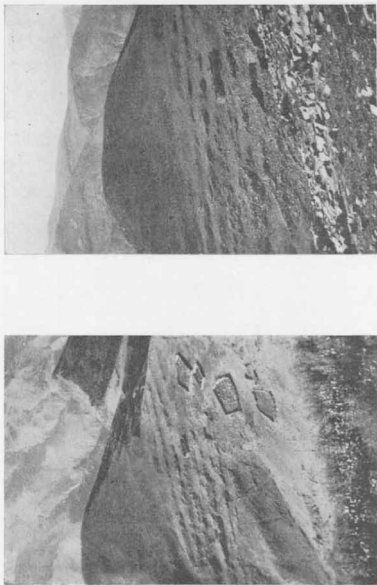


Fig. 26. — a y b, Corrales modernos para ovejas, levantados con las piedras extraídas de las viviendas del «antiguo», de Goretá Avul

Esta superposición de los cementerios actuales sobre los lugares en que antes habitó y se enterró al antiguo, es bastante frecuente en esta zona del país; otro tanto ocurre, según mis noticias, en la actual localidad de Higuera, en la intersección de la quebrada de este nombre con la de Iruya. Los pobres « monumentos » levantados por la piedad cristiana de los actuales moradores, se encuentran en un avanzado estado de decrepitud (fig. 35 *a*, *b* y *c*) y su estabilidad es tan precaria como el arte con que fueron erigidos. Sin embargo, y acaso por esta humildad extrema, no es posible penetrar en uno de estos abandonados cementerios de aldea, en los que los



Fig. 37. — Una de las casas elípticas explorada en Cuesta Azul

muerdos parecen quedarse más solos, sin sentir hondo recogimiento. Su última morada no desentona, para estos pobres lugareños, con la parva existencia que les tocó vivir...

Por otra parte, en lo que se refiere al yacimiento mismo, es notorio que se encuentra muy destruido por los actuales habitantes, quienes han construido cerca de una docena de corrales para ovejas y cabras con las piedras arrancadas de las paredes de las antiguas casas (fig. 36 *a* y *b*). Estas viviendas aborígenes tenían, como las casas de Rodeo Colorado y Molino Viejo, paredes altas, pero los *primitivos* actuales las han destruido en su casi totalidad, con el fin arriba indicado.

Allí he estudiado detenidamente las características de tres casas redondas, o mejor dicho redondeadas, una de las cuales media 7,35 metros de diámetro mayor por 6,95 metros de diámetro menor (fig. 37). Si bien las tres

casas estudiadas eran de tipo elíptico, como lo son generalmente las de toda esta región, se encuentran vestigios superficiales de casas cuadrilongas. La falta material de tiempo me impidió investigar en este tipo de casas y averiguar si no se trata de construcciones aparentemente de tipo cuadrado, como en un caso — único — observado en Rodeo Colorado, en donde la casa excepcional de aspecto cuadrado hallada, resultó serlo únicamente



Fig. 38. — Detalle de la puerta de una vivienda en Cuesta Azul

a primera vista, pues su *pirca* interna era ovalada, con ángulos redondeados lo que le daba una visible tendencia a la forma elíptica.

Como en los precedentes yacimientos de Rodeo Colorado y Molino Viejo, he encontrado también en éste la utilización de barro amasado, que aquí se presenta con las coloraciones de ocre o amarillo, según la calidad de las tierras empleadas. Las puertas de las casas se hallan aquí, como en otros yacimientos precedentes, constituidas por gruesas piedras sólidamente hincadas en tierra (fig. 38).

Como la segunda de las casas excavadas sólo diera tres objetos como instrumental doméstico — un tortero, una cabecita zoomorfa, de ave, asa de un platillo inexistente, y una magnífica *conana* — decidí dejar para otra oportunidad la exploración de las viviendas de la parte llana y dedicar el poco tiempo de que aun disponía a la revisión de las ruinas de las barran-



Fig. 39. — La cámara sepulcral hallada en el subsuelo de una de las viviendas aborígenes de Cuesta Azul

cas y de la parte del yacimiento frente al actual cementerio de Cuesta Azul. Allí encontré una pequeña habitación que estaba semidestruida por el corte de la barranca con gran cantidad de fragmentos de alfarería fina, de palas planas y de otros objetos arqueológicos, así como vestigios antropológicos en mal estado de conservación.

Por último dimos con una amplia sepultura, pircada, de forma oval, de techo abovedado, el cual estaba a 0,60 metros de profundidad de la superficie del terreno (fig. 39). La constituían varias lajas, la más grande de las

cuales medía 0,70 metros de largo por 0,36 metros de ancho y 0,02 metros de espesor. Descubierta esta cámara sepulcral resultó tener 1,10 metros por 0,85 metros, en sus diámetros mayores, siendo la segunda dimensión la que correspondía al frente de la barranca. Los restos estaban aparentemente intactos, pero la gran humedad del sepulcro demostró bien pronto su influencia, pues al querer retirarlos se advirtió que no soportaban la menor presión ni movimiento y hubo que abandonarlos. Como en otras sepulturas, dejó constancia de que también en ésta hallé una gran pala plana, formando parte de la pared de su *pirca* y a una profundidad de 0.05 metros a partir del techo de la misma.

Este hallazgo, que, como queda dicho, he encontrado en forma repetida, plantea la duda acerca de su interpretación. ¿Debe entenderse que se trata de una herramienta considerada como sagrada, después de haberse empleado en tareas vinculadas con el culto de los muertos, y que por ello se entierra formando parte de la tumba misma, o — por el contrario — debe suponerse que se deja a disposición del fallecido el instrumento necesario para operar su salida de la tumba, rumbo a los dominios de su otra vida? O, más modestamente, ¿eran estos instrumentos componentes del ajuar funerario del que se proveía al muerto para sus necesidades en la otra vida? Estos interrogantes, sugeridos por hallazgos de tal naturaleza, no pueden ser resueltos definitivamente, en el estado actual de nuestros conocimientos sobre los usos y costumbres de estos aborígenes. Quedarán, pues, en pie, hasta que nuevos documentos permitan esclarecerlos <sup>1</sup>.

Esta tumba, que contenía tres esqueletos muy deteriorados, estaba asegurada con repetidas capas de barro amasado. En efecto, bajo la superficie aparecía una gruesa capa de tierra negra. Luego otra de barro amarillo amasado y más abajo de aquélla, otra de barro colorado amasado. Recién después de esta doble defensa, se llegaba a las lajas que componían la tapa de la sepultura y que, a su vez, estaban sustentadas por un verdadero armazón de « tirantes » de piedra. Las medidas de los dos principales, eran las siguientes: 0,73 metros de largo por 0,16 metros de ancho y 0,04 metros de espesor el uno, y el otro 0,50 metros de largo por 0,13 de ancho y 0,03 de espesor.

La tumba aparecía vacía hasta una altura de 0,65 metros, a contar del techo y luego se presentaba una capa de tierra fina de 0,30 metros de espesor, que llegaba hasta el fondo, en la que se encontraban los fragmentos de los tres restos esqueléticos así como un rico instrumental de cobre, compuesto de punzones y cuchillos — que se agrupaban en torno de las respectivas calotas craneanas — como algunos otros elementos menores del ajuar funerario. Lo más curioso de este hallazgo de instrumentos de cobre, consiste en que muchos de ellos se presentaban conservando, aún, sus respectivos cabos de madera.

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborígen en la provincia de Salta*, cit., 162.

Ha llegado el momento de volver. Debemos abandonar la compañía — o mejor dicho la vecindad — de don Pastor Lamas y de su familia. Hemos convivido varios días y nos hemos prestado recíprocos servicios. La noche de mi llegada, fui despertado en mi carpa por fuertes gemidos que llegaban de una de las habitaciones próximas. Era una voz de mujer, que sonaba ahogada y plañidera. Envié a unos de mis peones a inquirir y ofrecer mis servicios y los de mi parco botiquín. Tratábase de una de las mujeres jóvenes de la casa, que había salido, como todos los días, a cuidar sus cabras a lo alto del cerro, al amanecer. Allí se había visto sorprendida por los dolores del parto que, desde luego, se sabía inminente.

Era una primipara, pero había tenido la entereza suficiente para tener su hijo sola, sin más ayuda que la de sus manos sucias, temblorosas e impacientes. Lo había envuelto en un poncho de color indefinible, traspasado de sudores y de lluvias. Había descansado bajo una ramadita, mientras la lluvia mansa caía y luego, al llegar la tarde, emprendía el regreso, aun bajo el agua. Ahora estaba tendida en su pobre lecho, con una fiebre altísima, pagando esta marcha de dos leguas por senderos de montaña. Entre su sufrida naturaleza, mis aspirinas y el té de poleo, hicimos el milagro. Cuando me marché se arrastró hasta la puerta de su pieza, con su hijo en brazos, para decirme adiós.

Voy a dejar esas pobres construcciones de piedras, adobes, madera, paja y barro (fig. 40 *a* y *b*), a cuya vera levanté mi carpa. En todas las oportunidades en que lo pude, en las pocas horas que me dejaba el premioso trabajo en el yacimiento cercano, traté de conquistar la amistad de las criaturas de la casa, demasiado escarmentadas de la hosquedad habitual de las caras nuevas, para intentar el paso inicial. Los primeros días, sólo pude observarlas — y una vez fotografiarlas — a la distancia, escuchadas en el enorme horno de cocer pan, de la casa (lám. VI *a*). Pero en los últimos, mis postreras barras de chocolate habían acelerado esta amistad, que me valió hasta una « pose » familiar muy grata que aparte de su simpática realización, me parece un excelente documento para el conocimiento del traje familiar (lám. VI *b*).

Los grandes sombreros tejidos son del tipo llamado « de panza de burro ». Las telas del traje son productos del telar hogareño que, en la región, es trabajado por hombres y mujeres, en casi todas las casas (fig. 41): « barracanes » de trama espesa y duración perdurable y « picotes », de menos cuerpo pero de igual duración longeva. El calzado no existe para las criaturas, que corren libremente con los pies desnudos. Cuando mayores se calzan con « ojotas » de suela de cuero o — último avatar impensado — de goma, utilizando al efecto trozos de viejas llantas de auto. Y aun existe, en Orán por ejemplo, « fabricantes » de « ojotas » de factura moderna, con correa amarillos y hebillas de metal, como las que suelen verse entre mis peones de Iruya (fig. 42).

Entre los chicuelos mayores hay uno cuya simpatía natural y cuyo estoi-

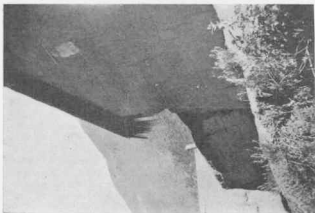


Fig. 46. — a y b, Dos detalles arquitectónicos de la vivienda rural en Careta Azul, tomados de la casa de Pastor Lanza, hecha de adobe con techo de paja



cismo inconsciente ante las rudezas con que le rodea la vida, le hace especialmente atrayente. Se trata de Ambrosio Lamas, sobrino de Pastor, en el patio de cuya casa he levantado mi campamento todos estos días. Es una criatura de unos diez años — grandes ojos negros risueños — que ha salido con nosotros de peón mulero, vale decir, cuidador de las mulas, que de otra suerte tienden naturalmente a volver a sus pagos. El oficio requiere vivacidad, energía, puntería hábil para manejar la honda o la piedra a mano, piernas incansables. Este cargo le había sido ofrecido a su padre,



Fig. 41. — Telar familiar con que se trabaja el «barracón» y el «picote», los dos tipos de tejidos comúnmente usados en la región

pues me repugnaba emplear a una criatura en tales menesteres, pero fué el padre mismo el que lo trajo, voluntariamente.

Hube de negarme, pero desistí de ello al pensar en que esto significaba tener que utilizar a uno de mis contados peones hábiles para la extracción, en una región particularmente hostil al trabajo en yacimientos arqueológicos y, sobre todo, al observar la pueril satisfacción con que el pequeño se proponía trabajar con nosotros. La combinación satisfacía todas las ambiciones. Era miércoles de Carnaval y, de esta suerte, el padre podría «macharse» (embriagarse) a gusto, en tanto que el niño realizaba, para su placer, faenas de hombre.

Debo declarar, en honor a la verdad, que el «chango», con una sola «ojota» de goma, pues la otra había roto los tientos que la sujetaban, llenó cumplidamente su misión (fig. 43 a y b). Bien es cierto que, desde hacían

dos años, acompañaba a su padre a Orán, durante las faenas del Ingenio — pasando a pie el terrible y frígido camino de la Quiaca — para ir a llevarle el almuerzo al lado de los surcos de caña...

Y conste, también, que no es éste un caso excepcional. Casi ninguna criatura del país carece tanto de su niñez como estos pobres del noroeste



Fig. 43. — Detalle del trabajo en el interior de una de las viviendas aborígenes en el que puede observarse uno de los tipos de cerámica usuales entre los primitivos habitantes, y las «ojotas» modernas, que calza el peón y que son fabricadas en Orán.

argentino. Lanzados por sus padres, desde los siete u ocho años de edad, al campo desde el amanecer, tras sus cabritas andariegas, llevan por todo alimento un puñado, tan pequeño como el puño mismo que lo encierra, de harina, o una latita con « mote » o « espesadito ». Así se crían — cuando alcanzan a criarse — esos argentinos abandonados a la montaña...

Desde Cuesta Azul para Iruya hay dos caminos. El de la falda, por Campo Grande, Molino Viejo, Vizcarra, Rodeo Colorado, Valle Delgado,



Fig. 45. — a y b. — Campos: medición de suelos en Cuarta Acre!

Chiyayoc, Río Colorado, Panti Pampa y Quebrada de Iruya. El segundo, baja por Cuesta Azul a la playa del río Nazareno, siguiendo su cauce, aguas abajo, hasta encontrar el afluente de río Vacoya, que se une con el Nazareno, formando ambos el río San Pedro.

Siguiendo la dirección del cauce de sus aguas se llega a San Pedro, pequeña población de unas 50 personas, en cuyos alrededores se hallan muchos vestigios de antiguas ruinas, especialmente en Casa Vieja y Las Mesadas. Se continúa, aguas abajo, cruzando por Sauzalito, la Huerta y Taco Pampa. Pasando este último lugar se sigue unos quince kilómetros, poco más o menos, en la misma dirección del río, hasta encontrar la población llamada Higueras, lugar donde se juntan las quebradas, aumentándose el cauce del río Iruya y perdiéndose el nombre de río San Pedro, a pesar de que este último trae más caudal de agua que el primero. De allí, siguiendo por la Quebrada de Iruya, a los 18 kilómetros, se halla el pueblo del mismo nombre, capital de su departamento.

En razón de habernos llovido enormemente todos estos días pasados, resolvimos regresar — una vez terminadas nuestras tareas arqueológicas en Cuesta Azul — por el camino del bajo o sea la quebrada del río Nazareno, para evitar los pasos difíciles del sendero en la altura que, según noticias recibidas, se habían aún puesto peor por haberse rodado debido a la acción erosiva de las precipitaciones atmosféricas y para no afrontar, también, los trechos extremadamente resbaladizos de tierra roja, los cuales en circunstancias como las presentes se ponen absolutamente intransitables.

Salimos de Cuesta Azul y — previo paso por el pequeño trecho del camino nacional citado precedentemente — nos dirigimos al pie de la Cuesta. La senda estaba muy pedregosa, en razón de haber sido lavada por la lluvia, la cual había arrastrado la tierra superficial. Como consecuencia, los animales sufrían bastante por causa de los guijarros puntiagudos y del filo de las piedras. Una vez en la cima, tomamos por el río Nazareno, aguas abajo, hasta dar con la conjunción de éste con el río Tuztuca.

Si el camino del alto tenía sus bemoles, no los tenía menos el del bajo. En el trayecto de cosa de una legua, tuvimos que cruzar el río treinta y siete veces, con el agua más arriba de la barriga de los animales y con el tránsito de algunos « angostos » verdaderamente peligrosos. Esta situación delicada sólo pasa al abandonar el río Cuesta Azul, para tomar el Tuztuca, al cual sólo hay que vadear cuatro o cinco veces, aguas arriba...

De Molino Viejo, y previa la última cruzada del río, se inicia la subida de la Cuesta del Mollar hasta alcanzar « el filo », a 3360 metros de altura, pasando luego por Panti Pampa y Rodeo Colorado — donde hacemos concentración de objetos arqueológicos — pernoctando en las desiertas aulas de la Escuela Nacional del lugar. Desde allí, realizando a la inversa el camino que al comienzo de esta excursión recorrimos, podemos regresar a Iruya, en una etapa no exenta de peligros.

En efecto, las lluvias han seguido castigando la región y la quebrada y

rio Iruya están escalonados por una serie de temibles trampas, constituidas por los pantanos de que están sembrados. Felizmente la compañía de don Milano Medenica, guía excelente, si los hay, me permite orillar con fortuna sus acechanzas y sano y salvo, con todos los hombres y animales de la caravana, llego a Iruya calado hasta los huesos.

Por todas partes, al cruzar por los ranchos, se nos ha señalado agitando banderines y esgrimiendo botellas, con báquica alegría, mientras resonaba el erque y la caja, saludando el fin del Carnaval...

### CAPÍTULO III

#### **Tercer viaje de exploración arqueológica a los departamentos de Iruya y Santa Victoria (Prov. de Salta)**

El viaje, realizado durante los meses de marzo y abril de 1937, corresponde a la serie de los de exploración e investigación arqueológicas que vengo realizando en los departamentos de Iruya y Santa Victoria, de la provincia de Salta. Estos viajes, comenzados en enero y febrero de 1933, continuados en una nueva expedición, ampliatoria del territorio a estudiar, en los mismos meses de 1934, ha invadido en esta análoga época, en 1937, territorios próximos a aquéllos, con el fin de lograr una visión aun más completa de las características arqueológicas de estas apartadas zonas de la Argentina.

Mi preocupación, en esta oportunidad como en las anteriores, ha consistido en revelar, minuciosamente, no sólo las características fundamentales de sus culturas primitivas, sino también en tratar de señalar las posibles influencias de culturas alófilas introducidas en la región.

Las condiciones topográficas del terreno, su aislamiento de toda otra zona de fácil acceso y las dificultades inherentes a los trabajos de exploración arqueológica, cuando son ejecutados — como en este caso — por primera vez en cualquier territorio, dan a este viaje una fisonomía personal, en la que el interés científico, propiamente dicho, está subrayado por dificultades materiales a las que hubo que afrontar con alegre espíritu deportivo.

Como en los viajes anteriores, mi expedición fué planeada con la colaboración desinteresada y entusiasta de don Milano Medenica, comisario de policía e intendente municipal de Iruya, cuya simpatía por los arqueólogos y cuya devoción por la arqueología misma, le han asociado — como gentil cooperador — a las tareas de los muy pocos investigadores que han llegado hasta la región donde él ejerce sus funciones.

Para este nuevo viaje, hablé con el doctor Robustiano Patrón Costas, a quien solicité la autorización necesaria para trabajar en las fincas, muy importantes y extensas, que el ingenio San Martín, a cuya firma pertenece

este caballero, posee en los departamentos de Iruya y Santa Victoria, como asimismo la autorización necesaria para que el señor Medenica, que es administrador de una de ellas, pudiera acompañarme en el desarrollo de mi jira. El doctor Patrón Costas, muy gentilmente, accedió de inmediato, disponiendo teleféricamente lo que creyó necesario para el mejor desempeño de mi cometido.

Puesto ya en comunicación con el señor Medenica, le hice saber a éste la fecha de mi partida. Viajé en tren hasta la estación Iturbe, de los Ferrocarriles del Estado, a donde llegué en las primeras horas de la mañana del día 19 de marzo. Allí se encontraba ya el señor Medenica, con un « mozo de mano » y las mulas necesarias para proseguir viaje a Iruya. Antes de mediodía habíamos partido. Salimos de la propia estación de Iturbe por el ancho camino de herradura que otras veces hemos recorrido, y que, poco a poco, va elevando su nivel de altura y va perdiendo aquella dimensión, convirtiéndose en un camino relativamente angosto. Así llegamos a la « apacheta », que señala el límite interprovincial de Jujuy con Salta, y en donde, a poco andar, comienza la llamada « Abra del Cóndor ». Estamos a 4080 metros de altura. Fuertes vientos se hacen sentir en esos sitios desolados.

Desde esa altura diviso, netamente, los trabajados campos de Colanzulí.

Luego comienzo un descenso, bastante pronunciado, hasta encontrar la Quebrada de Iruya, a la cual remonto, río arriba, hasta divisar — prendido a la ladera izquierda — el pueblo del mismo nombre, al cual llego al caer de la tarde. Las dificultades del terreno, el continuo subir y bajar exigido por las diferencias de nivel, a veces muy sensibles, del mismo, que requieren echar muy seguidamente pie a tierra para reacomodar las cargas y ajustar las cinchas corridas, provoca una marcha muy lenta.

Para el viajero no experimentado, o para el investigador a quien interesan las modalidades del terreno y sus posibles cambios periódicos, aunque la conozca con anterioridad, la travesía se hace todavía más despaciosa. Son casi ocho o nueve horas de mula, sin más detenciones que las ya descritas, aprovechadas alguna vez subsidiariamente para comer alguna fruta o tomar un ligero refrigerio.

Permanecí en Iruya, domiciliado en la casa de don Milano Medenica, hasta el lunes 22 de marzo, pues los preparativos de organización del viaje, contratación de peones, arriendo de animales, y el sin fin de detalles que hay que prever antes de penetrar en una región tan desprovista de todo — así como las condiciones del tiempo en que fuertes lluvias habían engrosado excesivamente al río Iruya — hacían necesario este paréntesis. Ese día salimos del pueblo, tomando por el bajo de la Quebrada hacia el noreste.

En esta zona sólo hay dos posibilidades de tránsito: o la marcha por el fondo de las quebradas, lecho de los ríos que, en épocas de lluvias, se transforman fulgurantemente en torrentes impetuosos, o la transitación por los

caminos del « alto ». Ambos tienen sus inconvenientes. El primero, las dificultades inherentes a tener que vadear continuamente el mismo río. En efecto, todo el fondo de la Quebrada constituye el lecho del río respectivo, el cual, normalmente, sólo es un hilo de agua, que ocupa una mínima parte de la anchura que le está destinada. Su curso es sumamente caprichoso, dentro de la quebrada misma. A veces se bifurca en dos o más brazos, dejando en su centro algunos islotes de tierras marrones o parduscas. Otras, marcha haciendo eses, cruzando la quebrada de banda a banda.

Aun en épocas en que las precipitaciones atmosféricas no han engrosado anormalmente el cauce de sus aguas, tales ríos suelen tener pasos difíciles. Son los llamados « angostos ». Estos se producen como consecuencia de un estrechamiento de las dos paredes rocosas que forman la quebrada. En tales condiciones, el río obligado a estrechar su lecho y a reunirse, por lo tanto, en un sólo haz el volumen de sus aguas, se lanza por esa estrecha abertura con un ímpetu extraordinario y las dificultades del tránsito, por estos lugares peligrosos, se acrecienta con el temor a los peñones que esa masa líquida arrastra y que, lanzados sobre los hombres o las bestias, pueden provocar una verdadera catástrofe.

Habitualmente, sin embargo, el vadeo de los ríos es más espectacular que peligroso, pues las aguas no pasan de un poco más arriba de la barriga de la mula, la cual avanza con esa lentitud que es garantía de la seguridad de su paso, hasta alcanzar la orilla. Al llegar a ella suele presentarse una nueva dificultad: es la que emerge de los pantanos — los « pántanos » como impropiamente, con ligera modificación de acento, llaman los naturales de la región — y que constituyen uno de los peligros y de las acechanzas más desagradables del viaje. Son extensiones, a veces bastante grandes, de barro aparentemente seco, y que sin embargo no lo está. Puede distinguírseles suficientemente, gracias al color blanquecino con que se presentan.

Si el jinete, por desconocimiento o por descuido, permite que su cabalgadura pise en dicha superficie frágil, ésta cede y el animal se hunde hasta los encuentros. Todo movimiento — y desde luego las desesperadas sacudidas del animal presa de este barro pegajoso y absorbente — tienden a hundirlo aún más. El único recurso — si la mula o el caballo no aciertan, de primera intención, a salir por sus propios medios — es el de sacarles a lazo, enlazándolos desde la orilla de la tierra firme y proporcionándoles así un punto de apoyo indispensable. El animal que sufre un accidente de esta naturaleza, queda « resabiado », es decir, se vuelve mañero, desconfiado y pierde esa seguridad de paso que es una de las mejores garantías del viajero.

La marcha por los caminos serpenteantes de las laderas tiene, así mismo, sus dificultades y sus inconvenientes. En primer término, los caminos sólo existen de nombre. No son ni siquiera caminos de herradura, de los que comúnmente se hallan en otras provincias andinas y aun en zonas más tran-

sitadas de la propia Salta. Son verdaderas sendas de cabras, apenas marcadas entre las piedras dispersas que afloran en la superficie del terreno (lám. V b).

En ocasiones, y con mucha mayor frecuencia que lo que el precavido viajero deseara, estos caminos bordean precipicios, de centenares de metros de profundidad. En esas oportunidades, el explorador que se aventura por estos remotos territorios de frontera, se encuentra obligado a marchar por sendas en las que en tanto que una de sus piernas va rozando el paredón rocoso de la ladera, la otra aparece ya suspendida sobre el abismo.

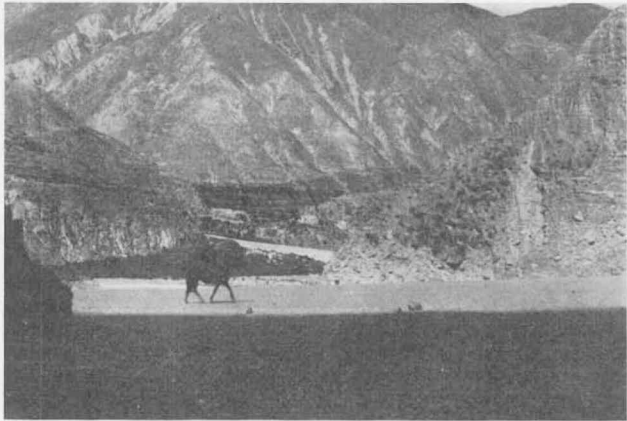


Fig. 44. — El cruce de la gran «playa», frente a Higueras, en el punto de intersección de las quebradas de Iruya e Higueras

El sendero no tiene en estos momentos más de 40 ó 50 centímetros de ancho y el jinete no puede dejar de pensar en las posibilidades, siempre existentes, de un mal paso de la mula que lo conduce, de un despeñamiento de rocas, que por pequeño que sea obstruya el camino, en el encuentro — fortuito pero peligrosísimo — con otra caravana en sentido contrario, en el vértigo que le acecha en la reverberación potente de la luz solar y en el enrarecimiento de las condiciones atmosféricas. Los fuertes vientos, a veces realmente huracanados, que soplan en estas alturas, la humedad intensa, que cala hasta los huesos, cuando el viajero se ve envuelto por la niebla de una nube baja, crean otras tantas molestias. De ahí que todo viaje por estas apartadas regiones, signifique sacrificio personal e intensas molestias físicas que exigen una naturaleza propicia, en la que la «puna», el vértigo y la fatiga no hagan excesiva mella.



Habiendo salido de Iruya por la mañana, después de un sinnúmero de cruces del río, en las condiciones descritas más arriba — y después de haber atravesado la gran « playa » de Higuera (fig. 44) — llegamos a la casa de don Justino Gutiérrez, situada en la parte baja de la ladera que forma la quebrada, en el lugar denominado Taco Pampa, a un poco más de 18 kilómetros del punto de partida. En esta localidad, el señor Gutiérrez tiene dos casas: una en el bajo, en la banda derecha de la quebrada — lugar en el que, como queda dicho, nos alojamos — y otra en el alto, es decir, en la cima de la misma serranía.

Gutiérrez supo brindarnos, en su bien abastecida vivienda, con generoso gesto digno de su concepto de la hospitalidad, alimentos y camas para pasar la noche. Su casa responde a la edificación típica de esta zona. Habitaciones cuadrilongas, aisladas entre sí, con puertas más bien bajas, que dan todas a un patio común de tierra, encuadrado por las habitaciones. Paredes hechas de adobe, con pocas y pequeñas ventanas; techos de paja, recubierta de barro en la forma que aquí se acostumbra (fig. 45). Y éstos, a su vez, asentados sobre un armazón de ramas, que se apoya en un grueso mojinete hecho, habitualmente, de un sólo tronco de árbol, o de dos, sólidamente empatillados, en el caso de que la extensión del diámetro de la pieza sea muy grande. Algunas habitaciones presentan pequeños nichos en la pared, a una altura de hasta dos metros, en los cuales se depositan estampas, retratos familiares, objetos de veneración o de calidad frágil a los que hay que preservar de frecuentes contactos.

La vida se desenvuelve, sobre todo, en la cocina y en el patio familiar. Antiguas arcadas dan acceso a la primera, denunciando su condición por las muestras de ollín que sus muros presentan. En otras habitaciones regionales, la cocina no está construida de abobes, sino que está reemplazada por un simple envarillado, oblicuo, que sirve de techo y que reposa, por un lado, en las cumbreras de una de las habitaciones o en la parte superior de la respectiva pared, y por el otro, en una pequeña *pirca* de piedras: es la clásica « enramada » (fig. 46). El fogón se realiza directamente sobre el suelo de tierra, formándolo con un círculo de piedras, pequeño, sobre el que se asientan las ollas y botijos de barro cocido y confección casera. Los marcos de puertas y ventanas, así como el dintel de aquéllas, está formado por gruesos listones de madera. De igual material se hacen las puertas y el armazón de las ventanas.

El día 23, por la mañana, previa recogida de mulas y ordenamiento de las cargas, partimos a eso de las 10 y 30, siguiendo siempre por el lecho de la quebrada (fig. 47 a). En el transcurso de esta etapa encontramos algunos « angostos feos », vale decir, difíciles de vadear por la violencia adquirida por sus aguas. Franqueados estos malos pasos, continuamos por el lecho del río hasta el lugar llamado Morao, en donde nos vimos en la obligación de abandonar momentáneamente este camino para intentar escalar las laderas.



Fig. 45. — Casa en construcción en la que puede advertirse la forma de techar, poniendo sobre el envarillado una primera capa de paja y recubriéndola luego con barro amasado con pequeños gujarros

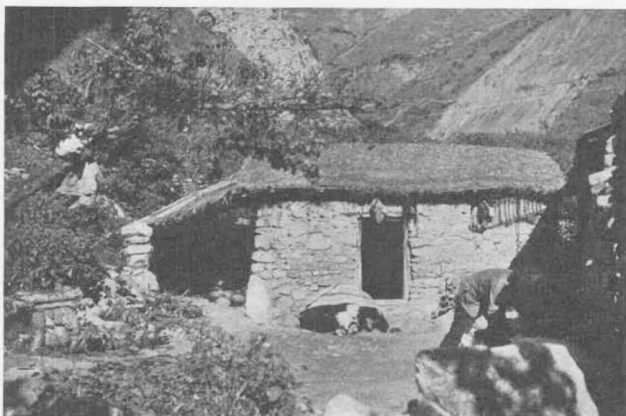


Fig. 46. — Patio interior de una de las casas de la región, en la que se ve, junto a una de las habitaciones, la cocina constituida por la clásica «ramada» de techo oblicuo que aprovecha, en parte, la construcción vecina para completar su somera arquitectura.

Efectivamente, la marcha por el bajo resultaba imposible por haberse producido allí un fuerte aluvión reciente de piedras, desprendidas posiblemente por las lluvias de lo alto de la serranía. Hubo necesidad, pues, de trepar por un pequeño sendero, transponer en esta forma algunos centenares de metros y volver a bajar al río, una vez soslayado el obstáculo (fig. 47 b). La altura en que nos encontramos era de 2540 metros y allí la quebrada tomó una dirección de 60° nordeste. Por allí seguimos hasta la casa de Silvino Tolava, en el lugar denominado Río Blanco.

En el transcurso de esta marcha, durante la cual tuvimos que abandonar la parte del bajo, para trepar de nuevo a la ladera derecha de la quebrada, tuve oportunidad de comprobar que los supuestos grandes « antigales » — que tal cosa me habían parecido en oportunidad de mi viaje anterior, de 1934, en el que los había observado desde las alturas de la otra banda — eran sólo vastos « sucses », es decir, enormes andenes de cultivo, sin huellas de habitación.

De Taco Pampa a Río Blanco existen 3 leguas de buena marcha, en las irregulares condiciones ya descriptas. La casa de Silvino Tolava se encuentra situada a 2740 metros de altura ( lám. VII a ). En sus inmediaciones se hallan algunas huellas de antiguas habitaciones aborígenes, constituyendo un « antigal » sumamente interesante, en el cual realicé, durante la tarde del día 23, y los días 24 y 25 de marzo, investigaciones y excavaciones en el terreno ( lám. VII b ), tomando una serie de fotografías ilustradoras del trabajo.

El 26 salimos a las 10 de la mañana, en dirección al Alto de San Pedro. Para ello, abandoné el campamento que había instalado en las inmediaciones de la casa de Tolava, pasé por el yacimiento, en dirección a la quebrada de Piedra Grande, la erucé y continué rumbo al lugar denominado Alto de Abra Blanca.

Esta parte del viaje es sumamente pintoresca. Desde lo alto de los senderos transitados por nuestra expedición, pasamos a la vista de la población de Nazarenó, lugar de unas 30 casas, del que — mirado a la distancia — emana una tranquilidad realmente bíblica. Algo más tarde, se avizora la población de Cayotical, rodeada por una plantación sumamente verde, y ubicada en un lugar extremadamente alegre, que contrasta con la aridez habitual del terreno y el tono marrón o pardusco de otras de estas pequeñas poblaciones.

El paisaje de montaña tiene una manera de presentarse a los ojos harto diverso del de la llanura. Este se da todo de una vez y su fuerza está en su permanencia, en esa suerte de inmutabilidad con que se presenta al espectador. El otro es siempre fuyente y diverso. A cada paso se va descomponiendo, por gradaciones imperceptibles, transformando sus elementos componentes, sorprendiéndonos con atisbos un paso atrás todavía imposibles de captar. De ahí, pues, que la montaña reclame nuestra mirada y la mantenga suspendida de su imprevisible sortilegio.



*a*



*b*

Fig. 47. — *a*, Parte de la quebrada cercana a Taco Pampa, en dirección al lugar llamado el Morao ;  
*b*, Después de traspasar el obstáculo constituido por un derrumbe de rocas, la expedición continúa  
por el bajo de la quebrada, rumbo a Río Blanco

Seguimos la marcha por el punto denominado Mojón, situado a 3280 metros de altura. El camino va, sin embargo, ascendiendo hasta llegar al Abra Blanca, que está a 4000 metros sobre el nivel del mar. Dejamos a nuestra izquierda un picacho imponente: es el Alto del Morao, cuya cima alcanza a 4700 metros (lám. V b). Más tarde arribamos al pie del Abra del Escarmiento, donde vemos, en todo lo alto, una magnífica tropa de venados que pasta tranquilamente, protegida por la figura alerta y vigilante de un macho de grandes cuernos, cuya silueta se recorta netamente en el cielo límpido y profundamente azul. A este tipo de animales con grandes cornamentas, se



Fig. 48. — Camino al abra de Piyuyoc, desde la cual se pasa a Huaira-Huasi. De tanto en tanto, completamente aisladas, aparecen las pequeñas casitas de los actuales habitantes de la zona.

les denomina de cuernos «champa», nombre que se le da al espinoso «tala», planta que alcanza, en esta región, gran desarrollo. La tropa de venados sigue pastando tranquilamente, confiada en la distancia que nos separa.

Proseguimos la marcha, en medio de un fuerte viento, dirigiéndonos al Abra de Piyuyoc, desde la cual comenzamos el descenso hacia Huaira-Huasi (fig. 48). Es una prolongada y rápida pendiente, que nos conduce hasta este lugar, situado a 3200 metros. Desde este punto puede avistarse buena parte del curso del río Bacoya (fig. 49 a). Igualmente desde otro sitio cercano se contempla el enorme hacinamiento de rocas que forma el «angosto» de Colorado (fig. 49 b).

Allí vivimos hasta el día 30, trabajando en las ruinas existentes en este



a



b

Fig. 49. — a, Parte del curso del río Bacoys, visto desde los altos de Husaira-Huasi;  
b, Desmoronamientos de piedras de la quebrada, en el «angosto» de Colorado

lugar (fig. 50). Armamos nuestro campamento, primero en la proximidad de una casa del alto, propiedad de Máximo Vega. Pero, como quedara muy distante del sitio donde floreció la antigua población — lo que nos obligaba a realizar una marcha descendente bastante abrupta, que nos dejaba sin aliento, y una mucho más fatigosa subida al regreso del trabajo — nos trasladamos al día siguiente a la vecindad de un primo suyo, Eustaquio Vega, cuya casa quedaba más o menos al mismo nivel que los yacimientos que investigábamos.

Los trabajos en Huaira-Huasi dieron resultados satisfactorios, desde el



Fig. 50. — Detalle de la pared de una vivienda en Huaira-Huasi, en donde se advierte el uso conjunto de grandes bloques y de piedras menores, rigurosamente ensamblados, pese a su diferencia de tamaño

punto de vista arqueológico. Desde el estético nos proporcionaron, todas las mañanas las más hermosas sorpresas, brindadas por la neblina y por las nubes, que cubrían con un ropaje algodonoso, una buena porción de la quebrada de San Pedro (lám. V a).

El yacimiento de Huaira-Huasi — que ha brindado a su investigador suficientes materiales de piedra, cerámica y metal — se presenta como un importante conjunto de viviendas elípticas, de un diámetro generalmente superior a cinco metros (fig. 51 a). El tiempo de abandono en que ha estado ese terreno ha permitido que crezcan, en su interior, plantas silvestres de la región — tales como atascos y tolas — de las que es menester desembarazarlo antes de comenzar toda labor de investigación de lo contenido en su subsuelo.



a



b

Fig. 51. — Dos aspectos de una vivienda aborigen excavada en Huaira-Huasi. a. Primer tiempo : desyerbamiento del recinto edificado y retiro de las piedras superficiales; b. Segundo tiempo : comienzo de la excavación en el subsuelo





*a*



*b*

Fig. 5a. — *a* y *b*. Dos viviendas aborígenes en Huaira-Huasi, en donde se advierte, en la construcción de las puertas, el uso de grandes piedras canteadas

El espesor medio de las paredes oscila alrededor de medio metro (fig. 51 *b*). Las puertas se presentan generalmente muy bien delineadas, logrando una línea exterior e interna perfecta, mediante el empleo de grandes piedras canteadas (fig. 52 *a* y *b*). En cuanto a los muros — como ya ha podido observarse en el que aparece en la figura 50 — están construidas

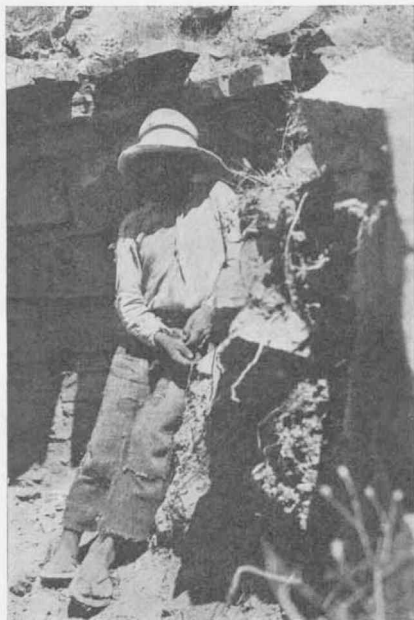


Fig. 53. — Detalle que muestra el encurvamiento de la pared lítica para formar la falsa bóveda por medio de hiladas superpuestas

por un sabio ensamblamiento de piedras grandes y chicas. En algunos casos (lám. VIII *b*), este empleo simultáneo de ambos tamaños de materiales líticos es sumamente contrastante. Pese a lo que pudiera creerse de primera intención, el arquitecto indígena ha seleccionado tan bien la piedra empleada que estas diferencias de tamaño no impiden un ajustamiento riguroso de los distintos elementos componentes de la antiquísima « pirca ».

El uso de la falsa bóveda, en algunas construcciones, se realizó brillantemente. La figura 53 ilustra un ejemplo bien claro de cómo, sobre un

muro derecho de un poco más de un metro de altura, comienzan a aplicarse hiladas superpuestas de piedras planas y de lajas, para lograr aquel efecto arquitectónico.

Como una curiosidad de otro orden, hagamos notar — antes de abandonar este lugar — que el transporte de los párvulos a la espalda que, de una manera general, se verifica en todo el noroeste argentino por las madres, puede ser adoptado, en circunstancias especiales, por los hombres (fig. 54). En el caso especial que me ocupa, el padre de la criatura — que había quedado viudo recientemente — ha debido reemplazar, con laudable



Fig. 54. — Transporte de una criatura, a la espalda, en Huaira-Huasi

bondad y paciencia, a la madre. Puesto en el trance de no poder dejar a su hijita sola, ha solucionado la cuestión llevándola como el uso general, en semejantes trances, lo acostumbra secularmente para las mujeres.

El 30 de marzo dejamos a Huaira-Huasi, en las últimas horas de la tarde, para visitar el « antigal » de Chaupi-Loma (fig. 55). Para llegar a él es necesario recorrer un camino de faldeo, de cerca de seis kilómetros, con una gran gradiente, de inclinación hacia el fondo de la quebrada. Es un trayecto que comienza con buena vegetación y fácil, pero inmediatamente se torna realmente difícil de transitar, pues no hay caminos propiamente dichos y estuvimos varias veces a punto de rodar peligrosamente hacia el abismo. Los fuertes vientos hacían aun más difícil el acceso. Debimos de recorrerlo a pie, enviando los animales y las cargas, con parte de los peones, por el bajo, a que nos esperaran en un sitio intermedio.

El lugar no resultó todo lo interesante que esperábamos, desde el punto de vista arqueológico. No existió compensación entre las dificultades y peligros de llegar hasta allí y los resultados que pudieran obtenerse. No había más que cinco casas redondas, de vieja factura litica, muy llenas de lajas, acarreadas, en parte, por desmoronamientos posteriores. Resultaba sumamente difícil su exploración y, para colmo de males, se había producido un hundimiento de la parte central del terreno, lo que ha traído como consecuencia que el declive y la honda olla, que el hundimiento ha creado, se encuentren colmados de lajas caídas de ambos lados. La entrada a dichas



Fig. 55. — El camino de Husira-Huasi a Chaupi Loma está cubierto por bastante vegetación, contrastando con el aspecto fitogeográfico habitual

casas era difícil y riesgosa, por continuar produciéndose desprendimientos de lajas de lo alto, como consecuencia de los fuertes vientos reinantes.

Tuve que resignarme a abandonar este lugar, que se encuentra a 2440 metros de altura, salir al encuentro del resto de la expedición, y bajar a casa de Máximo Alemán, en San Pedro de Iruya, que sólo se halla a 2140 metros.

Allí hemos sido magníficamente recibidos por el dueño de casa, quien — no obstante encontrarse aún convaleciente de una herida en un brazo producida por una rodada del caballo, pese a ser buen jinete — no ha trepidado en proporcionarnos todos los elementos a su alcance para hacernos cómoda y agradable la estada de esa noche.

Al día siguiente, 31 de marzo, hemos continuado el regreso hacia el sur,

tomando por la quebrada y río de San Pedro, hasta llegar a la casita semiderruida de Ramón Chosco, en Zapallar, ubicada a 2020 metros de altura. En esta zona hay vestigios de habitaciones humanas primitivas y de trojas, tanto en la banda este del río San Pedro (fig. 56 *a* y *b*), como en un morrito, que se eleva en la intersección de la quebrada de Zapallar y la de San Pedro. Trátase de una elevación irregular del terreno (fig. 57), que — precisamente por su ubicación en el punto de entronque de estas dos quebradas — constituye una posición sumamente estratégica para custodiar, o impedir, llegado el caso, el tránsito por estas vías naturales de acceso. Dada su ubicación, y la frecuencia con que alturas análogas han sido objeto de fortificación por parte de las poblaciones autóctonas del noroeste argentino, era fácil inferir que este morro hubiese estado habitado en épocas protohistóricas.

Realizada una rápida ascensión a su cima, pude comprobar que emergían de la superficie del terreno, en la parte más alta del mismo, cuatro lajas allí plantadas, de regulares proporciones, que formaban cuadro, además del afloramiento — en otros lugares de la superficie — de cimientos de habitación o de muros exteriores de defensa. Realizadas excavaciones, me fué dable constatar que en este morrito se encuentran un gran número de sepulturas, las cuales, en varios casos, repiten las características de las cuatro lajas plantadas en cuadro a que antes se hizo referencia. Por bajo de ellas se encuentran varias otras, constituyendo la tapa del recinto funerario y luego lajas de piedras grandes, colocadas verticalmente o hiladas de piedras dispuestas horizontalmente, formando pared del recinto o cámara de la sepultura, que afectaba, en todos los casos, una forma redondeada (fig. 58). A veces, entre laja y laja, pequeñas piedras rellenaban las juntas de los espacios que quedaban entre las grandes lajas.

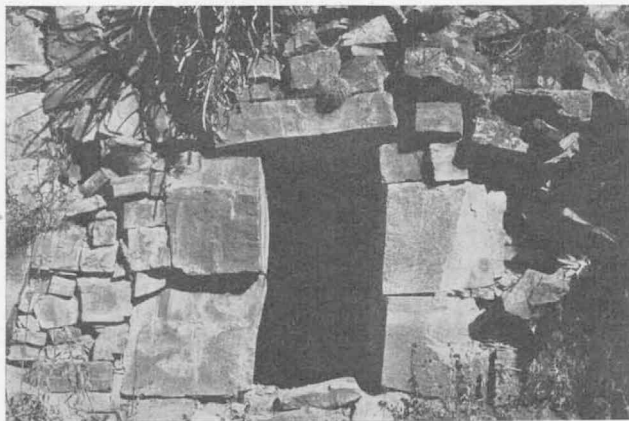
Estas sepulturas no eran siempre individuales. En algunas ocasiones encerraban más de un esqueleto. Junto a este tipo de entierro he encontrado también en un simple hoyo grande de tierra — y en torno de una ollita, de regulares proporciones — ocho esqueletos, en mal estado de conservación por la humedad del terreno, de los cuales recogí los cuatro cráneos menos destruidos.

Realicé excavaciones, tanto en el propio morrito como en la ladera próxima, quebrada por medio. Es conveniente hacer notar que allí se escalonaban una vasta serie de andenes de cultivo, cuyos restos constituidos por *pircas* bastante completas y extensas, afloran todavía. Como la vegetación se manifiesta con fuerza allí, en esta época del año, toda acción en el terreno debe de comenzar por un prolijo desbrozamiento, que limpie de vegetación el recinto de las viejas casas elípticas, que limpié de una profundidad que no excede habitualmente de un metro, se encuentran los objetos. La figura 59 *a* y *b* muestra estas dos faces del trabajo, en un mismo lugar.

Por bajo de algunas de las lajas plantadas en la cumbre del morrito apa-



a



b

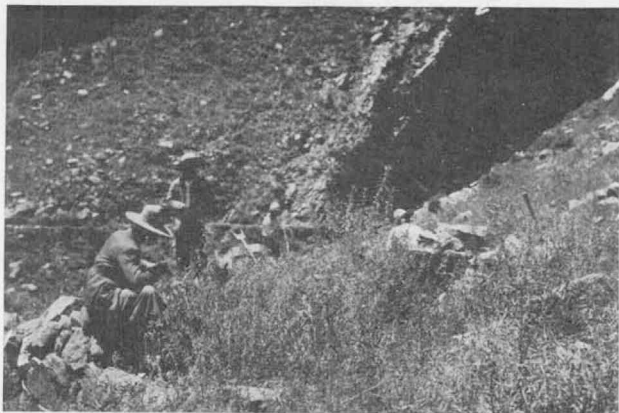
Fig. 56. — Dos puertas en la banda Este del río San Pedro, en el lugar llamado Zapallar. a, Utilización conjunta de piedras chatas canteadas y lajas finas; b, Enmarcamiento logrado con grandes bloques canteados.



Fig. 57. — Cerrito de Zapallar, en la intersección de la quebrada del mismo nombre con la de San Pedro, en cuya cima existió un «pucará».



Fig. 58. — Cámara sepulcral en el «pucará» de Zapallar, situada bajo cuatro grandes lajas plantadas verticalmente



*a*



*b*

Fig. 59. — Dos aspectos del trabajo en el terreno, en Zapallar. *a*, Primera faz : desyerbamiento y remoción de piedras superficiales caídas de los muros; *b*, Segunda faz : comienzo de la excavación en el subsuelo.



recieron, según queda dicho, sepulturas. Pero no todas estaban constituidas por cámaras funerarias. Como es común en esta región del noroeste argentino, también se practicó allí el entierro en urnas funerarias de diverso tipo, aunque hermanadas casi todas por la ausencia de decoración (fig. 60a y b). Algunas afectan una forma francamente globulosa, en tanto que otras recuerdan, en pequeño, a los vasos tubulares. Y mientras que en unas el fondo se resuelve ampliamente, en otras la base es sumamente pequeña. Las asas, de mínimo desenvolvimiento, son generalmente horizontales.

Después de estos trabajos en Zapallar, que nos retuvieron hasta el 3 de abril — con alguna rápida excursión hasta una casa de Ambrosio Alemán, situada en San Pedro, a 2200 metros de altura — salimos de este lugar para dirigirnos a Higueras, localidad distante cuatro kilómetros del punto anteriormente nombrado y a la cual se llega por un camino único que es la playa del río San Pedro.

Aunque establecimos nuestro campamento en Higueras, en el patio de la Escuela Nacional deshabitada por ese entonces en razón de las vacaciones, las investigaciones arqueológicas a que dediqué mi tiempo fueron practicadas en Arcayo o Tarcayo lugar situado en la banda sur del río Iruya, pues frente a Higueras, abandona su rumbo nordeste para torcer hacia el este, juntando sus aguas con el río San Pedro, el cual pierde su nombre. El río Iruya sigue así engrosado — recibiendo más tarde como afluentes, mucho más lejos del lugar en donde yo debía de trabajar ahora, el Astillero y el Cañas — hasta juntarse con el importante río Pescado, que viene de la serranía de Porongal. La unión de ambas corrientes de agua — que produce, entonces, una masa líquida sumamente rápida y de las más caudalosas de la región — se efectúa en el lugar llamado Bobadal, a 80 kilómetros de Arcayo. Allí el río Iruya pierde su nombre, continuando las aguas con la denominación única de Río Pescado, el cual, por fin, desagua en el Bermejo. Tal es toda la trayectoria de este pequeño río montaños que, en la región que nos ocupa, — y salvo crecientes — no pasa de ser un riacho de menuda importancia.

La Escuela Nacional, en que establecí la sede del campamento, se hallaba situada a 1760 metros sobre el nivel del mar, en una pequeña eminencia al comienzo de la quebrada. En su patio, como elemento interesante de la botánica adventicia, crecía una de las mayores plantas de « cabuya » (*Agave americana* L.) (fig. 61), que he podido ver en mis correrías.

Como se recordará, esta planta, de cuyas anchas hojas se obtienen filamentos largos y resistentes, ha sido utilizada, como elemento textil, por los indígenas diaguitas que los españoles encontraron en el período de la conquista. Sabemos por una *Información* de méritos y servicios de Alonso Abad, de 1585, — publicada por Levillier <sup>1</sup> — que los primeros españoles

<sup>1</sup> ROBERTO LEVILLIER, *Gobernación del Tucumán, Correspondencia de los cabildos en el siglo XVI*, Colección de publicaciones históricas del Congreso argentino, 117-126, Madrid, 1918.



a



b

Fig. 60. — a y b. Dos tipos de la cerámica regional, ambos sin decoración, encontrados en las excavaciones practicadas en el «pucará» de Zapallar

que entraron a la antigua provincia de los diaguitas con Juan Núñez del Prado o con el general Pérez de Xurita, tan pobres y desvalidos estaban, y tan venidos a menos se encontraron sus ropajes, que no trepidaron en imitar a los indígenas tejiéndose camisas de fibras de esta planta, para remediar sus desnudeces. Por otra parte, no fueron los diaguitas los únicos que conocieron el empleo de estas fibras a aquellos efectos. Los indígenas del Chaco le denominaron con el nombre de « caraguatá » y con ellas fabricaron, entre otras cosas, sus grandes morrales de caza. La forma amplia con que



Fig. 61. — En primer término el magnífico « caraguatá » del patio de la escuela nacional de Higuerras. En segundo, a la izquierda, la « playa » del río Iruya y su quebrada; a la derecha, la de San Pedro.

esta planta se da en dichas regiones, hasta más o menos los 3000 metros, deja abierta la posibilidad de que su empleo, como elemento básico de algunos aspectos de su cultura material, haya podido ser conocido por los primitivos habitantes de esta región del noroeste argentino.

Lo más importante del yacimiento arqueológico de Arcayo lo constituye su arquitectura (fig. 62a), en la cual se encuentran casas de dos habitaciones unidas entre sí por una puerta intermedia (fig. 62b), y que sólo ofrecen al exterior una única entrada. He tenido oportunidad de fotografiar algunos de estos elementos arquitectónicos así como de realizar las mediciones correspondientes. En una de esas fotografías (lám. IXa), se puede observar cómo la acción del tiempo ha destruído la falsa bóveda de una de estas habitaciones, derribando en tierra las piedras que la formaban. Llamo



*a*



*b*

Fig. 62. — *a*, Casa autóctona, en Arcayo, compuesta de dos habitaciones comunicadas entre sí, con techos de piedra, en falsa bóveda; *b*, Puerta de comunicación entre ambas habitaciones, en la misma vivienda, encuadrada por grandes piedras.

la atención, sin embargo, en este importante yacimiento, el buen estado de conservación de algunas de las viviendas allí existentes (lám. IX *b*), de la misma manera que el prolijo trabajo de sus paredes y de sus puertas, enmarcadas por grandes lajas de piedra (fig. 63 *a* y *b*) y con dinteles y umbrales constituidos por el mismo material, así como la existencia de nichos, prolijamente trabajados, en sus paredes (fig. 64 *a* y *b*).

En la curiosa casa de las dos habitaciones comunicadas — que será estudiada prolijamente en el trabajo que tengo en preparación acerca de la arqueología de esta región hasta ahora desconocida — se ha llegado hasta al virtuosismo de hacer que de los dos nichos, trabajados en la pared de la habitación a que se llega directamente desde afuera, uno esté completamente abierto — como es costumbre en todos los otros casos de nichos que he encontrado en Titiconte o en el propio yacimiento de Arcayo — en tanto que el siguiente, que se encuentra a su vera, esté semicerrado por medio de dos piedras chatas, colocadas paralelamente a la dirección del muro, de suerte de formar una especie de « postigos » fijos, que sólo admiten el paso del antebrazo y de la mano al interior de ese nicho. De igual manera, puede observarse perfectamente en la parte que aún se conserva del techo de esa habitación, el progresivo encurvamiento de la pared, para formar la falsa bóveda por el ya conocido procedimiento de las hiladas de piedras sucesivas.

La acción destructora del tiempo no se ha manifestado allí en vano. A nuestro arribo, ya esta habitación estaba casi totalmente destechada, quedando sólo en pie algunas piedras, justamente sobre la parte de pared en que se encuentran los nichos, las cuales formaban una especie de reborde lítico sobre aquellos (lám. IX *a*), según queda antes insinuado. En cambio, es dable observar cómo se ha agregado robustez a ese muro, sobre el que queda asentado dicho reborde, por medio de un sencillo recurso. El arquitecto primitivo ha construido parte de esa pared con un enorme bloque, naturalmente emplazado allí (fig. 64 *b*). Es el mismo recurso arquitectónico que hemos visto utilizado en otros yacimientos, con el uso simultáneo de piedras grandes y chicas, pero llevado aquí a un grado extremo y utilizando, posiblemente, con una gran habilidad, un pedrón tan enorme que no era posible mudar de emplazamiento.

La utilización de la falsa bóveda de piedra — lograda por hiladas sucesivas, a partir de una altura de 1,20 a 1,50 metros de la superficie del piso (lám. X *a* y *b*) — la existencia de habitaciones corridas, con puertas de comunicación entre sí, aproxima arquitectónicamente este yacimiento al de Titiconte, que deja de ser, por lo tanto, un caso único dentro de la arquitectura regional. Además, frente al muro delantero de algunas de estas casas, bajo grandes lajas, se abren graneros o trojas subterráneos.

De la misma manera que en Titiconte, el material de *ouillage* arqueológico es sumamente pobre, por lo que lo más importante de ambos conjuntos de ruinas está constituido por esta modalidad de su arte de cons-



*a*

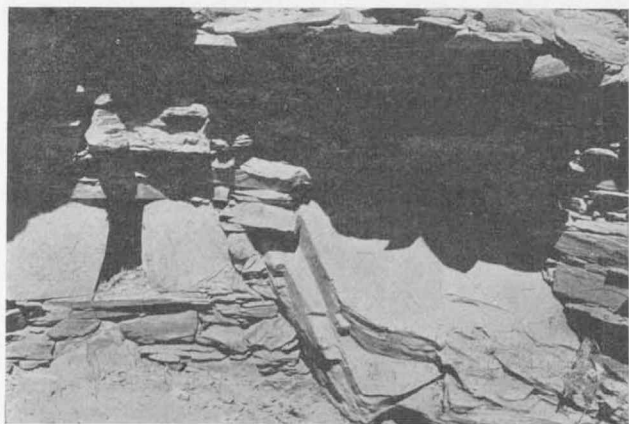


*b*

Fig. 63. — *a* y *b*, Dos ejemplos de la forma de enmarcar las puertas, formando dinteles y línea de vanos con gruesas piedras, aunque — en lo que respecta a los vanos — también suelen hacerse por medio de material lítico más pequeño rigurosamente alineado.



*a*



*b*

Fig. 64. — *a*, Los dos nichos — uno abierto y el otro semicerrado — que se hallaron en la pared de la habitación de entrada, de la casa de dos piezas comunicadas, de Arcayo; *b*, Detalle del muro de la misma habitación, en el que se observa el empleo de un enorme bloque rocoso para formar parte del muro, al que le agrega solidez.

trucción de habitaciones que marca, así, una alta etapa en el desarrollo de la vivienda aborígen en la Argentina <sup>1</sup>.

El 5 de abril salimos de Higuera y tras de cerca de cuatro horas de marcha, llegamos a Iruya, pueblo situado a 2560 metros de altura y del cual habíamos partido en esta expedición, columbrando, desde lejos, su pequeña capillita blanca (fig. 65). El trayecto fué verificado siguiendo siempre el curso de la quebrada y río de Iruya.

En el domicilio de don Milano Medenica, en donde volví a alojarme, preparé el embalaje de los materiales recogidos, alguna parte de los cuales



Fig. 65. — El regreso a Iruya se verifica siguiendo siempre el curso del río del mismo nombre. De pronto, a media ladera, se divisa su pequeña capillita blanca

había sido interinamente depositado en casa de Máximo Alemán, en San Pedro de Iruya, con las disposiciones pertinentes para la formación de una pequeña recua, dirigida por arrieros expertos y de confianza, que los trasladara a Iruya.

Algunos frágiles objetos de cerámica, cuyo estado de conservación ofrecía temores con respecto a su resistencia al largo viaje que aun debían recorrer, fueron « chipados », es decir, atados fuertemente con tiras de piel de carnero o cabrito, previamente mojadas. Este procedimiento, al constituirles un revestimiento adecuadamente protector, permitió la llegada de dichas piezas en magníficas condiciones a nuestro Museo.

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La arquitectura aborígen en la provincia de Salta*, cit., 144-154.



Buena parte de los materiales de cerámica recogidos requieren, sin embargo, una tarea de restauración y arreglo, previa a la exhibición proyectada. En esto — y en la preparación de los objetos recogidos en el cuarto viaje, del que en seguida pasaré a ocuparme — trabaja actualmente el personal a mis órdenes del departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de La Plata.

#### CAPÍTULO IV

##### **Cuarto viaje de exploración arqueológica a los departamentos de Iruya y Santa Victoria (Prov. de Salta).**

8 de febrero de 1938. Estación Retiro. Por fin puedo dar comienzo, este año, a mi viaje habitual de investigación arqueológica a la más remota zona del noroeste argentino. Las tareas internas de organización del Departamento de Arqueología y Etnografía, a mi cargo, en el Instituto del Museo de La Plata, se han visto complicadas y hasta entorpecidas, esta vez, por trabajos extraordinarios, tales como el del Censo general de los Bienes del Estado, que han llegado casi a impedir, de manera definitiva, esta excursión. Por suerte ha sido posible darles fin en circunstancias en que todavía queda algo de tiempo, no mucho, para efectuar esta salida hacia aquel territorio arqueológico que ya me ha dado tan ricos frutos. Como de costumbre, he encontrado la mejor acogida en mi pedido al doctor Robustiano Patrón Costas, para trabajar en las pertenencias de su Ingenio.

A diferencia de los viajes anteriores, que efectué siempre solo, en éste llevo conmigo a uno de los aprendices de mi Departamento, Domingo García, cuyo juvenil entusiasmo corre parejo con su total inexperiencia de los trabajos en el terreno. He creído conveniente — y espero que los hechos me darán oportunamente la razón — ir adiestrando a alguno de mis jóvenes colaboradores, sacándolo temporariamente de las tareas puramente de laboratorio, para que vaya acostumbrándose a las fatigas y dificultades de la vida en campaña y aprenda a trabajar en el terreno en las arduas tareas de la búsqueda y recolección de elementos arqueológicos. Su buena voluntad y su interés deportivo-científico-novelesco por este viaje ha de suplir, lo espero, su falta de hábitos de trabajo en lugares de tan difícil acceso, de tan crecida altura y de tan absoluta carencia de comodidades.

Omito, por no atinentes, indicaciones de nuestro viaje hasta Iturbe. El lector sólo ha de imaginar, sin gran esfuerzo, el deslumbramiento de mi compañero ante esta Argentina cambiante y desconocida para él. Creo que nada puede ser más beneficioso para todo ciudadano argentino, que un viaje de esta clase, que le permita advertir hasta qué punto el hombre que sólo conoce el lugar donde nació, desconoce la verdadera fisonomía de su país,

en una nación como la nuestra que posee todos los climas y en la que conviven formas de humanidad tan diferentes. Agréguese al hecho personal de una despierta curiosidad alerta, la circunstancia de no haber realizado en su vida viaje más largo que el que media entre La Plata y Buenos Aires — enviado por mí en servicio del Museo — y se advertirá hasta qué punto debe haber sido beneficioso para mí joven colaborador, ver desfilan ante sí mil ochocientos kilómetros de territorio argentino, antes de entrar en funciones. Declaro que sus preguntas diéronme oportunidad, más de una vez, de repensar algunos de los graves problemas que la extensión y el desamparo de esa lejana Argentina han suscitado en mi espíritu desde el momento que me puse en contacto con ella.

Bajamos en Iturbe, en una madrugada bastante fría, aunque no tanto como en otras oportunidades. Allí me espera la primera contrariedad de este viaje, fecundo en ellas. Mi buen amigo don Milano Medenica, tantas veces citado en estos mis relatos, con quien esperaba encontrarme allí para realizar juntos la etapa inicial hasta Iruya, no está. En vano he gritado su nombre en la obscuridad de la estación, viendo avanzar a mi encuentro un grupo de personas. Son Mercado, el empleado de la oficina del Ingenio San Martín, en Iturbe, cuya eficaz colaboración siempre me es útil en el momento de rotular y expedir los materiales arqueológicos hallados en cada expedición; Ciriaco Ortiz, a quien don Milano me envía con una carta, disculpándose de no poder venir a recibirme y delegando en él la tarea de acompañarnos hasta Iruya, y algunos peones indígenas más, envueltos en sus cortos ponchos multicolores. Entre todos cargan nuestra reducida impedimenta — la carpa deberá ser retirada horas más tarde, cuando se abra en la estación la oficina de equipajes — y nos encaminamos hacia las casas. Estoy entre amigos, lo que equivale a decir que se me ofrece cama, que rehuso, y se me prepara café. Entre tanto ha aparecido otro de ellos, don Luis Menú, encargado de aquella oficina del Ingenio, a quien la noticia de mi llegada ha arrancado de la cama. Y entre charlas cordiales llega el momento de la partida.

No he de insistir, tampoco, demasiado, sobre nuestro viaje hasta Iruya, jornada siempre la más penosa no sólo por la gran distancia y pronunciados desniveles que hay que trasponer, sino, sobre todo, por la falta de entrenamiento con respecto al lugar y a la equitación, forzada y casi ininterrumpida durante unas ocho horas. Para mí, al menos, esto podía ser compensado por la seguridad de saber hacia donde nos dirigíamos y qué era lo que nos esperaba al final de la jornada, así como por hacer relativamente mucho menos tiempo que realizara excursiones bastante largas montado. Pero, no era éste el caso para mi acompañante, quien hacía muchos años que no se sentaba en una montura — y aun ello había ocurrido en alguna rápida excursión dominical platense — y además no tenía la menor idea de la magnitud del viaje y de los obstáculos naturales que debía de vencer.

Me place declarar que se comportó bravamente y que aguantó hasta el

final toda la fatiga con que las fuerzas naturales quisieron afligirle. Maturango para las cosas del campo hasta el extremo de confundir mulas y burros — confusión en la que todavía recaía al final del viaje, ante el asombro alborozado de los peones — supo sobreponerse a todas las molestias y entrar montado, aunque exhausto, en Iruya, ocho horas y cuarto después



Fig. 66. — Casas nuevas edificadas en Chaupi Rodeo que denuncian aumento de la población rural de la zona

de nuestra salida de Iturbe. No menos cansado estaba yo mismo y las buenas camas de Medenica hallaron en nuestros corazones excelente acogida.

He de hacer notar, solamente, como resumen final de esta jornada, que no en balde pasa el tiempo. Ocurre un hecho sumamente interesante, de geografía humana. Estos lugares, que yo conocí casi absolutamente desolados e inhabitados, comienzan a poblarse (fig. 66). En el lapso de un lustro, y con ritmo creciente, se han ido levantando casas y ampliándose considerablemente las pequeñas poblaciones de Chaupi Rodeo y otras similares. La

de Córdor, por ejemplo, que casi podía pasar desapercibida en este desierto de piedra, presenta ahora muestras evidentes de florecimiento. Y son varias las viviendas que se amplían o se techan de nuevo (fig. 67).

Dos días después, contratados los peones, arrendados los animales de silla y de carga necesarios, obtenidas las provisiones de alimentos frescos indispensables, nos pusimos en marcha. Por vez primera, no viene conmigo Medenica. No en balde se tienen a su cargo las complejas y delicadas funciones de Intendente Municipal, Comisario de Policía y Valuador de Rentas. Esta vez ellas posponen a la tarea honoraria, aunque acaso más grata, de



Fig. 67. — Viviendas rurales en Córdor, en el camino de Iturbe a Iruya, que son techadas de nuevo, periódicamente, como puede advertirse en la habitación de la derecha

Comisario de Yacimientos Arqueológicos. Sólo para quien sabe todo lo que su « hobby » reclama, y cómo considera don Milano sus cordiales deberes de amistad para conmigo, será posible advertir el sentimiento que experimenta en no poder acompañarme. Yo, por mi parte, abrazo al partir al buen camarada con verdadera tristeza. Sé cuánto vale su compañía y supongo, desde ya, en cuántas oportunidades he de echarle de menos.

Salimos de Iruya a eso de las doce y media. Tomamos por el bajo de la Quebrada, por el amplio lecho del río, en dirección del curso de sus aguas. Estas pasan a una velocidad fantástica, acentuada por el desnivel descendente del terreno. Cada doscientos o doscientos cincuenta metros, el camino aparece como cerrado en el próximo horizonte. Es que los continuos desvíos de la ruta producen esa impresión, errónea pero fuerte. Marchamos

así, permanentemente, ya sobre el lecho mismo del río, o atravesando, de continuo, su corto caudal.

Hay dos o tres « angostos » incómodos, particularmente uno muy estrecho : el de Chaupi Higueras. El suelo está constituido por decenas de miles de gruesos pedrones y por millones de guijarros. Es un verdadero lecho de piedra, al que las aguas, en su agitado correr, ponen en movimiento. A ambos lados de la Quebrada, las laderas de piedra marrón, rojiza o azulina, muestran, en su magnífica desnudez, la fuerza de esa correntada. Hay, en



Fig. 68. — Como el lecho, en parte seco, del río Iruya, constituye el punto de tránsito obligado por allí se verifica el paso de las pequeñas recuas cargadas de leña, sal, carne o verdura

algunos sitios, un fuerte trabajo de erosión que va socavando la roca y produciendo, en ocasiones, oquedades impresionantes.

Esta parte del camino, vecina al pueblo, está muy transitada, especialmente por un público que lleva leña, sal, carne o verduras, para la venta (fig. 68).

A poco de salir de Iruya, cae el primer aguacero. Es una corta garúa, semejante a las que han saludado nuestro ingreso en la provincia de Salta, y cuya mención he perdonado al complaciente lector. A poco andar, pára. Pero éste es sólo el primer asalto del agua. El episodio se repite, dos o tres veces, como para probar nuestra pasiva resistencia, pero es evidente que las precipitaciones atmosféricas se hacen mayores cuanto más avanzamos. Luego, el último chubasco se transforma en una fuerte y persistente lluvia, que nos obliga a recurrir, decididamente, a los impermeables y a los pon-

chos. Así protegidos, avanzamos lentamente, al tardo paso de las mulas. Un interrogante, ligeramente angustioso, se me plantea : ¿ no comenzará a bajar el « volcán » de Higueras y nos encontraremos con el camino cerrado, a las puertas de nuestro punto de destino ?

El asunto tiene sus bemoles, pues estos desprendimientos repentinos de grandes masas de barro, que bajan de lo alto de los cerros — y que acá reciben el impropio nombre de « volcán » — suelen ser de muy terribles consecuencias. Esta temibilidad se acrecienta cuando se viaja, como nosotros lo estamos haciendo, por una quebrada de laderas cortadas a pico por el



Fig. 69. — A la derecha, hacia abajo, la escuela nacional de Higueras, en cuyo patio levanto mi carpa; más atrás, el río Iruya. A la izquierda, el resto del pueblo. Vista tomada desde el borde de la « mesada » en que se extiende el cementerio.

poder erosivo de las aguas, en la cual, ante la espantable aparición de una de esas súbitas avalanchas de barro, no hay escapatoria posible. Son relativamente numerosos los casos, en la región, de personas y bestias atrapadas en el fondo de una de estas quebradas, como en una ratonera gigantesca.

En medio de la lluvia me doy vuelta en mi recado para mirar a mi aprendiz García, que marcha tras mi huella, siguiendo mis instrucciones, y cuyo juvenil entusiasmo no ha decaído bajo el persistente aguacero. Su rostro de muchacho feliz, de muchacho de ciudad en trance de aventuras camperas, me proporciona una visión optimista y envidio un instante su alegre ignorancia. Felizmente, quiere nuestro destino no complicarnos demasiado las cosas y afortunadamente podemos observar, al llegar cerca de la amplia

« playa » que forman las juntas de los ríos Iruya y San Pedro, que el temible « volcán » se ha abstenido aún de descender a la sima de la Quebrada.

Poco después, atravesado por última vez el río Iruya y sorteados algunos de sus poco agradables « pántanos » — trampas abiertas para la cacería de viajeros y mulas de carga — arribamos a la Escuela Nacional, edificada, como el resto del pueblo, a media ladera, ante un panorama admirable y en cuyo patio, bajo la llovizna persistente, resuelvo levantar nuestra carpa (fig. 69).

Todo intento de dormir bajo techo se ha frustrado, pues el Consejo Esco-

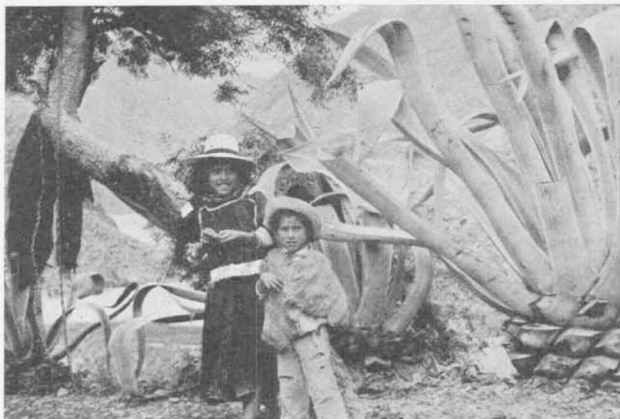


Fig. 70. — Dos niños de Higueras, con su pobre y típica vestimenta al lado del enorme « caraguatá » de la escuela nacional

lar de Salta no ha enviado aún la llave del edificio a su encargada de vacaciones, doña Balbina Lusa, que vive en una casa inmediata, en el pueblo. Por lo tanto, la Escuela aparece totalmente cerrada, con la sola excepción de su cocina — de la que nos apropiamos — y esto por la simple razón de que, como es sólito en la zona, esta dependencia culinaria no tiene puerta.

No me disgusto ante la idea de no dormir bajo techo, pues sé — por larga experiencia — que, en la casi totalidad de los casos, es preferible, con mucho, dormir bajo carpa, por razones de higiene, que no es difícil de explicarse conociendo el género de vida de estas gentes. Sin embargo, el edificio está recién pintado, al menos exteriormente, lo que le comunica un aspecto no habitual de limpieza. No puedo, pues, por menos, de echar una mirada particularmente amable a la puerta de una pequeña habitación,

hoy convertida en despensa, en la que dormí, en mi viaje del año pasado. Asimismo, encuentro rebosante de vida, de lo que me alegré, el *Agave* gigantesco, que al día siguiente ha de servirme de pretexto para fotografiar dos chicos del lugar, con sus vestimentas pintorescas (fig. 70).

Hemos llegado a las dieciséis y treinta, habiendo tardado, en consecuencia, tres horas y media en recorrer los quince kilómetros que nos separan de Iruya.

Al entrar en la cocina para pretender secarme un poco, ya que Egidio Poclava, mi « mozo de mano », ha comenzado a prender un fuego de raíces



Fig. 71. — Andenerías vecinas al cementerio de Higueras. A la izquierda un pequeño trozo de la «playa» del río Iruya; a la derecha, otro del cauce del río San Pedro

de tola, veo en un rincón un montoncito informe de trapos, sobre el que se obstinan, con pegajosa insistencia, las moscas. Con la punta de la bota nuevo, distraidamente, aquellos descoloridos y mugrientos trapos. Mi gesto deja en descubierto una mano y un pie desnudos, morenos y diminutos. Inmediatamente mi memoria asocia a esta repentina aparición el recuerdo de un hecho semejante, ocurrido en otro viaje, años atrás, en Cuesta Azul, donde al entrar a una cocina estuve a punto de pisar a otra criaturita que también dormía, totalmente cubierta como ésta, con un sueño tan profundo que el ruido de nuestra llegada no había sido suficiente para despertarla.

En el interin que el « mozo de mano » prepara la comida, realizo una jira por el grupo de andenerías que quedan frente a la Escuela, en la otra banda, separados de ésta por un fangoso « volcán » y torrencera de agua



turbia y leonada. La decepción es grande. En todo este trayecto, a la vera y por sobre el actual cementerio, no se encuentra nada que valga la pena desde el punto de vista arqueológico. Las andenerías se suceden y se escalonan, pero no hay vestigios de casas (fig. 71). Para colmo, la lluvia, que había cesado hacía un rato, recomienza. Debo, pues, retornar al patio de la Escuela y refugiarme bajo la carpa. Comemos y, rato después, ganamos nuestros catres de campaña.

Durante la noche la lluvia arrecia. La carpa del Museo — única que quedara en depósito después de la salida de otros miembros del personal superior del Instituto — comienza a dejar pasar el agua. Era cosa que me estaba temiendo desde el momento de la partida. Su venerable antigüedad está garantizada no sólo por sus numerosos remiendos sino también por la inscripción « Comisión Argentina », que ostenta su viejo cáñamo, y que acredita haber pertenecido a la Comisión de Límites de nuestro sonado y largo pleito con Chile, de que fué brillante gestor y defensor de los intereses argentinos el inolvidable fundador del Museo, don Francisco P. Moreno. Desde luego, es un alto honor poder ocupar una carpa que él utilizara, pero — como casi todos los honores — hartamente incómodo.

Naturalmente, cuando una carpa se pasa, el agua se filtra por sitios estratégicos. Una gotera, colocada justo sobre mi cabeza, toma sobre sí la responsabilidad de despertarme y una ligera inspección me muestra que hay otras más, sobre mi cama. Despierto a mi ayudante, abocado a parecido trance, para que se proteja y, filosóficamente, cubro la cama, hasta donde puedo, con la capa de goma que la solicitud de don Milano puso sobre mi montura al salir de Iruya, pese a mis protestas, y que, oficialmente, pertenece a la Jefatura de Policía de Salta. Me cubro hasta la cabeza con mi saco de cuero y me duermo añorando la sequedad veraniega de Buenos Aires.

Al día siguiente llueve la mañana entera, impidiendo todo trabajo. Soy, sin embargo, un hombre feliz, pues me entero de que, pocas horas después de nuestra llegada a Higuerras, urgido por la lluvia, ha bajado el « volcán » arrastrándose sobre un buen trozo de la Quebrada que nosotros acabábamos de recorrer. Recién a mediodía escampa y podemos trasladarnos a la otra ladera, donde hago efectuar algunos pequeños sondeos, con resultado negativo. Recorro, también, el diminuto pueblo, compuesto apenas de una quincena de casas (fig. 72 a), sobre el que la prepotente doña Balbina ejerce un matriarcado no menos eficaz por inconsciente. Su pequeña capilla es una deliciosa muestra de sencillez y candor arquitectónico (fig. 72 b). En su frontis, una mano candorosa ha trazado la fecha « 1932 », que no es, por cierto, la de su erección, sino la de su última lavada de cara. A un costado de aquélla, encuentro una gran piedra, que se usa aún en la actualidad para triturar sobre ella grano, mediante otra apisonadora lítica, muy semejantes ambas, aunque de menor tamaño, a las que, en 1934, encontré en Cuesta Azul (fig. 73).

Visto el resultado nulo de la visita a las terrazas de Higuerras, resuelvo



a



b

Fig. 79. — a. Vista general del pueblo de Higuera; b. La pequeña capilla de Higuera

aprovechar la cesación temporaria de la lluvia, y lo que resta de la tarde, para trasladar el campamento a lugar más propicio y, como la creciente de los ríos impide su cruce, aprovecho el dato de un vecino del lugar que me asegura que hay « antiguos » en una localidad vecina, llamada Chaupi Loma, a la que se puede llegar sin atravesar corrientes de agua.

Como su nombre lo indica, Chaupi Loma queda en un alto. El camino a este yacimiento es una casi ininterrumpida ascensión, tan ríspida, que cada diez metros hay que dar un breve descanso a las mulas que, sin este resuello, no tendrían alientos para continuar (fig. 74 a). La de por sí dimi-



Fig. 73. — Gran «maray» de piedra, actualmente utilizado, como el de Cuesta Azul (fig. 33, a y b), para la trituration de granos

nuta capilla de Higueras va, poco a poco, haciéndose imperceptible, a medida que, en las continuas vueltas del camino, continuamos ascendiendo los estrechos senderos de la ladera. Estos caminos — para llamarlos de algun mado — se hacen tan estrechos, en algunos malos pasos, que las mulas cargueras tropiezan con los bultos que transportan contra la roca, con evidente peligro de rodar al precipicio (fig. 74 b). Felizmente, llegamos sin novedad, después de una trepada de dos horas exactas, acompañada en largos trechos por la lluvia. Pues no estará de más recordar que ésta ha recomenzado a molestarnos casi inmediatamente de levantar nuestro campamento, recrudesciendo a poco andar.

La llegada a Chaupi Loma se hace a las dieciocho y media, levantando la carpa, sobre un suelo inundado, en el patio de tierra de la casa de



a



b

Fig. 74. — a, Comienzo de la ascensión a Chaupi Loma, en donde puede observarse la fuerte gradiente; b, Vista general desde lo alto de Chaupi Loma en que es dable ver la curva del lecho del río Iruya (izquierda) y un buen trozo del río San Pedro (derecha), así como los tortuosos senderos de acceso.

Telésforo Chauqui. (Adviértase que, como en otros casos de alteración de los acentos, ya señalados, aquí disfrazan a este nombre, llamándole Telesforo).

La noche se pasa tranquilamente, y a la mañana temprano comenzamos a trabajar en el campito que se extiende muy cerca de la casa. Todo él está sembrado de piedras dispersas, algunas de las cuales aparecen sólidamente plantadas en tierra, en la forma en que, típicamente, se presentan en esta zona las puertas de las viviendas.

Desgraciadamente, el suelo ha sido totalmente removido, dispersándose



Fig. 75. — El monte Arauyo, por su proximidad, debía ser bien visible desde Chaupi Loma, pero la persistente niebla impide ver su cima

las piedras pertenecientes a las antiguas construcciones y no dejándose en su lugar más que las que estaban tan fuertemente hincadas que su traslado hubiera obligado a realizar tareas superiores a la habitual incuria de los primitivos actuales, partidarios decididos de seguir la línea del mínimo esfuerzo. Esto retarda y complica los trabajos, pues la obtención de los materiales arqueológicos no puede hacerse más que un poco al azar, después de múltiples sondeos y, aunque el subsuelo no parece haber sido voluntariamente removido con objeto de buscar o destruir dichos materiales, la dispersión de las piedras de los muros — y aun las de los cimientos de aquellos — es tal, que no es posible reconocer fácilmente los antiguos contornos y límites de las casas. La tarea se reduce, pues, en muchos casos, a una mera extracción de materiales, sin poder, como en otros yacimientos, de-

terminar su asociación dentro del ajuar doméstico de viviendas determinadas.

Desde este campo se divisa un erizado horizonte de cerros. Ante nosotros está el monte Arauyo, que permanece todo el día con su cima oculta por la niebla (fig. 75). Lejos, a la derecha, tras la quebrada de Iruya, el pico agudo de Peñas Negras y más lejos aún la sierra de Valle Delgado, por donde anduve en 1934, en mi primer viaje a Cuesta Azul.

La llegada hasta este elevado lugar me ha permitido obtener, durante el viaje, y desde lo alto, una magnífica vista de parte del río Iruya, desde Arca-yo hasta su unión con el de San Pedro y, aun, buena parte del recorrido de



Fig. 76. — También en Chaupí Loma es dable observar el caso del antiguo «maray» conservados para usos modernos

este último, alcanzando a columbrarse algunas de las casas de Higuera, pueblecillo que queda situado, como está ya dicho, en la ribera de la confluencia de ambos ríos.

Tras una breve marcha, hallo, junto a una casa actualmente ocupada por un vecino, otra tabla lítica de moler, acompañada por su gruesa trituradora, del mismo tipo que las ya señaladas como existentes en Cuesta Azul e Higuera, aunque tampoco tiene el tamaño excepcional de la primera (fig. 76). Es curioso que todavía hoy los habitantes de la región reserven el nombre de «maray» para estos artefactos líticos, cosa que indica una supervivencia extraña del término empleado primitivamente para designar a los grandes dispositivos de piedra en los que se trituraban los metales destinados ulteriormente a ser fundidos en las «huayras» u hornillos de viento instalados

en los altos lugares en los que soplaba reciamente el vendaval <sup>1</sup>. Este dato lingüístico robustece mi primitiva impresión, ya registrada en estos relatos de viaje al hacer el de 1934, de que estas grandes mesas de piedra que he hallado se utilizaran, primitivamente, en aquella faz de la industria metálica autóctona.

Los trabajos en este lugar prosiguen, pese a todos los inconvenientes. La falta de interés, como yacimiento arqueológico es, sin embargo, evidente al poco tiempo. El resultado de las búsquedas es bastante pobre. El subsuelo está embebido de humedad, de tal suerte que la cerámica que es posible encontrar resulta sumamente destruída. Su hallazgo se opera en muy escasa cantidad, estando constituída, sobre todo, por fragmentos de factura muy tosca, generalmente sin pintura y de grano grueso. Esta mala calidad y esta pobreza de la alfarería está en consonancia con lo que ocurre en otros yacimientos regionales y es, por lo tanto, cosa prevista. Aquí se hace aún más patente por los inconvenientes de la condición de humedad del subsuelo, antes mencionada.

Sin embargo, de tanto en tanto, se encuentran otros fragmentos — « ties-tos », como acá se les llama — que corresponden a una cerámica de calidad mucho más fina, de grano pequeño, y cuya decoración consiste en una pintura de reticulados y rayas negras sobre fondo rojo. Infaustamente, tampoco es posible hallar piezas enteras o, por lo menos, fragmentos concordantes de un mismo vaso. Todos los trozos son pequeños, no excediendo de seis o siete centímetros de largo, en los mejores casos, y absolutamente aislados entre sí.

Comparativamente, el material lítico es mucho más abundante. El ejemplar típico es la pala plana, cuyas piezas, ya enteras, ya fragmentadas, aparecen con mucha mayor frecuencia que todo otro objeto de piedra. Los primitivos habitantes del lugar han utilizado también rompecabezas redondos de piedra, trituradores de granos de diferentes formas, molinos, morteros y manos, hachas planas, etc.

El material antropológico aparece, igualmente, en pésimo estado. Sólo por excepción puede salvarse un cráneo.

De las casas, según queda dicho, no resta otro vestigio que las puertas y algunos cimientos de *pircas*, subterráneos, que la acción invasora y demolidora del hombre moderno no ha alcanzado a destruir. Para las primeras se han utilizado esas gruesas piedras, que se han afianzado sólidamente en tierra, manteniéndoselas por medio de umbrales también de piedra, sólidamente acuartados para servir de refuerzo contra la presión lateral de las paredes. De éstas no queda otro rastro que las numerosísimas piedras dispersadas al azar por el suelo. La construcción de corrales modernos, que se ha verificado, sin ninguna duda, utilizando como materia prima las viejas construcciones y, naturalmente, a expensas de su integridad, y el paso frecuente de

<sup>1</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguítas*, cit., 335.

los ganados, particularmente ovejuno y caprino, para los que dichas nuevas construcciones están destinadas, han destruido todas las antiguas edificaciones que aun emergían del suelo.

Aun hoy se verifica, diariamente, el tránsito de aquellos animales. Al amanecer y al caer la tarde, los balidos de las cabras y de las ovejas — que eran llevadas a los terrenos de pastaje o traídas de ellos a los corrales, con gran despliegue de gestos y de gritos (fig. 77) — ponían en el ambiente una nota bucólica, débil compensación, por cierto, de los destrozos causados por sus dueños en nuestro yacimiento.



Fig. 77. — Yacimiento de Chaupi Loma, transitado regularmente por cabras y ovejas que han contribuido grandemente al mal estado actual de dicho «antigal».

Por ello, sólo me ha sido posible hallar dos trojas subterráneas y una curiosa cámara más, también subterránea — igual en su construcción a la cámara sepulcral que encontré en un viaje anterior en Huayra Huasi, y de la que trató en el lugar pertinente — pero que revisada en su interior no ofreció ni siquiera el deteriorado material antropológico y el parvo ajuar funerario que encontré en aquélla.

Como aquel lugar, por el cúmulo de circunstancias que quedan expresadas, no diera mayor resultado, resolví abandonarlo y volver a trabajar en alguno de los yacimientos que ya había investigado en viajes anteriores y que yo sabía suficientemente ricos como para obtener abundantes materiales. Estos días pasados en exploraciones infructuosas, cuando el tiempo de que dispongo es tan breve, me incitan a ello.



Además, otra razón, más importante que las anteriores, pues es de orden científico y no práctico, me impulsa a volver a alguno de los viejos yacimientos que trabajé en 1934: aquellas investigaciones fueron hechas en forma parcial, sin agotar la búsqueda en ninguno de los yacimientos visitados. Mi intención, en tal momento, era la de tener una visión panorámica de ese territorio, arqueológicamente desconocido, anotando sus posibilidades para investigaciones ulteriores. Ahora, finiquitada esta primera parte del trabajo, conocidas por mis extensas recorridas de los años anteriores sus principales ruinas, me parece llegado el tiempo de insistir con más dete-



Fig. 78. — Quebrada de San Pedro y río del mismo nombre, a poco de partir de su intersección con la quebrada y río Iruya

nimiento en algunas de las que han ofrecido mayor interés en la exploración preliminar.

Por todo ello, pues, resolví abandonar el yacimiento de Chaupi Loma y marchar hasta el de Rodeo Colorado, en el que había encontrado, por primera vez, aquellas curiosas vasijas tubulares, uno de cuyos ejemplares más hermosos, transportado a costa de mil esfuerzos, está en exposición en una de las salas a mi cargo de nuestro Instituto del Museo.

El día 15 de febrero, a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, abandonamos el campamento de Chaupi Loma e iniciamos el rudo descenso hacia Higueras. Lo que habíamos subido en dos horas, lo bajamos en algo menos de una y media. Este fuerte descenso me permitió advertir, de nuevo, hasta qué punto es de notable la gran diferencia de nivel entre ambos luga-

res. En Higueras dejamos al cuidado de un vecino, Froilán Zambrano, las cosas que habíamos obtenido en Chaupi Loma, para que, días después, las transportase hasta Iruya. Minutos más tarde proseguíamos el viaje. Tomamos por la Quebrada de San Pedro, comprobando, con la satisfacción consiguiente, que este río no se presentaba tan infranqueable como las copiosas lluvias de los días anteriores podían hacer esperar (fig. 78). Sin embargo, debí enviar a dos de mis peones, Olegario Domínguez y Ramón Chosco, que se hallaban de a pie, por el camino, un poco más accidentado, del alto de los cerros, pues si el agua no parecía ser mucha para un hombre montado, quizás resultara excesiva para el que intentara los continuos vadeos del San Pedro sin esta ayuda del ejercicio ecuestre. Los demás, que íbamos montados, seis personas en total, con más las mulas cargueras, lo hicimos por el bajo (fig. 79 *a* y *b*), arrojando la frecuentación del río y utilizando su cauce.

Las lluvias de todos los días precedentes habían engrosado abundantemente sus aguas, que poseían una rapidez vertiginosa. Avanzamos, sin embargo, por él, y le fuimos cruzando, una y otra vez, a cada revuelta del camino. Una de las mulas de carga, una pequeña, parda, me inspiraba serios temores, pues su poca alzada, su exiguo cuerpo y su cansancio, me hacían prever que ofrecería muy poca resistencia al empuje arrollador de las aguas, en cuanto llegáramos a un mal paso. Los peones y yo la vigilábamos de cerca.

El punto más peligroso del cruce de este río parecía encontrarse, según los informes recibidos en Higueras en el instante de la partida, en Zapallar, lugar en el que el río San Pedro acrece sus aguas con las de un torrente que baja del Abra de Zapallar, engrosando, así, considerablemente su cauce. Efectivamente, el cruce fué bravo, pero se realizó felizmente. Ya creíamos habernos puesto definitivamente al abrigo de acuáticas sorpresas, cuando — al continuar el avance por la Quebrada de San Pedro, luego de varios pasos fluviales sin importancia — nos encontramos a la vista de la casa de mi amigo don Justino Gutiérrez, en Taco Pampa. Allí el cauce se estrechaba peligrosamente y las aguas adquirirían una violencia extraordinaria. Frente a la casa era imposible el paso: aquello era un torrente embravecido, en cuyo lecho los gruesos pedrones levantaban cascadas turbias.

Avanzamos algo más, costeano el lecho, sin atrevernos a penetrar en él y el paso pareció más hacedero. El peón Beltriz Bustamante se lanzó con su recio caballo, y deslizándose oblicuamente y a favor de la corriente lo cruzó con acierto. Todos nos dispusimos a hacer lo propio, estoicamente. Dispuse, entonces, que los demás peones, incluso mi « mozo de mano », a quien confié el cuidado de la pardita, se encargaran de vadear el río llevando del cabestro a las mulas cargueras. La cosa se hizo, aunque no sin dificultades, pues apenas entró en el agua la mulita más pequeña, ella le cubrió casi el aparejo y la proyectó fuertemente contra el fornido alazán de mi « mozo ». Este sirvió de freno y, después de un momento angustioso en



*a*



*b*

Fig. 79. — *a*, Viaje de Higuera a Taco Pampa. Tránsito por la quebrada de San Pedro;  
*b*, Otro aspecto de este mismo viaje, por dicha quebrada

el que no supe a ciencia cierta si la pardita podía o no ser sacada a remolque, la vi asomar en la otra orilla.

Entre tanto, yo mismo había entrado en el agua con mi mula, seguido a corta distancia por García. No sé, realmente, si la preocupación por seguir las evoluciones de la pobre carguera me hicieron desviar un poco del camino que había que seguir oblicuamente de una a otra orilla, o si éste, a fuer de transitado había perdido alguna de las piedras de su fondo, arrastrada por la fuerza de la corriente, pero mi mula se sintió fuertemente sacudida y perdió pie. Intentó enderezarse y se ladeó, debiendo yo enton-

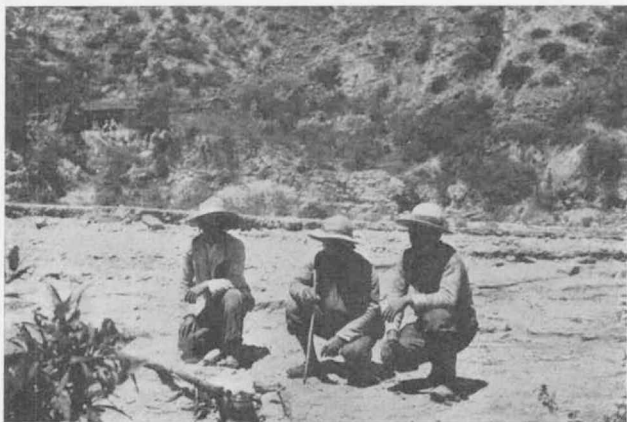


Fig. 80.— La preparación del almuerzo, en Taco Pampa, después de nuestro « naufragio ».

ces equilibrarla echando a mi vez el peso de mi cuerpo hacia el lado del que venían las aguas. Durante un momento luchamos ambos bravamente para restablecer el equilibrio, en tanto que las aguas nos arrastraban. Por fin, conseguí que hiciera pie de nuevo y ahí quedó, cerca de la orilla opuesta, firmemente parada y haciendo fuerza con todo su peso para resistir la formidable correntada. Inmediatamente de obtenido esto, me di vuelta en la silla y vi a García, cuya mula estaba casi completamente sumergida, que venía hacia mí « a la deriva ».

Felizmente, acentuando la inclinación de mi cuerpo, alcancé a tomarlo de un brazo, le contuve conmigo y aguanté el choque. La misma fuerza del agua, retenidos como estaban él y su mula por mí, les obligó a virar en dirección favorable. Su animal hizo pie y consiguió salir del río. En cuanto a la mía, temerosa de perder de nuevo contacto con el suelo, presintiéndose

jugnete de la corriente en cuanto aflojara, se mantenía tiesa e inclinada, sin que azotes ni vigoroso taloneo consiguieran decidirla a la marcha. El instante era crítico, pues alguna gruesa piedra arrastrada por el impetu mismo de la corriente podía poner fin a su resistencia y a la mía. Afortunadamente mi « mozo », Egidio Poclava, volvió a echarse al agua, con su caballo especialmente hábil para el paso de los ríos y tomando a mi mula del cabestro, tras algunas tentativas infructuosas en que pareció que uno y otro íbamos a ser llevados por el turbión desencadenado, consiguió sacarla a la orilla. El episodio no pasó de una regular mojadura, para gentes y carga, sin que, felizmente, alcanzara a los objetos científicos, que iban bien protegidos. El fuerte sol salteño se encargó de curar esos pequeños males.

Mientras nos secábamos, se preparó un asado (fig. 80). Un poco de queso de cabra, bizcochos, duraznos y café, restauraron nuestras fuerzas y continuamos el viaje casi a las quince justamente en el momento en que Justino Gutiérrez, con gran acompañamiento de jinetes, provistos de « cajas », arques y banderas blancas, aparecía en brillante y bulliciosa cabalgata, en el filo del alto, en la otra banda. No quise esperarlo, pese a mi simpatía por él y a mi deseo de darle un abrazo, primero porque teníamos aun por delante un largo viaje y segundo por temor de que nuestra abstemia seriedad científica desentonara demasiado vivamente con el ambiente festivamente alcohólico de sus acompañantes. Colegi, por algunos datos dispersos, que habían estado marcando vacas en el alto, tarea rural que anualmente se realiza en todas las haciendas de la zona para toda clase de ganados, con gran despliegue de chicha y abundantísimas libaciones y cuya fiesta inicia, con frecuencia, el largo Carnaval serrano <sup>1</sup>.

Todo el resto del viaje fué una larga subida (fig. 81 a) — por un camino a veces tan estrecho que nuestras cargueras « pechaban » — hasta Rodeo

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La señalada, La Nación*, Buenos Aires, 24 de abril de 1938. Antes de esta reciente descripción, ya el creador de la arqueología argentina había hecho algunas alusiones a estas pintorescas ceremonias, aunque omitiendo detalles esenciales. El « casamiento » de los animales aparece en: JUAN B. AMBROSETTI, *Antigüedades calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy, Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LIV, 81, Buenos Aires, 1902; JUAN B. AMBROSETTI, *Notas de arqueología calchaquí, Boletín del Instituto geográfico argentino*, XVII, 545 y siguientes, Buenos Aires, 1896. De la misma manera, la escena ritual del entierro de ciertos trozos de oreja o de rabo, es recordada por el mismo y por algún otro autor posterior: JUAN B. AMBROSETTI, *Contribución al estudio del folk-lore calchaquí. Costumbres y supersticiones en los valles calchaquíes (provincia de Salta), Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XLI, 68, Buenos Aires, 1896; BOMAN, *Antiquités*, etc., cit., 495. Por su parte BOMAN incurre en errores respecto de algunos detalles narrativos y de interpretación en varios puntos de su relato: BOMAN, *Antiquités*, etc., cit., 496-497. En cuanto a mi reciente descripción, ha sido juzgada últimamente por el profesor Vignati como « vivida aguafuerte », entendiendo que ha sido hecha « con brillo y colorido, en forma circunstanciada »: MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, « *Novissima veterum* », *Hallazgos en la puna jujeña, Revista del Museo de La Plata* (nueva serie), sección antropología, I, 77 y 87, Buenos Aires, 1938. Su proverbial parquedad en el elogio, hace aún más grato su juicio acerca de este trabajo descriptivo.



*a*



*b*

Fig. 81. — *a*, La subida de la cuesta de Taco Pampa; *b*, Detalle de la misma en que se advierten, en el bajo, las casas de Justino Gutiérrez y Juan Herrera

Colorado. En esta ascensión vemos cómo va quedando pequeña la amplia casa de Justino (fig. 81 *b*) y cómo aparece, en la otra banda, la hermosa casona, con vastas arcadas, de don Juan Herrera, en tanto que se perfila, frente nuestro, y quebrada por medio, allá abajo, la población de San Pedro (fig. 82).

Paramos, como lo hiciera yo en 1934, en otra casa del mismo Justino, en el alto, en cuyo patio, ya anochecido, alzamos nuestra carpa. Aunque



Fig. 82. — En el bajo, el pueblcillo de San Pedro, visto desde las alturas de Taco Pampa

hemos andado a lomo de mula, casi ininterrumpidamente, desde las nueve menos cuarto de la mañana — contando como únicos descansos la breve parada en Higueras, el almuercito en Taco Pampa y una que otra ajustada de cincha, requerida por los altibajos del terreno — y llegamos a Rodeo Colorado a las ocho y media de la noche, lo que hacen algo más de once horas para la jornada, ninguno de nosotros está derrengado. La carpa es levantada y ajustada con prontitud y se trata de encender fuego y calentar agua para la comida.

Una pequeña decepción nos aguarda : la leña es escasa y está húmeda. Los palos verdes del churqui, las raíces terrosas de la tola, las hojas finas y apla-

nadas de la tarasca, arrojan un humo espeso sin alcanzar a mantener la llama. Inútil fué que, para avivar el fuego, recurriéramos a remedios heroicos, cual el de arrojar a él un cabo de vela de estearina, útil artimaña que sólo tiene la insignificante desventaja de que, en caso de conseguir prenderlo, toda comida hecha en éste resulte de un fuerte gusto a sebo... En verdad, casi no pudimos comprobarlo, pues, a duras penas, se consiguió hacer arder la suficiente cantidad de leña como para hervir una pava de agua. Dos jarros de café por cabeza fueron toda nuestra comida y así ganamos los catres a gozar de un merecido descanso.



Fig. 83. — Emplazamiento del yacimiento arqueológico de Rodeo Colorado

El yacimiento ocupa un lugar hermoso, entre Uñachana y Abrita Colorada, con una espléndida perspectiva de montaña (fig. 83). A su frente se halla el Abra de las Sepulturas, que — pese a su nombre funerario — no evoca ideas en consonancia. El verdor de los campos, que gracias a las últimas y fuertes lluvias están cargados de pastos, es brillante. El primer rayo de sol, que aparece sobre el filo mismo de la cresta de la montaña, me despierta. Poco después, gano el « antagal » cercano.

Este se extiende a menos de cien metros de la casa de Justino. Las construcciones que lo forman, están constituidas casi completamente por derruidas viviendas y muros de contención de tierras. Se extienden sobre la ladera, quedando, por lo tanto, escalonadas. Las seis casas trabajadas por mí en 1934 se encuentran en la parte inferior, vale decir, al mismo nivel de la casa de Gutiérrez. Ahora, procedo a excavar una de estas grandes viviendas



elípticas, que queda en el mismo plano de las anteriores, y resuelvo continuar, luego, haciendo lo propio con las del nivel inmediatamente superior, para ir, de esta suerte, subiendo por la ladera, a medida que se vayan desarrollando los trabajos. Dada la configuración del terreno esto es lo más aconsejable, para que la tierra que se desmonte pueda ser arrojada, cada vez, hacia el nivel inferior, ya explorado.

El suelo está cubierto de arbustos (fig. 84 a). Aun sobre la tierra removida en mis anteriores excavaciones, crecen lozanas las plantas silvestres. Hay ataques, que presentan una florecilla amarilla, pequeña, muy vistosa, que contrasta con la flor rosada de las alaltuyas y con el azul intenso de los lirios del campo. Hay tolas, cuyas raíces son terribles enemigas del arqueólogo, pues parecen especializarse en atravesar, hasta pulverizarlas, las paredes de los vasos. Cerca de la casa de Justino — que no es de adobe, como aquí generalmente se acostumbra, sino de piedra con un mortero de barro — se extiende un campito suavemente ondulado en el que el viento mece suavemente la blandura fragante de los romerillos, cuyas delicadas florecillas blanqui-azules forman un nevado manto. Y hasta sobre el techo de la casa, que está construido de una mezcla de barro amasado con antiquísimos trocitos de cerámica, piedrecillas y pajas, se yerguen airosas las flores, violeta y oro, de la papa de campo o papa yuto.

Dada esta invasión vegetal en cada una de las viviendas indígenas que hemos de excavar, el trabajo supone una tarea previa de limpieza del terreno, desyerbando el mismo y retirando las piedras que antaño pertenecieron a la parte superior de los muros y que hoy yacen en el suelo (fig. 84 b).

Desgraciadamente, como en tantos otros casos, los actuales habitantes del lugar — los « vivos » del lugar, como decía bellamente uno de mis peones — han utilizado estas piedras para levantar las pircas que separan sus heredades, y aun, como en el caso de Justino, para construir sus propias viviendas y trazar los corrales para sus ganados. Esto equivale a una destrucción sistemática de aquella arquitectura primitiva, para utilizar sus despojos en las necesidades actuales.

Uno de los hechos de geografía humana que más llaman la atención en el lugar, desde el punto de vista de esta superposición, en el orden del tiempo, de poblaciones desvinculadas entre sí por el nexo racial y que coinciden, sin embargo, en utilizar las mismas ventajas del terreno o los mismos materiales acumulados por la naturaleza, es la que se refiere a la provisión del agua, a la que hice somera referencia al final de mi descripción de 1934. En efecto, existe acá, en la parte baja del « antigal », un ojo de agua que fluye permanentemente, con mayor o menor abundancia. Para evitar que un desmoronamiento de tierra lo cegase, los habitantes primitivos elevaron allí uno de sus muros de contención. El hombre actual ha perfeccionado la obra, constituyendo con tres o cuatro piedras una pequeña boca de salida para el precioso líquido y un reducido estanque de embalse, al que llevan a beber a sus animales.



*a*



*b*

Fig. 84. — *a* y *b*. Primeros trabajos en el terreno en Rodeo Colorado, en donde las viviendas aborígenes, elípticas, están cubiertas de vegetación

El yacimiento es muy grande y está formado por un importante conjunto de viviendas elípticas, caminos intermedios y pircas excéntricas de cultivo. A las seis casas que exploré anteriormente, puedo agregar doce más en este viaje, de las que extraigo un material, cuidadosamente documentado, que se eleva a más de las trescientas piezas.

Desde luego, hay una enorme superioridad del material pétreo. Lo típico,



Fig. 85. — Pocos vasos enteros pueden ser extraídos. Casi ninguno de ellos presenta decoración

sigue siendo la pala plana, como en Chaupi Loma, la cual, fragmentada o entera, se presenta en gran cantidad. El único tipo de hacha que es dable encontrar es el plano, pues no las hay de otra forma. También es posible hallar, aunque con menor frecuencia, morteros, manos de mortero, trituradoras de granos de diversos tipos, rompecabezas, etc. La cerámica es escasa (fig. 85), no apareciendo vasos enteros que presenten decoración incisa o pintada. Los ejemplares enteros, ya ollitas de uso doméstico, ya urnas funerarias, ya pequeños pucos que forman parte del ajuar de las tumbas, no

ostentan decoración alguna, o presentan, en raras ocasiones, un decorado con reticulaciones muy someras. Es dable señalar este enrarecimiento en la cantidad de su cerámica y preguntarse su causa, que debe obedecer a razones múltiples. Sin embargo, la existencia en estas viviendas de pequeños fragmentos de cerámica pintada, y de un tipo que se repite de alfarería incisa sobreelevada, hacen pensar que los habitantes de estas regiones — como



Fig. 86. — Otro tipo de cerámica hallada : ápada y sin decoración

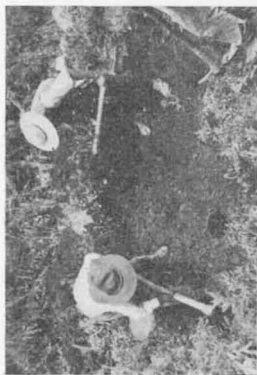
otros antiguos pueblos del noroeste argentino: los omaguacas, los diaguitas — tenían la costumbre de «matar» la cerámica, vale decir, de destruirla voluntariamente a la muerte de su poseedor, salvándose sólo las urnas funerarias, los pequeños vasos que acompañaban a los restos y una que otra vasija que, de alguna manera, quedaba asociada a los objetos afectados a este culto de los muertos, y que debían de quedar enteros por razones obvias (fig. 86). En la figura 87 *a, b, c* y *d*, ilustro el proceso de extracción de vasos íntegros.



*a*



*b*



*c*



*d*

Fig. 87. — *a, b, c y d*, Cuatro instantes del proceso de extracción de vasos enteros, en Rodeo Colorado, desde el momento de apartamiento de la laja de piedra que los sirve de tapa, hasta su total desligamiento del subsuelo de la vivimela en que yacían

Entre los restos de cerámica encontrados, debo mencionar, especialmente, mis vasos tubulares, que vuelven a aparecer en estas búsquedas con la misma profusión que la primera vez. Desgraciadamente, todos ellos están rotos por la acción penetrante de las raíces o por la presión misma de la tierra, y aun deteriorados completamente por la intensa humedad del subsuelo, de tal manera que me ha sido imposible extraer alguno entero. En ciertos casos estos elementos de cerámica se encuentran a un nivel inferior aun que el de las cámaras funerarias (lám. XI *a* y *b*). En cambio, me fué dable obtener un curioso tipo de gran urna funeraria, ápoda, y que ostenta, como rasgo distintivo, dos grandes asas verticales cerca del cuello.

La metalurgia ha dado sus ejemplares, aunque, naturalmente, harto escasos. Se trata, siempre, de objetos de cobre, único metal que aparece en los útiles que he podido obtener en esta nueva serie de investigaciones. Las piezas principales son grandes brazaletes, un anillo, placas pectorales con agujero de suspensión, ya romboidales, ya redondas, cinceles, manoplas, etc. También puedo obtener algún cráneo en buenas condiciones.

Dentro de cada una de las viviendas exploradas continué encontrando tres tipos diferentes de entierro: en cámaras sepulcrales pircadas, generalmente redondas u ovaladas (fig. 88 *a* y *b*), aunque esporádicamente puedan presentarse otras formas poligonales, en urnas y en simples hoyos redondos en la tierra.

En el primer caso, es sumamente interesante observar como una regla de conducta en la construcción de estos recintos, que casi siempre se cumple, el hallazgo — inmediatamente después de las lajas que sirven de tapa, formando parte de la hilada superior de piedras que constituyen la parte más alta de la *pirca* — de una o varias palas planas y, a veces, aunque con menos frecuencia, manos de mortero, piedras de moler u otros objetos. Mas aun, en algún caso de recinto pircado en el que figuraban interesantes objetos de metal y otros elementos accesorios de ajuar funerario, las palas planas que aparecían incorporadas a la *pirca* eran de un tipo especial, finamente trabajadas, de buen tamaño, forma sumamente armónica y dotadas de grandes aletas, altamente decorativas.

Todavía, como un agregado más a este empleo de las palas planas como instrumental asociado a un culto de los muertos, debo agregar que en una de las casas, una ollita utilizada como urna funeraria estaba cubierta por una pala plana de tipo común, que le servía de tapa en vez de la laja habitual. Este hallazgo, tan reiterado, de palas planas en la pared de las cámaras sepulcrales replantea el interrogante que formulé en ocasión de mi anterior viaje.

Varios son los objetos que por su rareza o su trascendencia merecerían una enunciación especial, desde las puntas de flecha, elemento del ajuar doméstico tan común en otras partes del territorio argentino y que yo he encontrado por primera vez en este yacimiento en esta cuarta expedición. Del resto de los interesantes objetos hallados, sólo mencionaré aquí un pequeño rostro antropomorfo, esculpido en una piedra redonda con un arte



*a*



*b*

Fig. 88. — *a*, Forma cómo aparecen en el subsuelo de las habitaciones, en Rodeo Colorado, las grandes lajas de piedra que sirven de tapa a las cámaras sepulcrales; *b*, Detalle de la misma excavación al levantarse dicha tapa.

supremo y un extremado sentido de la estilización, y una nueva flauta de Pan, en piedra blanda.

Este nuevo hallazgo — cuya procedencia no puede extrañar si se recuerda que Eric von Rosen publicó otra encontrada en Iruya <sup>1</sup> — me permite señalar que de las cuatro únicas piezas de este tipo cuyo hallazgo en el país es conocido por sus descripciones científicas hasta el presente, he sido el afortunado descubridor de la mitad. Pronto espero publicar, como lo hice con la que hallé en la Quebrada de la Cueva (prov. de Jujuy) <sup>2</sup>, esta hermosa pieza.

Hemos trabajado una docena de días en Rodeo Colorado, desde que el sol aparecía tras de la montaña, en la mañana, hasta que las cigarras comenzaban a cantar por la tarde, pues « el canto de las cigarras es el reloj de los peones », como decía, sentenciosamente, mi viejito Chosco. El tiempo ha sido suficientemente detestable. Varias veces al día hay chubascos, que el fuerte sol montañés se encarga pronto de evaporar. Los peones trabajan estoicamente bajo el agua y García y yo comenzamos a hacernos una psicología de vigilante de campaña, aguantando la lluvia en lo alto de la *pirca*, para dar el ejemplo.

Las nubes se deslizan por los vericuetos de la montaña como zepelines gigantescos, ambulan sorteando las puntas de los montes o se posan en ellos, oscilan en el cielo abierto al azar de los vientos y de pronto, traicioneramente, se desgarran sobre nosotros, regándonos encarnizadamente. Este juego de las nubes, con todos sus cambiantes alucinadores, es una de las bellezas más cautivantes del lugar. Es una serie de mutaciones perfectas, tanto por lo imperceptibles como por lo inesperadas. Me apropio, fotográficamente de las más bellas, en un intento desesperado de aprisionar aunque sea la imagen de tanta hermosura fugaz e inasible (fig. 89 a y b).

A veces el canto del papacheucha, con su gorjeo final, anuncia la terminación de la lluvia. Este humilde pajarito plumizo — con su cabecita curiosamente listada de negro y blanco, como encanecida de precoz sabiduría — conoce, antes que nosotros, cuándo va a cesar de llover y canta alborozado, entre las últimas gotas, anunciando a todos los vientos la inminente reaparición del sol. Esta parece ser la señal para que renazca la algarabía de las aves. Y hasta una pareja de cheros, persiguiéndose en sus juegos alados, deja oír su ¡brrr! penetrante...

A punto de terminar mis tareas en este yacimiento, empieza a preocuparme el problema del transporte de los cuantiosos materiales obtenidos. La circunstancia, ya anotada, de ser en su mayoría objetos de piedra, muchos de ellos de respetable peso y dimensiones, crea un motivo más de meditación. Comienzo a realizar las indagaciones necesarias, tratando de hallar, entre los vecinos, quienes quieran fletar mulas o burros para la carga. Vano

(1) ERIC VON ROSEN, *En Förgangen Värld*, 381-383, Stockholm, 1919.

(2) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Una nueva flauta de Pan lítica del noroeste argentino y el área de dispersión de esta clase de hallazgos arqueológicos*, *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 315-331, Buenos Aires, 1934.





a



b

Fig. 89. — a y b, Juegos de nubes en las cumbres de Bocho Colorado

empeño. Mis relaciones con los « vivos » del lugar no han sido exageradamente amistosas. Son huraños, retraídos, herméticos. Más aun, adivino que, al cruzar recelosamente por la vera del « antigal », contemplan con piadoso horror mis investigaciones. Todos ellos tienen un temor evidente, visible, no sólo a trabajar en este género de actividades, sino también a complicarse de alguna manera en ellas. Así, por ejemplo, niegan toda información respecto a lugares antiguamente ocupados por los primitivos habitantes, aun en casos en que es notorio, para los ojos del arqueólogo, que allí existan rastros de antigua habitación y permanencia.

Por otra parte, sus ideas respecto a mis posibilidades económicas están, desgraciadamente, muy por encima de la realidad. Todo es motivo de solitudes de dinero, la mayor parte de las veces francamente exageradas. Hasta han llegado a permitir que mis animales invadan sus chacras, para luego venir a reclamar indemnizaciones monetarias. Los alimentos frescos que requiero — choclos, papas, « angolinas » (que es como aquí se llama a los zapallos), carne y frutas — me son cobrados a precios de extranjero. Y una sorda hostilidad, que no por callada se hace menos evidente, sigue mis actividades en el terreno. Pienso que se alegrarán de vernos partir, ya que nuestra desaparición del lugar tranquilizará a los estremecidos espíritus de los « antiguos » a quienes venimos a arrancar de su sueño, y que, por lo tanto colaborarán en que pueda marcharme con las cosas.

Mi argumentación es demasiado simple para ser cierta. Encuentro en todos los vecinos formal, aunque pasiva, resistencia. « No hay de ser », parece la consigna. Por fin uno de ellos admite alquilarme dos burritos, que llevará él mismo hasta Iruya, pero dos días después de haber venido con los animalitos por la carga, y de habérsela llevado a su casa con el compromiso de transportarla al día siguiente, envía al campamento a un amigo suyo con el encargo de hacerme saber que no podrá hacerlo y que yo mande a buscar las piedras a su domicilio... El amigo, a quien demuestro el perjuicio que esta informalidad me causa, afeándole aquella conducta, aprovecha la oportunidad para pedirme trabajo... por un día. No tiene dinero y, ante el temor de comenzar Carnaval sin un cobre, se « arriesga » a ocuparse en estas terribles tareas. La proposición no me entusiasma, pues estamos ya finiquitando la exploración de la undécima casa y la cantidad de material extraído es muy crecida, sin saber cómo podré arreglarme para transportarlo. Sin embargo, por congraciarme al vecindario, resuelvo emplearlo. Se va, tras un indiecito astroso que aparece tocando un tambor y haciendo lo que aquí se llama « la propaganda » del Carnaval<sup>1</sup>, y prometiendo presentarse al trabajo al día siguiente. Naturalmente, no vuelve. Quién sabe en el fondo de qué turbio vaso de chicha habrá olvidado su propósito...

Ante esta defección final, sospechada y casi prevista, resuelvo echar

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Humahuaca, Agua-fuertes sobre el hombre y la naturaleza*, *La Nación*, Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

mano de mi amigo don Justino Gutiérrez — a quien ya he tenido que recurrir en días anteriores para obtener que sus arrenderos me vendiesen carne — cuya buena voluntad descuento. Le escribo, pues, una carta, narrándole mis cuitas y se la envió con uno de mis peones, en tanto que los restantes acometen la tarea de desbrozar el terreno ocupado por la última casa.

La respuesta me llega al caer la noche. Justino, con una celeridad que nunca podré agradecer demasiado, se ha puesto en movimiento de inmediato y me ha reunido, sobre el tambor, la cantidad de animales que le solicitaba. Junto con la respuesta, aparece una larga fila de « ministros » —



Fig. 90. — Terminación de las excavaciones en Rodeo Colorado : los peones acaban de excavar la casa número 18

como se suele llamar a los burritos en Salta — con su menudo paso característico. Aparejos, coyuntas, lacillos, bolsas, todo lo necesario, en fin, para la carga, viene, asimismo, en cantidad suficiente.

Mis peones, que desean fervientemente terminar su Carnaval en Iruya, respiran. Su impaciencia carnavalesca los había puesto ya al borde de la insurrección. Ante la imposibilidad de retenerlos por más tiempo — el prestigio del Carnaval y de sus delicias alcohólicas es demasiado fuerte — debo transar y la partida queda decretada para las primeras horas de la mañana siguiente.

Habíamos resuelto nuestra salida para las ocho, pero eran las once y nadie aparecía. En el interín, los peones han limpiado de sus últimos vestigios arqueológicos a la última de las viviendas elípticas que allí he hecho

excavar (fig. 90). El capataz de Justino, a quien se le habían llevado los animales con orden de ponerlos a mi disposición al día siguiente, « andaba por la otra banda », según pude informarme, y de los rucios no se veía ni el pelo. Nuestra carpa estaba deshecha desde tres horas antes, dejando limpia de su advenediza presencia el patio de la casa de piedra de Justino (fig. 91 *a* y *b*), nuestros caballos y mulas ensillados, nuestra carga acondicionada, para ponerla de inmediato sobre el lomo de los animales, pero éstos no aparecían. Recién a las doce, cuatro horas después de lo convenido, se presentó el capataz con el peón que debía de hacernos compañía.

En realidad, todos los conceptos, y hasta las categorías mentales que nos son más comunes, tienen, en esta remota Argentina, otro significado. El dinero posee un valor muy relativo — aunque no sea indiferente lograrlo del extraño que hasta allí se llega — completamente distinto del que logra en la metalizada Buenos Aires. La noción de distancia es siempre vaga e imprecisa. Las distancias no cuentan : « ahicito, no más », quiere decir que aun faltan dos o tres leguas... Y en cuanto a la idea de tiempo, no hay nada que ponga más a prueba los nervios de un bonaerense, acostumbrado a marchar con rapidez y a obtener los resultados que busca puntualmente, que el ningún valor que se le asigna. Algunos de los datos arriba expresados, pueden servir a manera de ejemplo.

Por todas las incidencias relatadas, eran las doce y cuarto cuando salimos de Rodeo Colorado, rumbo a Valle Delgado, con ánimo de llegar en una sola jornada de camino hasta Iruya (lám. XII *a*). Al partir reuní a mis hombres, que tenían sobre sí una labor extraordinaria, pues no sólo debían vigilar las mulas y burros cargueros, sino conducir a la espalda, en sus ponchos, las más grandes vasijas de cerámica, que durante el día anterior el viejito Ramón Chosco, mi peón experto, se había encargado de « chipar » convenientemente con tientos de piel de chivo (lám. XII *b*). Les expliqué que, dadas las circunstancias del crecido número de animales que llevábamos y de las presuntas dificultades del camino, que sin duda exigirían repetidas veces « componer » la carga, era menester que no se separaran y, luego de adoctrinarlos, di la orden de marcha.

Costeando los faldeos, llegamos a la escuela nacional, cuya techumbre perfecta, recién arreglada, y cuyas pulidas paredes contrastan con el estado de dejadez de la mayoría de las demás construcciones lugareñas. Este edificio es otra de las propiedades de Justino Gutiérrez, el terrateniente que tan poderosa y decisivamente ha contribuido para lograr mi evacuación feliz de esta lejana zona (fig. 92). Empezamos la fuerte bajada de la Quebrada de Puto, para salir, en la otra banda, a Valle Delgado. Allí almuerzo, a eso de las quince y media en casa de mi antiguo conocido don A. F. a quien encuentro en posesión de su vigorosa vejez. Sale a recibirme — a recibir al « ingeniero », pues en estas regiones de montaña toda persona importante no es « doctor » como en la ciudad, sino « ingeniero » — y dispone lo necesario para que yo pueda almorzar con mi séquito.



*a*



Fig. 91. — *a* y *b*, Dos aspectos del patio de la casa de piedra de Justino Gutiérrez, en Rodeo Colorado, en circunstancias de evacuarla después de retirada la carpa de la expedición

Mientras lo hago, con García, en la habitación principal, me entero de las novedades. La esposa de don A. que ha pasado los últimos siete u ocho años de su vida esperando en vano que su marido traspusiese la Quebrada para ir a visitarla, ha muerto. Él me lo cuenta con cara de circunstancias, agregando que por esta causa no ha de poder « recibirse el Carnaval » en su casa. Y agrega, con algún alivio, que « tal vez para el año »...

Durante mi almuerzo no he podido percatarme de que los peones, alucinados por el Carnaval iruyense, han proseguido la marcha contraviniendo mis órdenes. He aquí que al final de aquel magro yantar me encontré con que



Fig. 92. — Edificio de la escuela nacional de Rodeo Colorado, a cuyo lado pasa la expedición al comienzo de su jornada de regreso a Iruya

sólo estamos el aprendiz García, mi « mozo de mano » y yo, para arriar las dos mulas cargueras en las que transporto mi casa portátil — la vieja carpa de Moreno, que tan malas jugadas me ha hecho en todo el viaje — nuestras valijas y catres, y dos cajones de fragmentos de cerámica. Somos en verdad, pocos, y, por lo que respecta a García y a mí, poco experimentados para trabajo tan delicado en un camino demasiado estrecho, con pasajes en los cuales, necesariamente, ha de « pechar » la carga.

Es así como comienza la odisea en que ha de rematar este viaje, tan nutrido de contratiempos inesperados. La cosa comienza a poco de salir de casa de don A. quien me ha afirmado gallardamente, con esa intrepidez con que aquí se calculan las distancias, que él con su caballo marchador se pone en Iruya, pese a sus ochenta y dos años, en dos horas y

media y que nosotros podremos hacerlo en cosa de cuatro... Al llegar al portillo de piedra que ya mencioné en mi segundo viaje, tenemos necesidad de ampliar el paso a pico, desgajando la dura pared rocosa en los centímetros necesarios para que las mulas cargueras pasen. Y así continuamos el viaje, dejando este lugar de ingrata recordación, para mí, por el accidente ocurrido a otra mula, del que oportunamente di cuenta en mi relato.

Subiendo y subiendo, llegamos al Abra de Chiyayoc, en donde se advierten las enormes paredes rojizas que la naturaleza se ha encargado de poner allí para deleite estético de los pocos que las hemos visto (fig. 93). Algo des-



Fig. 93. — La enhiesta y colosal peña, llamada Amancay, en el Abra de Chiyayoc

pués nos es dable avistar el poblado de Chiyayoc, pocas y espaciadas viviendas en las que se mantiene aún viva la tradición de los trabajos en el telar al aire libre.

Dejando atrás ese esbozo de vida colectiva, avanzamos hasta Tojra Abra, donde comienza otra bajada hasta el río Colorado, al cual se franquea para tomar la Cuesta de Panti Pampa. He subido algunas cuestras difíciles en este remoto Noroeste argentino, de manera que estoy autorizado para declarar que ésta es pésima. Hay que dar resuello a los animales a cada corto trecho, pues cada vez que aparece a nuestra vista el río, en cada vuelta del camino, se le nota más y más distante, como hundiéndose en el fondo de la Quebrada. Tal es el efecto óptico de la enorme gradiente.

La tarde ha ido avanzando, con rapidez, y las primeras sombras de la noche comienzan a espesarse. Para colmo, en un estrecho pasaje del camino,

una mala maniobra — pese a haber tratado de ampliar nuevamente el espacio franqueable con el pico, cosa que ya había habido que hacer tres o cuatro veces con mejor suerte — una pequeña mulita parda, la misma que casi se tragó el río en Taco Pampa, « pecha » con su cargamento en una saliente de la roca y rueda, arrastrando en su caída al « mozo de mano » que la tiraba del cabestro. Es una escena rapidísima, que transcurre en una fracción de segundo. Felizmente, se trata de un sitio relativamente bajo, al abandonar un rellano de la Cuesta, y la caída es sólo un resbalón de unos tres metros en tierra fragosa. Mozo y mula caen, uno al lado de otro. La última, arrodillada. Esta afortunada casualidad salva a Egidio, pues — de haberse volcado el animal en la caída — lo hubiese destrozado contra las peñas.

El revolcón — susto aparte — tiene, relativamente, pocas consecuencias. La de mayor importancia es que debemos dejar las mulas cargueras, con todo lo que transportan, en casa de un « viviente », Delicio Herrera, quien me asegura que puedo confiar en él. No teniendo otra alternativa, pues los cajones que cargaba la mula se han « pedaceado » en la caída, y no quiero que se repita el trance con la otra que conduce nuestros catres, colchones y valijas, confío en su probidad y abandono en sus manos todo mi equipo, prometiendo enviar por él al día siguiente con alguno de mis peones « desertores ». Debo declarar, en honor de la verdad y de la gratitud — y sin tardar más tiempo — que nada me ha faltado y que todo ha vuelto a nuestras manos, incluso las valijas que carecían de llave, tal cual había quedado.

Es así cómo, despojados de la tarea, algo penosa en circunstancias semejantes, de arriar los animales, trepamos esa Cuesta de Panti Pampa, a cuyas difíciles alturas llegamos ya noche cerrada. En la cumbre hay un « campo », es decir, un amplio espacio de terreno llano, que nos permite dar un resuello a las cabalgaduras. Recuerdo que llevo en las alforjas de mi « mozo » — cosa que él mismo no sabe — un suculento queso de cabra y un pan casero que la generosa Providencia, representada para el caso por las pluviales barbas de don A., ha puesto en mis manos. Hago saber estas reconfortantes noticias a mis acompañantes y pongo, resueltamente, estos manjares en las suyas. A la luz de una linterna eléctrica de mano, que felizmente poseemos, improvisan una cena. En cuanto a mí, todos los sucesos del día, la serie de contratiempos y molestias que ha habido tesorosamente que vencer, pesan lo suficiente como para quitarme el apetito. Admiro silenciosamente aquél de que ellos hacen gala y minutos después reanudamos la marcha.

Al final del « campo » comienza un nuevo descenso. Es la Cuesta de la Palquita, que forma la unión de dos ríos: el de San Isidro y el de Iruya. Desde su cima advertimos una luz lejana: el pueblo de Iruya. Y comenzamos el descenso en las tinieblas. La noche, sin luna, es tan obscura, que a poco andar Egidio extrae la linterna eléctrica y, con ciertas precauciones para no alarmar a su caballo, que ya ha demostrado durante la cena su



aversión por este género de luminarias y que ahora hincha las narices nerviosamente ante esta luz extraña, nos ilumina el camino.

Es un espectáculo feérico este descenso entre abismos adivinados y precipicios intuídos, siguiendo celosamente al pequeño redondel luminoso que nos va señalando la ruta. Esta no tiene de tal más que el nombre. Es apenas un sendero de cabras, inquietante y estrecho, en el que aparecen, para colmo, de tanto en tanto, peligrosos agujeros que hay que rellenar como se pueda para que las mulas no vayan a calzar en ellos un vaso, cosa que podría poner fin al viaje de muy mala manera. Luego, el rumor, cada vez más fuerte y cercano, del agua, nos hace saber que nuestra marcha descendente va a tocar a su término. El río se presenta ya próximo, y aunque no alcanzamos a verlo en la obscuridad de esta entoldada noche, podemos percibir el ruido de sus piedras, arrastradas por la fuerza de la corriente, y llega hasta nuestras narices la humedad creciente de la brisa nocturna.

Por último, después de una hora y media de descenso, a veces suave, a veces tan brusco que las mulas más que caminar saltan — pequeño episodio de equitación que adquiere singular interés en la nocturnidad de este estrecho sendero sembrado de desniveles profundos — llegamos al Pie de la Cuesta. Tomamos, pues, por el lecho del torrente que forma la Palquita, hasta desembocar en la Quebrada de Iruya.

Así como he pasado muchas veces caminos difíciles, pero es esta la primera vez que debo hacerlo de noche, puedo decir que he vadeado en innumerables circunstancias los ríos de toda esta espléndida y lejana región argentina, pero es la primera que debo afrontarlos a estas horas. El haz de luz de la linterna ilumina un instante una superficie líquida lechosa, violentamente lanzada a una rapidez extraordinaria sobre su lecho. Luego se apaga. Es necesario tener las dos manos libres para atreverse al río y la utilización de la linterna exigiría una: hay que sacrificarse resignándose a marchar en las tinieblas. Ya sin luz, confiando en la sapiencia ancestral de las mulas, vadeamos una y otra vez la corriente.

Deslizándonos a lo largo de la Quebrada, tratamos instintivamente de sacarles el cuerpo a los temibles pantanos, que se han formado con las fuertes lluvias recientes y con la bajada del « volcán », cuyas huellas están frescas todavía. Así arribamos a Iruya. Son las doce menos cuarto de la noche. El resto de los peones, que ha llegado hace un buen rato gracias al abandono de las más bultosas cargas en nuestras manos, está aún ocupado en entrar al patio de la casa de don Milano el ingente material recogido. Pese a las once horas y media que ha durado nuestra jornada, estamos aún singularmente frescos. Mis peones no pueden dudarlo, a juzgar por el contrario silencio con que acogen algunas palabras — no precisamente de saludo — que fluyen de mis labios. Pero una buena cena, que ya está preparada, y el caluroso y gentil recibimiento que me espera de parte de Medenica y de los suyos, restablecen de inmediato nuestras fuerzas... y mi calma.

Todavía han de pasar algunos días antes que quede satisfactoriamente

resuelto todo lo relativo a embalaje. No es tarea baladí obtener el cúmulo de cajones necesarios, allí donde la buena madera escasea. Felizmente, gran número del material lítico, que como se recordará es el más numeroso, puede enviarse directamente forrado en arpilleras. Naturalmente, esto sólo puede hacerse con aquel de gran tamaño, cuyas dimensiones y espesor mismos no exigen una protección más adecuada.

Finalmente, puedo ponerme en marcha hacia Iturbe. Para ser constante, el agua me acompaña durante gran parte del viaje. Como compensación, mi amigo don Milano hace el trayecto conmigo. Como una demostración de lo

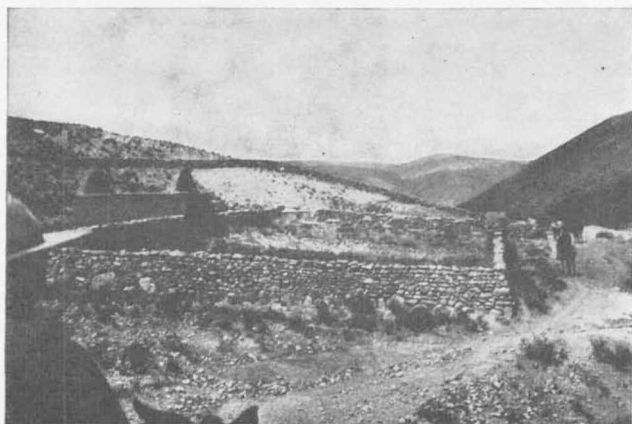


Fig. 94. — El cementerio rural, que sirve de lugar de enterramiento al vecindario de las poblaciones de Córdor y Chaupi Rodeo

que puede el entrenamiento, diré tan sólo, que este viaje — que realicé, al venir, en ocho horas y cuarto, llegando fatigado — lo hice esta vez en cinco horas y diez minutos, casi sin notarlo.

Durante mi regreso observo que la fiebre de construcción sigue en aumento. Desdichadamente ha llegado hasta el propio cementerio que sirve a Chaupi Rodeo y a Córdor ... (fig. 94). Sepulturas nuevas prueban que no todo es crecimiento.

Creía conocer bien a Iturbe, pero al llegar allí me espera una sorpresa. Don Luis Menú, el encargado de la oficina del Ingenio, vive hoy en la casa que otrora fuera de Desiderio Chauqui, en la cual se me negó hospedaje, según acaso el lector aun recuerde, en ocasión de mi primer arribo. Como los frentes de adobe de casi todas las casas se parecen, yo no había vuelto a ubicarla exactamente, ni había retornado al interior de aquel come-

dor — de olor tan particular — desde aquella infausta mañana. Pero, hete aquí que no sólo he vuelto a penetrar en él ahora — y le he encontrado transformado por la prolijidad de sus actuales habitadores — sino que he sido allí cordialmente agasajado por los dueños de casa. Mi paladar todavía se deleita con el recuerdo de un postre famoso, fruto de una sapiente industria doméstica, que finiquité mi último almuerzo. En verdad, el destino me debía esta recompensa...

## CAPÍTULO V

### Nota sobre la geología regional

Los estudios geológicos y topográficos de la región, son en absoluto fragmentarios y dispersos. En realidad, puede decirse que no tenemos, sobre ella, más que atisbos que no permiten, por el momento, formular conclusiones definitivas. Por lo que respecta a Salta, es la región de Orán — por circunstancias diversas de las que no está ausente el interés petrolífero — la que ha merecido una mayor atención. Pasemos, con todo, revista a los someros datos que poseemos.

Según Keidel, conviene recordar, en cuanto se refiere a la geología y morfología general de Salta, la diferenciación en dos partes, netamente separadas que él propone. Según ésta, existirían en la región salteña dos zonas geológicas, a saber: *a)* Una larga faja de cordones altos, que constituye la falda oriental de los Andes, viniendo de Bolivia, y extendiéndose en la provincia de Tucumán; *b)* Una zona de anchura variable, con elevaciones aisladas, que se extiende desde los Andes hasta los bajos del Gran Chaco. Esta última zona acompaña a la anterior en casi toda su extensión y finiquita con ella en plena región tucumana <sup>1</sup>.

Aunque ambas entidades orográficas están bien caracterizadas desde el punto de vista geológico y morfológico, su constitución geológica es, empero, idéntica, « al menos respecto de su composición ». Así, si dejamos de lado lo que respecta a las rocas eruptivas, encontramos cuatro grandes grupos de sedimentos: « 1) filitas, esquistos filíticos, cuarcitas y otros depósitos del precámbrico superior o algonquico; 2) una serie concordante de sedimentos marinos del cámbrico medio y superior, del ordoviciano y, en ciertas partes, del devónico inferior; 3) una sucesión de areniscas coloradas con arcillas y calizas de edad mesozoica que empieza con estratos de Gondwana y termina con depósitos de cretáceo, y 4) una serie de depósitos terrestres de

<sup>1</sup> DOCTOR JUAN KEIDEL, *Los caracteres geológicos generales de la Provincia de Salta en relación con la hidrología subterránea*, Ministerio de Agricultura de la Nación, Dirección General de Minas, Geología e Hidrología, Boletín n° 4, serie F, 19, Buenos Aires, 1921.

gran espesor del terciario: los estratos calchaqueños y el terciario subandino »<sup>1</sup>.

Los sedimentos del primero y segundo grupos están separados por una discordancia marcada. En los demás, las separaciones son menos señaladas. Dentro de la serie terrestre del terciario existen, naturalmente, las discordancias cuya conexión con fenómenos tectónicos ha producido la formación de las montañas de los Andes<sup>2</sup>.

Según los informes de otro conocido geólogo<sup>3</sup>, « la configuración topográfica actual no es la misma de aquellos tiempos remotos »<sup>4</sup>, debiendo haberse presentado entonces la región septentrional de las provincias de Salta y Jujuy, bajo la forma de una altiplanicie de la cual bajaban las aguas, alimentadas por los ventisqueros, hacia los lagos que debían cubrir en gran parte la actual depresión del río Bermejo y las partes bajas de Jujuy y Salta. Vino entonces el período de las grandes dislocaciones geológicas, no rápidas sino paulatinas, con las que los depósitos de arcilla y de arena, sedimentados horizontalmente en los lagos, experimentaron un gran descenso, produciéndose poco a poco, bajo la acción erosiva de las aguas, los relieves actuales de la superficie<sup>5</sup>.

Algo más adelante, el mismo autor analiza el carácter geológico de Salta y Jujuy, llegando a sostener que éste es un caso de transgresión geológica, « es decir, un avance del mar al principio de la era cretácea, el que inundando los viejos continentes jurásicos o triásicos, como está constatado ya en otras partes de nuestro globo, ha permitido la sedimentación de nuevas areniscas sobre ellas »<sup>6</sup>. De esta suerte, según Bodenbender, quedaría unido el norte de la Argentina con el sur, formando todo su territorio una unidad geológica, pero el problema no es muy claro, pues existe la situación del centro del país (provincias de La Rioja, Catamarca, San Juan), sobre cuyas areniscas permotriásicas se encuentran terrenos terrestres sin fósiles absolutamente distintos del terreno cretáceo fosilífero de Salta y de Jujuy.

Para resolver definitivamente tan ardua e importante cuestión, es necesario hacer estudios geológicos muy minuciosos, tanto más cuanto que « las relaciones de este terreno cretáceo de Salta con el de la cordillera de Mendoza, de Neuquen, etc., son desconocidas »<sup>7</sup>. Y, para cuando se intenten, no debe olvidarse que « en Salta y Jujuy hay que principiar en la parte sep-

<sup>1</sup> KEIDEL, *Los caracteres geológicos generales*, etc., cit., 19.

<sup>2</sup> KEIDEL, *Los caracteres geológicos generales*, etc., cit., 20.

<sup>3</sup> DOCTOR GUILLERMO BODENBENDER, *Informe sobre una exploración geológica en la región de Orán, Provincia de Salta*, Boletín del Ministerio de Agricultura, IV, n<sup>os</sup> 4 y 5, 392-399, Buenos Aires, 1906.

<sup>4</sup> Se refiere a la era terciaria o « diluvial ».

<sup>5</sup> BODENBENDER, *Informe sobre una exploración*, etc., cit., 394.

<sup>6</sup> BODENBENDER, *Informe sobre una exploración*, etc., cit., 398.

<sup>7</sup> BODENBENDER, *Informe sobre una exploración*, etc., cit., 397.

tentrional alta donde los terrenos por falta de vegetación se prestan para un estudio, recomendándose por ello en particular la región de Humahuaca, Negra Muerta, Abra Pampa, Cochinoca y la de Iruya y de Santa Victoria, donde uno o dos perfiles en dirección este-oeste podrían resolver el problema. Estos perfiles deben abarcar también parte de la Puna de Bolivia » <sup>1</sup>.

Pero, para referirnos al problema geológico local de la quebrada de Iruya, debemos volver a recurrir a los estudios del doctor Juan Keidel, quien ha trabajado en el terreno <sup>2</sup>. Según él, en la Quebrada los depósitos son puramente fluviales, del terciario superior y de la época moderna, habiendo rellenado los valles, en varios lugares, con un espesor de 700 a 800 metros. « En parte son equivalentes a los estratos calchaqueños (Bodenbender, Stappenbeck). Es preciso mencionar andesita hornblendífera y una roca oscura bastante básica, muy probablemente basalto, que se encuentra en filones en los valles laterales de la Quebrada de Iruya » <sup>3</sup>.

Ahora bien, « en la falda occidental de la quebrada de Iruya, cerca de Iruya y en los valles laterales de este lado se observa claramente la estructura imbrica. Desde la cumbre de la falda occidental de la sierra de Zenta hasta la línea de la parte superior de la quebrada de Iruya, que corre más o menos de norte a sur, las capas tienen inclinaciones al oeste. El rumbo general es NS » <sup>4</sup>.

Por otra parte, si consideramos la estructura geológica del « lado derecho de la Quebrada de Iruya aparecen, con inclinación al oeste, las rocas precámbricas y contra éstas se apoyan los depósitos del lado izquierdo, separadas de ellas por una gran falla longitudinal » <sup>5</sup>.

Tales son, pues, los datos — someros y escasamente ilustrativos para nuestro fin — que los geólogos conocedores del terreno han expresado sobre la región que he visitado en mis cuatro viajes.

Vale decir que, así como sin mis investigaciones no se conocería de esta vasta zona septentrional nada más que el pequeño rincón de Titiconte, en las proximidades de Iruya — y aun así en forma fragmentaria — se hace necesario que otras expediciones geológicas se realicen para completar el cuadro geológico pormenorizado, que ya comenzó a describir Keidel con sus viajes primeros por la quebrada de Iruya.

Por ese entonces, cuando el doctor Keidel penetró en el territorio, los arqueólogos no habían osado hacerlo. Hoy, en cambio, el conocimiento

<sup>1</sup> BODENBENDER, *Informe sobre una exploración, etc.*, cit., 399.

<sup>2</sup> JUAN KEIDEL, *Informe sobre los trabajos efectuados por la Sección Geología e Hidrología en los años 1906, 1907 y 1908*, Memoria de la División de Minas, Geología e Hidrología, 1908, BUENOS AIRES, 1910. Ver allí: J. KEIDEL, *Estudios geológicos en la Quebrada de Humahuaca y en la de Iruya y algunos de sus valles laterales (Provincias de Jujuy y Salta)*, efectuados por el doctor..., 76-77.

<sup>3</sup> KEIDEL, *Informe sobre los trabajos efectuados, etc.*, cit., 76.

<sup>4</sup> KEIDEL, *Informe sobre los trabajos efectuados, etc.*, cit., 76.

<sup>5</sup> KEIDEL, *Informe sobre los trabajos efectuados, etc.*, cit., 76-77.

arqueológico, después de la publicación de mis investigaciones en el terreno, resulta más vasto y más extenso. Pero sería singularmente interesante, para los estudios arqueológicos mismos, poder contar, en lo sucesivo, con descripciones geológicas completas.

Para un trabajo mío en curso de publicación <sup>1</sup>, el doctor Frenguelli ha tenido la gentileza de escribir unas páginas sobre el problema geológico de una vasta zona vecina: quizás sean de estricta aplicación, para esta zona de Iruya y Santa Victoria, las explicaciones de carácter general que él formula acerca de la formación de bloques hundidos (bolsones) y bloques levantados (montañas), que se han formado por dislocaciones del suelo uniforme originario. Quizás en ninguna otra parte del noroeste argentino se haya producido este doble movimiento con tan grande intensidad, lo cual ha motivado (con sus manifestaciones secundarias: acumulaciones de sedimentos y de derrubios, de detritos de los conoides torrenciales y de faldeo, etc.) la presentación de ese fragosísimo cuadro que hoy asume allí la naturaleza y que impide el cómodo acceso.

Por ello, remito a aquella descripción al lector que desee mayores esclarecimientos.

### Chartographica et Scolia Addenda

Acompañase a estos relatos de viaje un mapa arqueológico en el cual los distintos yacimientos y sus diferentes tipos, condiciones y referencias de explotación, han sido señalados con los signos convencionales de costumbre, de uso corriente entre los arqueólogos argentinos.

La confección de este mapa no ha estado exento de dificultades. Los antiguos y clásicos mapas, generalmente eficientes y válidos para el conocimiento cartográfico del noroeste argentino, no podían ser en este caso sino de casi ninguna utilidad. El mejor de ellos, el geológico de Brackebusch <sup>2</sup>, tan celebrado — y a tan justo título — por todos los estudiosos de las ciencias naturales, no nos da, en la ocurrencia, sino escasísimos datos. El arqueológico de Boman <sup>3</sup>, importante, asimismo, y más directamente conexo con nuestra propia actividad, lo es aún menos por dejar totalmente

<sup>1</sup> FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleo-etnográfico*, Revista del Museo de La Plata (Nueva serie), Sección Antropología, I (en prensa), Capítulo I, Introducción geográfico-geológica al mundo diaguita.

<sup>2</sup> LUIS BRACKEBUSCH, *Mapa geológico del interior de la República Argentina. Construido sobre los datos existentes y las propias observaciones hechas durante los años 1875 hasta 1888 por el Dr. ...* Escala 1: 1.000.000, Gotha, 1891.

<sup>3</sup> E. BOMAN, *Antiquités, etc., cit., Carte archéologique du nord-ouest de la République Argentine (Puna de Jujuy, Quebrada de Humahuaca, Vallée de S<sup>an</sup> Francisco, Sierra S<sup>an</sup> Barbara, Vallée de Lerma, Quebrada del Toro, Vallée Calchaquie)*. Extrait de la carte « Régions des Hauts Plateaux de l'Amérique du Sud », publiée par la Mission G. de Créqui et E. Sénéchal de la Grange, dressée par V. Huot, 1905. Echelle 1: 750.000.

en blanco la región en la que se han verificado mis investigaciones. Esto era, por otra parte, lo justo, desde que Boman declaraba en su texto, ya recordado en anteriores ocasiones, que él no había penetrado en aquella <sup>1</sup>. Otro tanto, casi puede decirse, ocurre, con mayor razón aún, con los mapas generales, del tipo de la colección de Nágera <sup>2</sup>, prácticamente tan esquemáticos y vagos, en cuanto a esta región, que no podían servir de base, para mi reconstrucción cartográfica-arqueológica <sup>3</sup>.

En tales circunstancias he debido valerme, para la composición del mío, de la carta levantada por el Instituto Geográfico Militar <sup>4</sup>, — a la cual se le escapa la realidad geográfica en algunos pequeños detalles, pese al celo puesto por las comisiones enviadas a efectuar el relevamiento en el terreno — y de la hoja n° 3 d del mapa geológico de esta región del este de la quebrada de Humahuaca realizado por los técnicos de la División de Minas del Ministerio de Agricultura de la Nación <sup>5</sup>, hoja que me fué allí gentilmente facilitada en préstamo.

Sin embargo, compulsados estos elementos, ha sido frecuente el hallazgo de contradicciones de ubicación de lugares y accidentes geográficos entre el uno y el otro. No es ocasión de realizar aquí un análisis minucioso de las mismas. Baste decir, para el caso, que más de una vez ello me creó arduos problemas que me ha sido necesario resolver ya con la ayuda de mis recuerdos personales para la zona en que he viajado, ya con la eficiente colaboración de mi tantas veces recordado amigo don Milano Medenica, capacitado como nadie por una andariega permanencia de varios lustros en el terreno, para actuar como asesor con pleno conocimiento de causa. Sus informaciones me han permitido modificar o rectificar el trazado de algunos de los accidentes geográficos de la región y ubicar otros cuya verdadera situación se desplazaba, según se ha dicho precedentemente, al tenor de las diferentes fuentes cartográficas consultadas; por ellos se notarán algunas pequeñas diferencias entre mi primer mapa de la región <sup>6</sup> y éste que ahora presento ( lám. I).

<sup>1</sup> BOMAN, *Antiquités*, etc., cit., II, 791-792.

<sup>2</sup> JUAN JOSÉ NÁGERA, *Atlas de la República Argentina, construido de acuerdo con los datos de los archivos y los recogidos por el autor durante sus exploraciones y viajes de 1912 a 1926, provincias de Salta y de Jujuy*, Buenos Aires, 1926.

<sup>3</sup> Tal cosa ocurre desde la época colonial. Las dificultades de acceso han hecho que, desde entonces, el trazado de las cartas, en esa parte, se haga, prácticamente, a base de fantasía. Ver, por ejemplo, el mapa que abarca esta región y que he publicado anteriormente en otro trabajo: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Cartografía colonial del Río de la Plata*, *Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, XV, n° 53, 116-148, Buenos Aires, julio-septiembre de 1932.

<sup>4</sup> Instituto Geográfico Militar. Carta de la República Argentina. *La Quiaca, Orán y Humahuaca*, n° 10. Escala 1 : 500.000, año 1932.

JORGE SCHULZ, *Relevamiento expeditivo efectuado en el año 1930 en los Departamentos Iruya (Prov. de Salta) y Humahuaca (Prov. de Jujuy)*. Escala 1 : 100.000.

<sup>6</sup> MÁRQUEZ MIRANDA, *Arquitectura aborigen en la provincia de Salta*, cit., 143.

Esta imprecisión se acentuaba por razones toponímicas. El vocabulario de estas gentes es harto escaso y suele ofrecer el espectáculo (observable en la columna de nombres vulgares de mi «apéndice» botánico [n° 1], que se va a leer) de que más de una planta sea designada con el mismo nombre. Ello ocurre, en mayor escala todavía, en lo que respecta a la toponimia orográfica. Nombres como «Cerro Negro» o «Cerro Colorado» aparecen repetidos varias veces y otro tanto ocurre con denominaciones semejantes para abras y pequeñas quebradas. Todo ello contribuye, pues, a crear dudas acerca de la verdadera ubicación que les corresponde a lugares o accidentes geográficos de designación tan ubícuca e imprecisable, hechos que se agravan cuando se observa que el rumbo de las quebradas o el cauce de los ríos y el emplazamiento de las pequeñas aldeas regionales varía de mapa a mapa, circunstancias todas que, naturalmente, contribuyen a aumentar la ya notoria obscuridad de las nociones geográficas que sobre esta zona se poseen.

Las desigualdades de dibujo, nomenclatura y ubicación existentes en las diferentes cartas mencionadas, la pobreza y silencio de las restantes, hacen que sea menester esta aclaración, necesaria, como dijera muy recientemente un colega, «para no dar lugar a desplantes rectificativos fundamentados en la indigencia de los conocimientos topográficos de esa importante zona arqueológica, de la cual, como se comprende, no soy responsable»<sup>1</sup>.

En esta zona las propiedades suelen ser enormemente extensas, comprendiendo en sus varias leguas cuadradas de extensión, quebradas, serranías, ríos y velles. Pero las mensuras son escasas y se guardan celosamente, con una avidez que la ignorancia proverbial de los propietarios subraya. Cada uno de ellos, viviendo en sus casuchas miserables<sup>2</sup>, oculta en el fondo de sus raídos arcones esos títulos de propiedad cubiertos del polvo de los años y de la grasitud del resobar de las callosas manos. De ahí que sea casi imposible contar con esclarecimientos dados por los propietarios.

Por eso, y con todos sus posibles errores, mi mapa arqueológico podrá ser de interés no sólo para especialistas en las «ciencias del hombre» sino, también, para los mismos geógrafos.

<sup>1</sup> VIGNATI, *Novissima veterum*, etc., cit., 62.

<sup>2</sup> Al corregir pruebas de estas últimas palabras de mi escrito, me asombra el paralelismo existente entre este modo de vivir y el de nuestros criollos de las pampas bonaerenses de hace casi un siglo: la misma antinomia entre la casa desaliñada, paupérrima, y la rusticidad del indumento, por una parte, y los ingentes bienes agropecuarios por otra. Siendo ricos vivían como pobres, acaso por ignorar la forma o por no sentir la necesidad de vivir de otra manera. Esto no pasó desapercibido a los ojos de un inglés inteligente que nos visitó por ese entonces, quien se expide con las siguientes palabras, que parecen un retrato de mi viejo conocido don A. F., por ejemplo: «El dueño de casa era un tipo muy característico de los de su clase: el valor de su casa habitación y todo su ajuar no llegaría a treinta libras esterlinas, pero sus propiedades y bienes en general, podían evaluarse fácilmente en tres mil libras». WILLIAM MAC CANN, *Viaje a caballo por las provincias argentinas, 1847*, traducción de José Luis Busaniche, 26, Buenos Aires, 1939.



### Advertencia final

Durante el cuarto viaje, celebrado en 1938, he tenido oportunidad — sin descuidar ni un instante mi propia y directa labor de investigación arqueológica, lo que podrá advertirse al recorrer visualmente las incidencias de la expedición y al tomar nota de sus resultados — de realizar otras tareas colaterales, difiriendo al pedido de algunos de los colegas del personal técnico del Museo de La Plata, que se sentían inclinados a interesarse, dentro del marco de sus respectivas especialidades, en las posibilidades científicas que brindan estas regiones de la provincia de Salta, tan absolutamente desconocidas en este orden de ideas para toda suerte de estudios desinteresados.

Con tal motivo he tenido oportunidad de recoger, en las localidades de Rodeo Colorado y de Higueras, en la región de Iruya, insectos que me habían sido solicitados por el señor jefe del Departamento de Zoología (invertebrados) doctor Max Birabén, así como formar en los alrededores del pueblo de Iruya, un herbario de cincuenta ejemplares de arbustos florecidos, para satisfacer el deseo del doctor Angel L. Cabrera, del Departamento de Botánica, que se interesaba por la flora del lugar, para lo cual he recogido de los habitantes del mismo los correspondientes nombres vulgares.

Aparte de que toda mención de insectos o de plantas ya conocidas, por aumentar su área de distribución, implicaba un elemento útil, he tenido la buena fortuna de poder obtener, en uno y otro caso, especies nuevas, que no figuraban en nuestras colecciones, tal como el caso de los coleópteros denominados *Pocilaspis* sp. — que son, para mayor satisfacción mía, los mejor representados, numéricamente hablando, de mi recolección de invertebrados — o como, en lo referente a botánica, los especímenes que aparecen como indeterminados.

Debo advertir, por último, que en uno u otro caso, las determinaciones han sido verificadas por los técnicos anteriormente nombrados, los cuales, obligados por otros y más urgentes trabajos, o ante dificultades derivadas del estado o poca cantidad de material recogido, han debido contentarse, en algunos casos, con hacerlo por género, sin poder llegar a la especie. De cualquier manera, deseo agradecer públicamente su oportuna y eficaz colaboración, para que yo pueda presentar aquí estos primeros resultados.

APÉNDICE I

ALGUNOS ESPECÍMENES DE LA FLORA LOCAL

Nº	Nombre científico y condición	Nombre vulgar	Color de la flor
1	<i>Delphinium ajacis</i> L. (cultivada).....	Amor perfecto	Azul
2	<i>Lathyrus odoratus</i> L. (cultivada).....	Sacon	Lila
3	<i>Mathiola incana</i> R. Br. (cultivada).....	Clavelina	Lila
4	<i>Dianthus barbatus</i> L. (cultivada).....	Clavel	Lila
5	<i>Flourensia riparia</i> Gris. ....	Suncho	Amarilla
6	<i>Senecio</i> sp. ....	Pichana	Amarilla
7	<i>Brassica campestris</i> L. ....	Mostaza	Amarilla
8	<i>Aloysia trifida</i> .....	Salcari	Rosada
9	<i>Bidens pilosa</i> L. ....	Manzanola del campo	Amarilla
10	<i>Apium graveolens</i> L. (cultivada).....	Apio	Blanca
11	<i>Buddleia tucumanensis</i> Griseb.....	San Juan Cora	Granate
12	<i>Medicago sativa</i> L. (cultivada).....	Alfalfa	Violeta
13	<i>Dianthus barbatus</i> L. var. <i>marginatus</i> (cultivada).....	Clavelina	Violeta
14	<i>Borrago officinalis</i> L. (cultivada).....	Borraja	Lila
15	<i>Dianthus barbatus</i> L. var. <i>marginatus</i> (cultivada).....	Clavelina	Violeta
16	<i>Calendula officinalis</i> L. (cultivada).....	Rosa sunchillo	Naranja
17	<i>Tagetes patula</i> L. (cultivada).....	Rosa virreina	Granate
18	<i>Stevia</i> sp. ....	Borrajilla	Blanca
19	<i>Verbena hispida</i> R. et P. ....	Verbena	Lila
20	<i>Scabiosa</i> sp. (cultivada).....	Amor perfecto	Azul
21	<i>Buddleia</i> sp. ....	San Juan Cora	Blanca
22	<i>Solanum gracile</i> L. ....	Frutilla	Blanca y amarilla
23	<i>Amaranthus</i> sp. ....	Aroma	Carmín
24	<i>Malva sylvestris</i> L. ....	Mabisco	Lila
25	<i>Chrysanthemum indicum</i> L. (cultivada).	Botón de oro	Amarilla
26	<i>Melilotus indicus</i> L. ....	Trébol	Amarilla
27	<i>Buddleia tucumanensis</i> Griseb. ....	San Juan Cora	Granate
28	<i>Brassica</i> sp. ....	Semilla de mostaza	Verde
29	<i>Mirabilis jalapa</i> L. ....	—	Verde
30	<i>Boerhavia pulchella</i> Griseb.....	—	—
31	(Indeterminable).....	—	—
32	<i>Zinnia peruviana</i> L. ....	—	—
33	<i>Malvastrum</i> sp. ....	—	—
34	<i>Adesmia</i> sp. ....	Añao	Rosada
35	<i>Nierembergia Browallioides</i> Griseb. ....	Romerillo	Blanca y celeste
36	<i>Commelina</i> sp. ....	Lirio del campo	Azul
37	<i>Solanum tuberosum</i> L. vell aff.....	Papa del campo o del yuto	Violeta

Nº	Nombre científico y condición	Nombre vulgar	Color de la flor
38	<i>Cerastium</i> sp.....	Espuela del campo	Blanca
39	<i>Calceolaria</i> sp.....	Boca de conejo	Amarilla
40	<i>Gomphrena</i> sp.....	Flor de negro ampa	Blanca
41	<i>Cassia</i> sp.....	Flor de ataco	Amarilla
42	<i>Begonia</i> ? .....	Alaltuya	Rosada
43	<i>Bidens triplinervia</i> var. <i>macrantha</i> H. B. K.....	Flor de panti	Amarilla
44	(Indeterminable).....	Saldaqué	Granate
45	<i>Verbena</i> sp.....	Gangria	Lila
46	<i>Zinnia peruviana</i> L.....	—	—
47	<i>Verbena erinoides</i> Lam.....	Altamesa	Violeta
48	<i>Trifolium</i> sp.....	Alfilla	Morada
49	(Indeterminable).....	Querosilla	Rosada
50	<i>Cassia corymbosa</i> L.....	—	—

## APÉNDICE II

### ALGUNOS ESPECÍMENES DE LOS INSECTOS REGIONALES

	Rodeo Colorado	Higueras
Coleópteros :		
<i>Philochlaenia argentina</i> .....	1 ejempl.	
<i>Cydocephala scarabaeoides</i> .....	1 »	1 ejempl.
<i>Chrysodina opulenta</i> .....	1 »	
<i>Hylithus tentyroides</i> .....	4 »	1 »
<i>Scotobius eribricollis</i> .....		1 »
<i>Pseudomesomphalia casta</i> .....		1 »
<i>Eriopis connexa</i> .....	1 »	
<i>Pantomorus verecundus</i> .....		2 »
<i>Epicauta</i> sp.....	1 »	3 »
<i>Poecilaspis</i> sp.....	6 »	26 »
Hemípteros :		
<i>Nozara herbida</i> .....		1 »
<i>Nozara</i> sp.....		4 »
<i>Stiretrus 7 guttatus</i> .....		1 »
<i>Lygaeus ornatus</i> .....		1 »
<i>Dysdercus</i> sp.....		2 »
Himenópteros :		
<i>Chrysis</i> sp.....	1 »	
<i>Camponotus</i> sp.....	4 »	1 »

**Summary.** — The above paper is the account of four archaeological expeditions, carried out in the summer vacations — January to March — during the years 1933, 1934, 1937 and 1938, in the districts of *Iruya* and *Santa Victoria* (province of Salta, Argentine Republic), in a region which had only been approached by few investigators and which, therefore, has remained practically virgin of this kind of studies. The present paper is previous to a monograph strictly archaeological, written in another style and addressed to a public of specialists much more restricted; it does not pretend to be more than a description of the geography and environments of the area under observation, so interesting because of its being practically unknown from the point of view of natural sciences. In this report are only set forth some of the archaeological conclusions of a general character which will be dealt with in detail later on, or which are being treated in collateral studies more highly specialized (as is the case of the study on architecture) <sup>1</sup>.

The access to these lands is extremely difficult. It is a vast mountainous region, constituted by « intercrossing of mountains, ravines and gorges, almost isolated from the rest of the world owing to the difficulty of communications » <sup>2</sup>, and whose geography is practically unknown, so much so that the archaeological map included in this paper represents a considerable advance from a purely geographical point of view, although, no doubt, it may be liable to future modifications.

These difficulties of approach which prevented Boman from penetrating into this region and which held Debenedetti and Casanova back after their first steps, have not hindered the author from reaching these out-of-the-way lands visited for the first time for purposes of scientific research.

The entrance to this area can be made by two natural roads of access: the bed of the rivers, in the ravines (for at the bottom of each winds a rivulet) and the paths that climb up the steep slopes. Both have their serious drawbacks. The march through the ravines does not only offer troubles inherent to the frequent wading of the streams — which carry along bulky stones capable of knocking down a rider or even a pack of mules — but a fall into those whirling waters can mean an almost sure death to both men and beasts. Besides, the heavy rain, common at this time of the summer, causes sudden floods of the rivers that might overtake those who wander along the bottom of the ravines as a gigantic mousetrap, without leaving time to retreat, if the progress and increase of the waters is produced in some place where, as it is frequently the case, the slopes succeed one after another like sharp ridges formed by water or eolic erosions. The march by the high paths is no less risky as they are merely goat trails which, in some parts, narrow so considerably as to allow only the pass of a mule at a time, and the beasts of burden dare not go forward as the simple touch of the luggage against a projecting rock might send them to the abyss. Even at best one is always exposed to a crumbling of the erosive materials of the slopes not quite consolidated and very often a rider will toil along with one foot rubbing the rocky wall, whilst the other in the stirrup hangs over the unfathomed precipice. These are the only possible routes and the traveller who happens to be

<sup>1</sup> M<sup>ARQUEZ</sup> M<sup>IRANDA</sup>, *Arquitectura aborigen en la provincia de Salta*, 141-166.

<sup>2</sup> B<sup>OMAN</sup>, *Antiquités*, etc., II, 791-792.

bound for this land is compelled to choose either one or the other, or what is still more frequent, he must make use of both.

The continuous unevenness of the ground and the countless windings of the paths render the march slow, long and weary, the alluring landscapes which our eyes discover at every turning not been able to drive away the extreme physical fatigue increased by the great heights (ranging between 8700 ft. and 11700 ft. above the sea level, but at times they can surpass 13350 ft).

The communities living in this region are small and insignificant. *Iruya*, head of the department of the same name, is the most important village and is the best starting point for an expedition. From here there is a one hour and a half or two hours' ride on horseback to Titiconte, the site where Debenedetti and Casanova carried out some excavations and where the author reached in his first trip. From here onward there are only tiny hamlets — San Pedro, Nazareno, Higuera — and the rural settlements that can be seen are scattered in vast stretches of bare land in this mountainous area where a tree only appears from time to time (with the exception of Valle Delgado region which is a little more wooded) and whose autoctonous flora is formed by cactaceous and some prickly bushes, like the *churquis* or the *tolas*. Those wretched huts of adobe walls, with thatched roofs covered with mud, of small windows and low doors, have, without exception, on one side the mud oven for baking bread, of a bee-hive shape or a beaver's hole, and the small kitchen-garden for growing potatoes and squashes which together with indian corn and goat meat or mutton form the ordinary food in these out-of-the-way hamlets.

The aboriginal architecture is superior to that of our days, not only in regard to the quality and better structure of the dwellings, but for their greater resistance. The primitive habitation was made of carefully selected stone, held together by a perfect adjustment of the lithic elements constituting the *pirca* as this stands without mortar or any other joining substance. However, the framework remains visible in some places up to the present, and although the upper portion of the walls as well as the roofs has disappeared, there are traces enough to indicate that they knew the false dome made of superposed rows of stone blocks, the walls beginning to curve from a height of over a metre, thus forming it. They used to make the walls by using great stone blocks sunk deep into the ground which rendered them extremely resistant (Arcayo, Huara-Huasi). The doors deserved special attention: they were either made of large stones firmly stuck in the ground, or else carefully set up edgewise; other strong lithic blocks formed the lintels and thresholds. In general doors were not orientated to any definite direction.

As in the other sites of the north west, each abode is composed of only one isolated room, walls and roofs not being common to the contiguous ones and without communicating doors. Only in Titiconte and Arcayo (or Tarcayo) some houses were found consisting of several rooms communicating with one another. Niches are still seen in the inner walls. The dwellings, save a few exceptions, are elliptical in shape, the diameter ranging between 15 ft. and 23 ft. The silos or barns annexed to them have the same shape, but a much larger size. Here, part of the crop must have been stored for times of scarcity.

Burials took place inside the abodes. The corpse was buried in sepulchral chambers, elliptical, square or hexagonal, made of rough stone blocks or slabs.

The bodies were laid here in no special position, on a stretch of fine earth. Sometimes, the remains of several individuals were deposited in the same tomb. In every case some objects of the funeral furnishings are found : *pucos* or pottery bowls ; *guaycas* or small necklace beads made of bone or stone ; round or square copper pectoral plaques with holes for suspending ; bracelets or rings of the same material, etc. Owing to the moisture of the subsoil that infiltrates into these graves, in spite of the strong stone slabs which cover them, the perishable materials — wool, textile and netting — have disappeared or have been reduced to small pieces ; this is usually the case too with human bones. However, a few skulls which have escaped destruction prove that these peoples practised artificial deformation.

Other types of burials inside the dwellings consisted in depositing the human remains in round pits in the ground ; children were buried in urns also placed in the subsoil. In both cases, the covers were the usual big stone slabs, square or round, which served as lids. In some sites — Rodeo Colorado, Molino Viejo — they used layers of kneaded clay to isolate the graves from the surface.

Primitive communities were of two types ; *pucarás*, or *pueblos viejos*. The former are fortifications placed at the entrance of the valleys or at the entrance of the crossing of the gorges, that is, at strategic points to overlook the paths of access. The latter are rural hamlets of sedate and peaceful people, lacking any kind of defence but with a great many *sucres* or *andenes*, which are walls to hold up the soil, made on the hillside, thus allowing a greater use of the land. Their large number makes us believe that this region has been more densely populated and that its inhabitants must have been more industrious and have worked in a more systematic way than the present day dwellers. Their depopulation and exodus might have taken place owing to the progressive desecation of the soil, a phenomenon which has been observed by the author in other parts of the northwestern Argentine.

The pottery vessel found here have various shapes and were used for different purposes. Apart from the funeral urns already mentioned, there are a great number of large vessels, usually without base or with a small one. The most typical, known for the first time during these trips, are those named by the author « tubular vessels ». They lack both neck and handles, and their round walls curve almost at the bottom without any standing surface. They have no decoration of any kind. This must not surprise us for, as a rule, as we leave behind the Quebrada de Humahuaca, pottery gradually becomes less decorated. When found, it is always very simple : a mere network in red or black against the dark brown or pink of the clay. The fine shape of the vessels makes up for the lack of decoration. Their contour is delicate and harmonious. Simple handles either horizontal or vertical are seen as well as necks scarcely shaped. Specimens of this pottery are illustrated in the paper and the process of their excavation. Some of the vessels, specially the baseless ones, have been found deeply set in the subsoil by means of stones or kneaded clay. Small bowls and mugs presenting similar features were also dug out.

Stone findings are important and numerous. The most common is that of shovels made of slate slabs with an ornamental wooden handle. They are of different type : some with large wings near the handle. The frequent findings of these shovels-forming part of the upper stone layers of some funeral chambers

(Rodeo Colorado, for instance) may be indicative of their relation with beliefs connected with the worship of the dead. Other lithic objects easy to find are elliptic or round clubs, mortars (*conanas*, *pecanas*) and pestles of various types and so on. Pan flutes, amulets and arrow points are not so common but the author has been lucky enough to discover some.

Although gold and silver are not altogether unused, copper objects are much more numerous, pectoral plaques, bracelets, rings, knives.

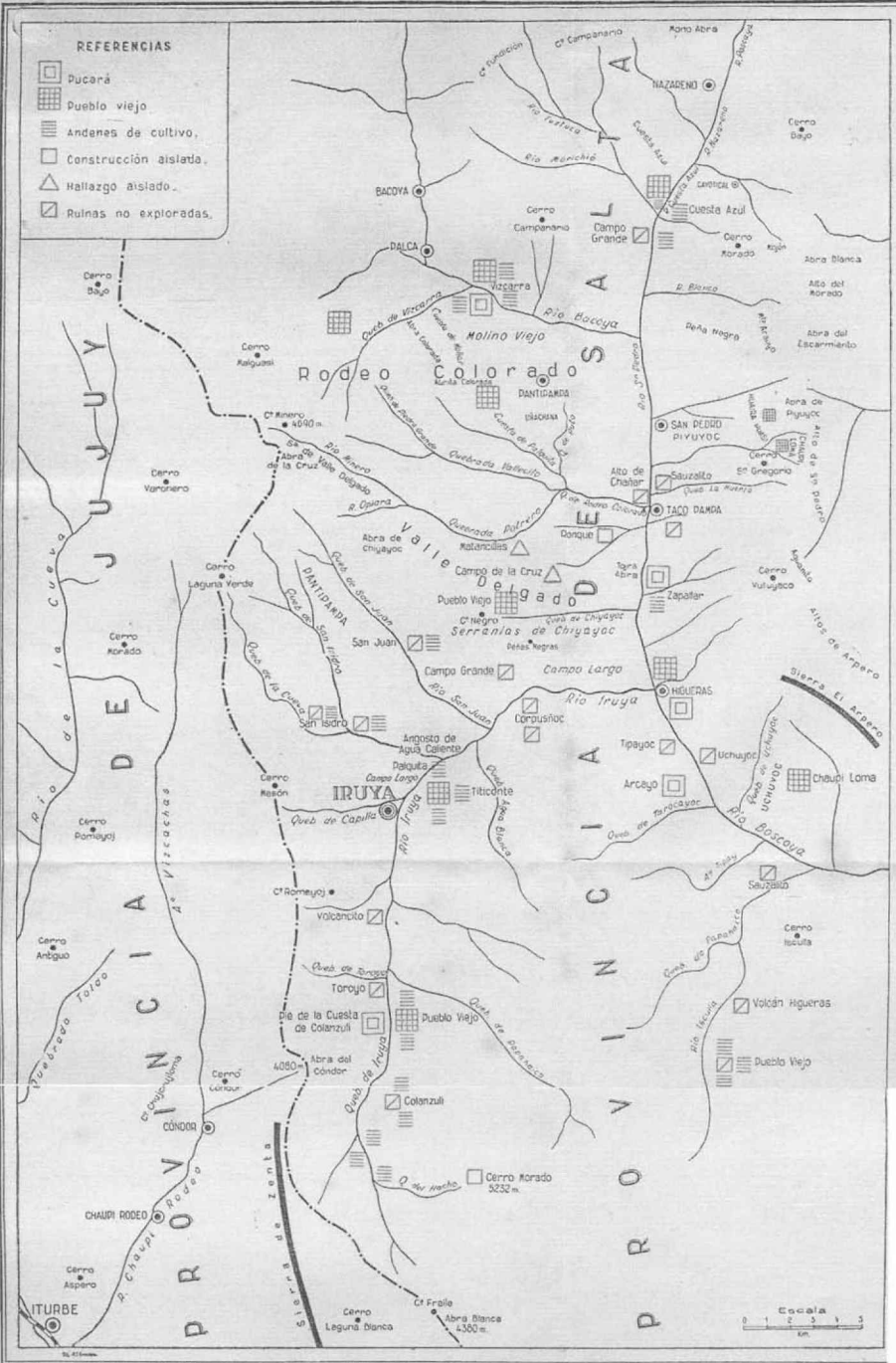
Already in 1809 Boman stated in his brief incidental mention of this region that « considering some objects, specially those of carved stone which I have seen in Jujuy, I am sure that an archaeological expedition to these mountains would yield unexpected results »<sup>1</sup>. The hundreds of pieces gathered by the writer in his trips (at the present under study in his laboratory at the Department of Archaeology and Ethnology of La Plata Museum), and the thorough study of the land which they entail, enable the author, thirty years after the publication of Boman's work, to prove how true his words were.

The author of the present paper includes in his work a final chapter destined to show the geological characteristics of the region, in accordance with the few elements known of this zone, together with cartographic references for the archaeological map which accompanies it (Plate I). Finally this work also includes two appendixes: a botanical one which comprises fifty shrubs, and another one for insects. Both having been gathered by the author in his last expedition in different parts of this region.







The four trips represent a scientific research of several years, with the object of clearing up a fundamental archaeological question: that of the relation of the primitive cultures of the northwestern Argentine with those of the autoctonous people of Chaco and of the south of the Bolivian Highlands. Although some of the communities of both regions are well known, we have still to study their boundary, and the steps and gradation of their additional cultures.

This has been the object of the authors's attempt and it is to be expected that future explorations might enable him to arrive at more definite conclusions.

<sup>1</sup> BOMAN, *Antiquités*, etc., II, 791-792.



REFERENCIAS

-  Pucará
-  Pueblo viejo
-  Andenes de cultivo.
-  Construcción aislada.
-  Hallazgo aislado.
-  Ruinas no exploradas.

Mapa arqueológico de los departamentos de Iruya y Santa Victoria (prov. de Salta)





*a*



*b*

*a*, En primer plano, la plazuela del pueblo desde la que se divisa el estupendo espectáculo de la quebrada  
*b*, Vista parcial del pueblo de Iruya y de los altos de su quebrada



*a*



*b*

*a.* Visión de la quebrada de Iruya, desde el pueblo del mismo nombre  
*b.* La quebrada de Iruya, vista desde el alto de Taco Pampa



*a*



*b*

*a*, Punto en el que se abandona la quebrada de Iruya y se comienza el ascenso de la empinada cuesta de Titiconte; *b*, Al ir ascendiendo a la «mesada» de Titiconte se puede advertir, quebrada de Iruya por medio, el llamado «Campo Largo».

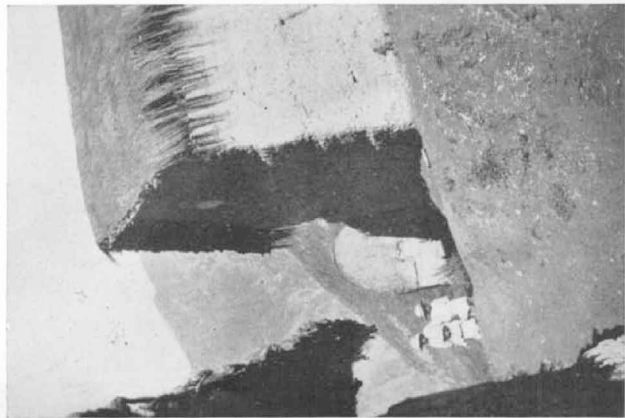


a



b

a, La quebrada de San Pedro, cubierta de niebla, vista desde Huaira-Huasi; b, El camino que pasa por Mojón sigue ascendiendo hasta Abra Blanca, allí se advierten algunos picos enhiestos como el Alto del Morao, cuya cima alcanza los 4700 metros.



a

a. Criaturas de la familia de Pastor Lamas, en Cuesta Azul, el día de mi llegada; b. Grupo familiar en el que pueden apreciarse los detalles del vestido habitual en la región.



b



*a*



*b*

*a*, La casa de Silvino Tolava, en Río Blanco. Atrás, en la ladera opuesta de la quebrada se perfila, como un hilo serpenteante, el camino a Cuesta Azul; *b*, Trabajando al borde de la ladera, en un «antigal» existente en Río Blanco.



a

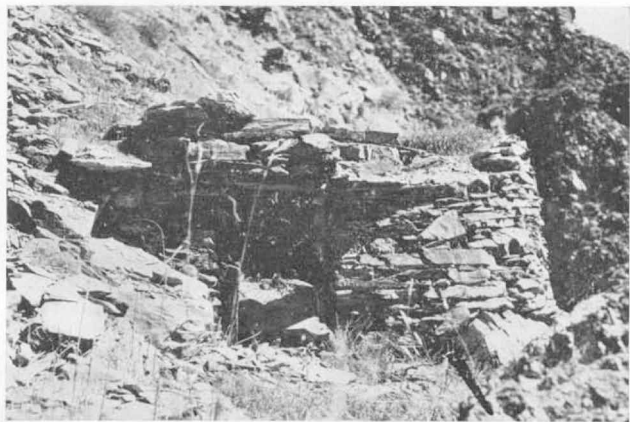


b

a y b, Dos ejemplos de pared compuesta de bloques grandes y pequeños, perfectamente bien ensamblados, pese a la irregularidad de sus formas. Estos casos, y los presentados en las figuras 5a y 6a muestran la pericia desplegada por el arquitecto aborigen en el manejo conjunto de piedras grandes y pequeñas.



*a*



*b*

*a*, La falsa bóveda es notablemente visible en esta fotografía de la vivienda de las dos habitaciones comunicadas de Arcayo, en donde pueden observarse, además, en el suelo, las piedras derribadas que antes la formaron; *b*, En otros casos, es notorio el estado de conservación de algunas de las viviendas elípticas que allí se encuentran.





a



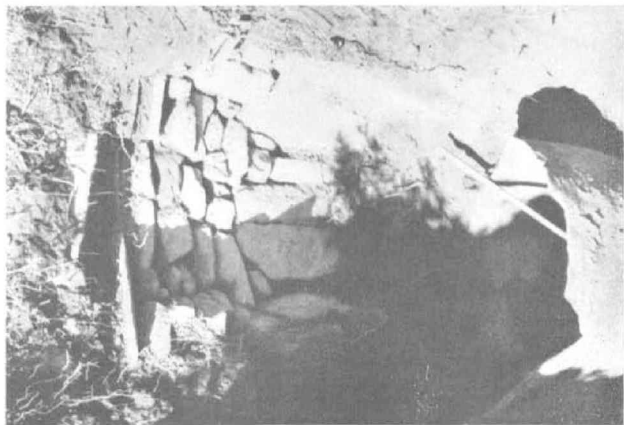
b

a y b. Dos casos de formación de falsa bóveda, en Arcayo. En el interior de la construcción reproducida en la parte inferior fué hallado otro nicho abierto, semejante al reproducido fotográficamente antes (fig. 64 a).



a

a. En algunos casos, el hallazgo de los vasos tabulares, se hace a niveles bastante profundos, en relación lo acostumbrado. Aquí se observa, arriba el muro de la vivienda, luego la *pirca* de una cámara funeraria y, terminada ésta, el vaso; b. Un detalle de la fotografía anterior, que muestra la construcción de la sepultura con prodras más grandes como base, y las dificultades de extracción del vaso, dada la delgadez de su pared.



b



*a*



*b*

*a*, Comienzo de la evacuación de Bodeo Colorado, en viaje hacia Iruya; *b*, Los peones, recargados de trabajo, deben vigilar a los animales cargueros que transportan, sobre todo, el material lítico y llevar, ellos mismos, a la espalda, la frágil cerámica.